

A woman's face is pressed against the upper right pane of a window, looking directly at the viewer. Her hand is pressed against the lower left pane, palm facing outwards. The window frame is dark and metallic, and the background is dark and indistinct.

PER PETTERSON

A Siberia

LITERATURA RANDOM HOUSE

A Siberia
PER PETERSON

Traducción de
Cristina Gómez Baggethun



MONDADORI

www.megustaleer.com

A Marit y Mona

Cuando era pequeña, con siete años o menos, me asustaban los leones junto a los que pasábamos al salir de la ciudad. Estoy segura de que Lucifer sentía lo mismo que yo, porque justo en aquel lugar apuraba el paso y, hasta mucho más tarde, no entendí que la causa era que mi abuelo le propinaba un buen azote cuando bajábamos la suave cuesta ante la entrada que custodiaban los leones, lo cual, a su vez, se debía a que mi abuelo era un hombre impaciente. Eso lo sabía todo el mundo.

Los leones eran amarillos y yo iba balanceando las piernas, sentada en la parte de atrás del carro, sola o en compañía de mi hermano Jesper, de espaldas al abuelo y viendo cómo los leones iban haciéndose pequeños allá arriba. Giraban la cabeza y me escrutaban con sus ojos amarillos. Eran de piedra, igual que los pedestales sobre los que descansaban, pero me miraban con tal fijeza que hacían que me ardiera el pecho y me dejaban vacía por dentro. Aun así, era incapaz de apartar la vista. Cuando lo intentaba y bajaba los ojos hacia el camino de gravilla, enseguida me mareaba y tenía la sensación de que me caía.

–¡Que vienen! ¡Que vienen! –gritaba mi hermano, que sabía lo que pasaba con los leones, y yo alzaba de nuevo la mirada y los veía venir.

Los leones se desprendían de los bloques de piedra y empezaban a crecer, y entonces yo, fuéramos a la velocidad que fuéramos, saltaba del carro, arañándome las rodillas contra la gravilla y salía corriendo hacia el campo más cercano, más allá del cual comenzaba un bosque en el que había corzos y ciervos. En ellos pensaba mientras corría.

–¡Deja en paz a la niña! –bramaba el abuelo.

Y entonces yo dejaba de correr. Notaba en los tobillos la humedad de la hierba cubierta de rocío y en los pies descalzos, los yerbajos, las ramitas y los terrones de tierra. Mi abuelo tiraba de las riendas y gritaba al caballo, el vehículo se detenía y de entre las barbas de mi abuelo brotaba un torrente de maldiciones dignas del mismo demonio que pasaban por encima de la cabeza de Jesper. El abuelo era un hombre lleno de ira y yo siempre acababa defendiendo a mi hermano, porque no podía vivir sin él.

Así que regresaba al camino a través de la hierba, me montaba en la parte trasera del carro y sonreía a Jesper. El abuelo hacía restallar el látigo, Lucifer empezaba a tirar y mi hermano me devolvía la sonrisa.

Recorro el mismo camino a pie con mi padre. Es Navidad y tengo nueve años. Hace un frío extraordinario, hay escarcha y los álamos desnudos flanquean el camino a lo largo de los prados. Algo gris se mueve en la gris linde del bosque, unas patas flacas avanzan con rígidos movimientos y del suave hocico surgen bocanadas de vaho; lo distingo a pesar de la distancia a la que me encuentro. El aire es tangible como cristal, y todo da la impresión de estar muy cerca. Llevo gorro y bufanda, y tengo las manos metidas en los bolsillos del abrigo. En uno de ellos hay un agujero a través del cual noto el forro. De vez en cuando miro a mi padre. Tiene un bulto en la parte alta de la espalda, casi una joroba. Le salió trabajando en los campos a los que nunca piensa regresar, según dice. Mi padre es carpintero en la ciudad. Mi abuelo le regaló un taller cuando dejó la granja.

Tensa las mandíbulas. Lleva la cabeza descubierta y mira de frente con los ojos enrojecidos; tiene las orejas blancas de frío y no puedo dejar de mirárselas. Parecen de porcelana. Su brazo se eleva y, antes de que lo haga del todo, lo detiene y casi lo fuerza a bajar de nuevo. Cuando estamos a medio camino, saco la mano del bolsillo para coger la suya y, sin mirarme, él

me la coge y me la frota levemente, aunque yo lo he hecho porque es *él* quien tiene frío.

Al pasar por delante de los leones no nos volvemos; él, porque se limita a mirar al frente, y yo porque no quiero. Nos dirigimos a la granja. Mi madre ya está allí, al igual que Jesper y mis tíos, y mi padre camina con rigidez y sin prisa. Estamos a tres kilómetros de la ciudad, es 24 de diciembre, y finalmente me vuelvo. Los leones descansan sobre sus pedestales, recubiertos por una capa de hielo blanquecina. Ayer llovió y luego heló, de modo que ahora están aprisionados y tienen el mismo aspecto que las orejas de mi padre; dos leones de porcelana montando guardia ante el paseo de la mansión Bangsbo, donde se alojaba H.C. Andersen cuando venía tan al norte del país; su sombrero alto en los salones de techo bajo, un hombre como una vara negra, que tenía que andar agachándose constantemente al entrar y salir.

Intento acelerar, temo por las orejas de mi padre, porque he oído que se pueden caer, pero él mantiene el mismo paso. Tiro de su brazo y él se enfada.

–¡Te quieres estar quieta! –me suelta, antes de hacerme retroceder.

Es lo primero que dice desde que salimos por la puerta de la calle Asyl. Mi padre quiere a Jesper. Yo quiero a mi padre. Jesper me quiere a mí, pero le gusta tomarme el pelo, asustarme en la oscuridad con los aparecidos, hacerme ahogadillas en verano. Y yo lo aguanto, eso me hace sentirme igual que él. Camino sola con mi padre, es Navidad y él tiene las orejas de porcelana. Tengo miedo de que se le caigan, y él no se las toca en los cinco kilómetros que recorreremos hasta llegar a la granja.

En Vrangbæk hay cuatro granjas y todas se llaman Vrangbæk, forman una pequeña aldea. Allí viven varios niños que van al colegio Vangen, en Understed. Yo podría haber sido una de ellos, pero no lo soy, de lo cual me puedo alegrar, como suele decirme Jesper. En el cruce donde el camino de enfrente lleva hacia los terrenos de Gærum y el de la derecha a Nørre Vrangbæk, nosotros doblamos hacia la izquierda. Al pasar por delante del

primer pajar de piedra y ladrillo, mi padre ralentiza aún más el paso, camina con mayor rigidez si cabe, y me aprieta la mano. El camino serpentea por un terreno estrecho, limitado a un lado por una pronunciada cuesta asegurada con piedras redondas en la parte de abajo; parece una valla, pero se hizo para que la tierra no se deslizara después de las lluvias y bloqueara el paso. Nos dirigimos a la última granja; están tan cerca unas de otras y a su vez del camino que este desemboca directamente en la explanada empedrada que hay entre los edificios, en cuyo centro se encuentra el estercolero. Todo está congelado y cubierto por una brillante capa de esmalte. Los adoquines que conducen a la puerta están resbaladizos.

Al primero que veo es a Jesper, que nos ha visto por la ventana. Está esperándonos en la entrada del salón. Detrás de él distingo el árbol de Navidad y la ventana de la pared opuesta, cubierta de cristales de nieve hasta media altura. Es bonito. Oigo la voz de mi madre. Es cristiana practicante, y su voz también. Tiene un pie en la tierra y el otro en el cielo. Jesper me sonrío como si compartiéramos un secreto. Y quizá sea así, aunque no me acuerdo. Mi padre se dirige directamente a la estufa de azulejos que ruge y crepita. Puedo ver que está caliente porque el aire tiembla a su alrededor y porque lo siento en la cara. Mi padre se acerca tanto a ella que temo que apoye la frente en los azulejos. Mientras me quito el abrigo, él levanta los brazos como una marioneta y se presiona las orejas con las manos. Mi madre está cantando un villancico en el salón y Jesper nos mira a mí y al hombre que está de pie ante la estufa. Sostengo el abrigo en los brazos y miro su espalda encorvada, la mandíbula abultada y ese vapor blanco y denso que corre por sus dedos.

El dormitorio del desván de la granja estaba siempre helado y, por lo general, en penumbra; lo iluminaba un solo quinqué, que había que apagar en cuanto se subía la escalera. Un ventanuco daba al este y bajo él se encontraba la

cama. Si me colocaba de rodillas sobre ella, en las noches de verano podía hablar con Jesper y, en las de invierno, ver las estrellas, además de un seto de abetos y un jardín chino de otro mundo; el resto no era más que prados ondulados que se extendían hasta el mar. En ocasiones me despertaba por la noche bajo el edredón pesado y húmedo, y me parecía oír que el mar inundaba la habitación; abría los ojos y todo seguía tan negro como cuando los tenía cerrados. La oscuridad se me adhería a la cara y pensaba: «No hay ninguna diferencia entre ver y no ver». Pero sí la había, y a veces me asustaba porque la oscuridad era grande y pesada y estaba repleta de sonidos, y sabía que, si no me apresuraba a cerrar los ojos, me ahogaría. Pero cuando no me asustaba, me parecía que me elevaba y levitaba por la habitación, con un viento atravesándome el pecho.

Estoy tumbada en la cama, mirando la oscuridad; todo está negro y luego pasa a gris, porque fuera hay luna. No oigo el mar. Está tan congelado como todo lo demás, e igual de silencioso. Creo que ya no estoy soñando.

Llaman a la puerta. Por eso me he despertado, ahora me acuerdo. Espero y llaman de nuevo. Me levanto, abandono el edredón que por fin se ha calentado y, en camisón, me dirijo por el frío suelo hacia donde sé que se encuentra la puerta. Llaman de nuevo. No es en la puerta, sino en la ventana. Me vuelvo y tras el cristal veo una sombra moviéndose contra la luna. Es Jesper. Sé que es Jesper.

–Abre –susurra en voz alta arrojando su cálido aliento contra el cristal.

Echo a correr hacia la cama, salto sobre ella de rodillas y abro la ventana. Entra una ráfaga de aire frío que me congela el pecho y el estómago y hace que mis ideas adquieran filos. Lo recuerdo todo, leones y orejas de porcelana, la recta nuca de la abuela, al abuelo y a mi madre con su voz frágil ondeando por la habitación como un fino velo que todos se han acostumbrado a ignorar.

Jesper está agarrado con una mano al alerón del tejado y tiene un pie apoyado en el marco de la ventana. En torno al cuello lleva mis botas, con los cordones atados a la nuca.

–Vístete y ven conmigo –dice.

–De acuerdo.

Tengo voluntad propia, no hago todo lo que me dicen, pero *quiero* acompañar a mi hermano. Él hace cosas distintas a los demás, cosas que me gustan, y además ya estoy completamente despierta. Jesper entra por la ventana, se sienta en la cama y me espera sin dejar de sonreír. Me apresuro con la ropa. La tengo sobre una silla y está muy fría. La luna entra a través de la ventana abierta y dibuja círculos de plata sobre los postes de la cama, en la jarra, en el despertador cuyas agujas siempre han estado quietas.

–¿Qué hora es? –pregunto.

–No tengo la menor idea.

Me sonrío y los dientes le brillan en la penumbra. Empiezo a reírme, pero él me posa el dedo índice sobre los labios. Asiento y hago lo mismo, luego cojo la ropa interior de lana y me la pongo, al igual que la pesada falda y un jersey. Suelo llevarme el abrigo a la habitación; está colgado del respaldo de la silla. Jesper me pasa las botas y, una vez que estoy lista, nos encaramamos a la ventana.

–No tengas miedo, solo tienes que hacer lo mismo que yo –dice.

No tengo miedo, solo hago lo mismo que él y, cuando lo hacemos acompasados, no resulta difícil; él delante y yo detrás, como en un baile que nada más nosotros conocemos, vamos danzando por el tejado hasta alcanzar el extremo por donde un abedul asoma sus robustas ramas, por las que bajamos deslizándonos. Jesper delante y yo detrás.

Nos mantenemos alejados del camino y del ala de la casa donde están los dormitorios de los mayores y, para salir a los campos, atravesamos el jardín chino a la luz de la luna. En ese jardín hay senderos estrechos, setos

ornamentales, flores muertas y un sinuoso arroyo que no es auténtico, ahora con el agua congelada, atravesado por varios puentecitos de madera. En verano hay carpas y quizá ahora también, bajo el hielo. Al cruzarlos, los puentes crujen tan fuerte que tengo miedo de que la gente de la casa se despierte. Cuando la luna se oculta tras una nube, me detengo.

–Jesper, espera –grito a media voz, pero él no se para hasta que ha atravesado el jardín y ha alcanzado el primer campo. Una vez allí, se vuelve hacia mí, aparece la luna y yo me apresuro a seguirlo.

Atravesamos los campos, primero cuesta arriba, y después descendemos por el otro lado hasta que vemos el mar; proyectamos sombra al andar. Nunca he hecho una salida como esta; nunca he tenido sombra por la noche. La parte delantera de mi abrigo está iluminada y la espalda de Jesper, completamente oscura. Cuando nos detenemos para mirar el hielo, vemos que primero está blanco, más adelante brilla y al final no es más que mar abierto.

Jesper se saca algo del bolsillo, se lo mete en la boca y enciende una cerilla. Luego la apaga. Huele a cigarro.

–Dentro de poco haré como Ernst Bremer –dice–. Me agenciaré un barco veloz, iré hasta Suecia y volveré con suficiente aguardiente para que todo el que quiera se emborrache hasta caer redondo. Ganaré dinero y fumaré puros. Pero solo beberé los sábados. Y no más de dos copas.

Jesper tiene doce años. Ernst Bremer es contrabandista. El más importante, todo el mundo sabe quién es. Un hombre bajito de Gotemburgo que tiene una casa en la calle siguiente a la nuestra, donde vive cuando nadie lo persigue. Yo lo he visto pasar con un abrigo gris, una boina, y con el pelo oscuro peinado con la raya en medio. Ha salido muchas veces en los periódicos, y en una ocasión apareció en un dibujo de Storm P. haciendo burla a las autoridades aduaneras. Cuando los chicos salen por la tarde, no juegan a policías y ladrones, sino a Ernst Bremer y los aduaneros. Es mejor que Robin Hood. Un verano, mi padre le compró una botella, pero cuando mi madre se

dio cuenta de dónde había salido, lo obligó a verter el contenido sobre uno de los arriates de flores. Ninguna de las plantas murió, aunque ella decía que era veneno.

Jesper exhala humo gris hacia el mar y luego tose y escupe.

–¡Puaj! –dice–. Tendré que practicar un poco.

Mi madre es terciopelo, mi madre es hierro. Mi padre es muy callado y a veces, durante la comida, agarra la ardiente asa de la cacerola y la sostiene para mí mientras me sirvo. Cuando la deja en su sitio, puedo ver las marcas rojas que le han salido en la mano.

–H.C. Andersen vivió en Bangsbo –digo, aunque sé que Jesper lo sabe.

–Lo sé –responde.

Caminamos un rato por la orilla del mar, luego subimos una empinada duna y regresamos por los campos. Tenemos la luna a la espalda y la sombra delante, lo que de repente me parece peor. No me gusta, pese a que distingo perfectamente las casas desde la cima. Al bajar la cuesta está todo oscuro. Se levanta viento, me cubro una mejilla con la mano porque se me está helando, y apenas veo. Rodeamos el jardín en vez de atravesarlo y llegamos hasta la casa, que forma un ángulo con el pajar. Jesper recorre el seto de abetos hasta llegar al pajar y apoya la cara contra la ventana más cercana. Las paredes encaladas se ven mates como la niebla y mi hermano se hace sombra con una mano, como si fuera hubiera reflejos y sol, pero está todo oscuro y no puedo ver lo que ve él.

–Jesús, el abuelo se ha ahorcado en el pajar –dice.

–¡No! –grito, y no sé por qué a Jesper se le ocurriría decir precisamente eso, pero me lo he preguntado muchas veces durante todos estos años.

–Que sí –dice–, ven a verlo.

Yo no quiero verlo, siento náuseas aunque sé que no es verdad; es solo Jesper, como de costumbre, y a pesar de todo echo a correr hacia él y coloco mi cara junto a la suya. Todo está oscuro, no veo nada.

–No veo nada. Tú tampoco has visto nada, está completamente oscuro.

Presiono la cara contra el cristal, huele a establo, a frío, y Jesper se echa a reír. De pronto siento cuánto frío hace.

–Me estoy helando.

–Pues vamos a entrar –dice él, y ya no se ríe.

–No quiero entrar todavía. Dentro aún hace más frío. Y, además, tampoco me podré dormir.

–Me refiero al establo. Ahí dentro hace calor.

Rodeamos el pajar caminando sobre los adoquines hasta llegar a la puerta del establo, cruje cuando la abrimos y pienso que quizá el abuelo esté ahorcado dentro, que quizá me tope con sus pies que tal vez se balanceen adelante y atrás. Pero mi abuelo no está y enseguida hace menos frío, el olor es un olor que conozco. Jesper avanza entre los pesebres. Son muchos, hay veinticinco vacas, la granja no es pequeña, tienen empleados. Antes de casarse con el abuelo, la abuela trabajaba en la cocina. En aquella época llevaba mandil blanco; jamás ha vuelto a usarlo. Es la madre de mi padre, no la de sus hermanos y, según me ha contado mi madre, se casaron a toda prisa en cuanto Hedvig estuvo en su tumba. El abuelo y la abuela casi nunca están juntos en la misma habitación, y cuando lo están la abuela casi siempre mantiene la cabeza alzada y la nuca erguida. Todo el mundo puede verlo.

Me quedo quieta hasta que me acostumbro a la densa oscuridad. Oigo los pasos de Jesper más adelante, oigo a las vacas que se mueven; sin verlas, sé que la mayoría están tumbadas, que duermen, rumian, golpean con los cuernos las paredes de madera que separan sus cubículos y colman la oscuridad de sonidos profundos.

–Vamos, ven –dice Jesper.

Apenas lo vislumbro allí al fondo. Me adentro despacio entre los pesebres, con cuidado de no pisar las boñigas que se acumulan a ambos lados del pasillo central. Jesper se ríe por lo bajo y empieza a cantar sobre aquellos que

recorrerán el estrecho sendero y no tomarán el amplio camino hacia las puertas celestiales. Imita la voz de mi madre, y lo hace tan bien que estoy a punto de echarme a reír, pero al final no me atrevo en un sitio donde hay tantos animales.

–Vamos, vamos, hermanita –dice, y, dando los últimos pasos hacia mí, me agarra del abrigo–. ¿Todavía tienes frío?

–Sí, un poco.

–Pues entonces tienes que hacer esto –dice, entrando en uno de los cubículos.

Se abre paso entre la pared y la vaca que descansa dentro. Se pone en cuclillas, le acaricia el lomo al animal y le habla con una voz baja que rara vez lo oigo usar; ella primero vuelve la cabeza y se desplaza inquieta hacia la pared opuesta, pero luego se tranquiliza. Él la acaricia cada vez más fuerte y luego se tumba delicadamente sobre su lomo; al principio bastante rígido, pero cuando siente que la cosa va bien, se relaja y simplemente se queda tumbado, como una gran mancha negra sobre la manchada espalda de la vaca.

–Los animales grandes almacenan mucho calor –dice–, son como una estufa. Prueba tú también.

Su voz suena somnolienta y no sé si seré capaz, pero yo también tengo sueño, tanto que, como no me tienda pronto, acabaré cayéndome al suelo.

–Prueba con la vaca de al lado –dice Jesper–. Es Dorit, una buena.

Desde el pasillo central oigo la tranquila respiración de Jesper y me quedo mirando a Dorit en su cubículo hasta que distingo bien su amplio lomo. A continuación, paso por encima de la cloaca; no atino del todo, pero ya me da igual, tengo demasiado sueño. Me agacho y acaricio la espalda de Dorit.

–Tienes que decirle algo, tienes que hablarle –dice Jesper al otro lado de la pared.

Pero yo no sé qué decir, solo se me ocurren esas cosas que no se pueden

decir en voz alta. El cubículo es tan estrecho que, si Dorit se diera la vuelta, me aplastaría contra la pared. Le acaricio la nuca, me inclino más hacia ella y empiezo a contarle al oído el cuento del perseverante soldadito de plomo. La vaca me escucha y, a través de la madera, sé que también me escucha Jesper. Cuando estoy llegando al final y el soldadito se está derritiendo entre las llamas, me tiendo hacia delante, me agarro a su nuca y le cuento que una ráfaga de aire entra por la ventana y arrastra a la bailarina por la habitación hasta el fuego, donde ella se ilumina como una estrella fugaz y luego se apaga; y una vez que he acabado no me atrevo ni a respirar. Pero Dorit es buena y apenas se mueve, se limita a rumiar y el calor de su cuerpo se abre paso a través de mi abrigo, lo siento contra el estómago, y lentamente empiezo de nuevo a respirar. Es la Nochebuena de 1934 y allí yacemos Jesper y yo, cada uno en su cubículo sobre sendas vacas en un establo donde todo respira. Y puede que nos durmiésemos, porque después de eso no recuerdo las cosas con tanta claridad.

En aquella época, la ciudad donde vivíamos era una ciudad de provincias, situada muy al norte del país. Quedaba tan lejos de Copenhague como se podía llegar teniendo aún calles por las que caminar. Pero Tordenskjold nos había dejado un alcázar y teníamos un astillero con más de cien trabajadores y una sirena que a las doce anunciaba el almuerzo por toda la ciudad. Contábamos con un puerto pesquero donde se oía sin cesar el petardeo de las barcas que entraban y salían y al que llegaban barcos de la capital, de Suecia y de Noruega. Si se subía la serpenteante escalera de maderos que iba de Møllerhuset hasta la cuesta de Pikker, desde la cima se podía ver el mar como un gigantesco cuadro cuando los grandes barcos maniobraban hacia los dos faros del malecón. Desde la cuesta de Pikker el mar parecía *colgar* más que yacer.

Recuerdo que nos apostábamos en el muelle y mirábamos a la gente fina bajar por la pasarela del barco de Copenhague. Habían viajado en primera clase y ahora se dirigían al balneario de la playa de Frydenstrand o continuaban en tren hacia Skagen para alquilar una casa o alojarse en un hotel durante las semanas de verano. Los hombres llevaban sombreros de paja y las mujeres vestidos que brillaban al sol. La clase alta de Copenhague acababa de descubrir Skagen y había una línea especial de tren que los llevaba directamente desde el puerto hasta la estación, aunque esta estaba solo unas pocas manzanas. Me quedaba mirando cómo unos hombres uniformados les llevaban las maletas al tren y pensaba que tal vez esa fuera una meta que tener en la vida: que alguien cargase con tus maletas.

Cuando llegaban los barcos, oíamos sus sirenas desde antes de que

entraran por el malecón y entonces mi padre se quitaba el delantal de carpintero, lo colgaba de un clavo detrás de la puerta del taller y atravesaba las calles hasta el puerto para verlos arribar. Caminaba a su paso de siempre, sin apresurarse; sabía exactamente el tiempo que tardaba. Se detenía a escasos metros del borde del muelle y allí se quedaba, con el abrigo largo que usaba siempre que soplab el viento, las manos a la espalda y la boina marrón en la cabeza, pero era imposible ver lo que pensaba, porque su expresión siempre era tranquila; solo iba cuando los barcos atracaban, nunca cuando zarpaban, excepto si llevaban a bordo a alguien que él conociera, y eso ocurría raras veces.

Cuando yo no estaba en el colegio nos apostábamos allí los dos. Yo también me cogía las manos a la espalda; el viento agitaba su abrigo y agitaba mi pelo, que se arremolinaba y nos azotaba, tanto a mí como a él. Tenía una espesa melena castaña y rizada que me golpeaba la espalda al correr. Mucha gente de la ciudad opinaba que era bonita, incluso espléndida, pero a mí me parecía que sobre todo estorbaba, y cuando proponía cortármela, mi madre se oponía.

—Es lo mejor que tienes —decía—, y sin ella parecerías un esquimal, con esa cara tan redonda.

Según ella, los esquimales eran gente que vivía en el Polo Norte, creían en dioses de sebo y hueso y, desgraciadamente, pertenecían a Dinamarca. Pero todo el mundo tiene su cruz, y en aquel tiempo yo no tenía fuerzas para rebelarme, por lo que acostumbraba a recogerme firmemente el pelo con una goma para poder acompañar a Jesper en todos sus proyectos. Los Grandes Descubrimientos era el último. Mi hermano recorría los caminos o los bosques cercanos con unos amigos y, al ponerse el sol, se metían en un sótano más allá de Plantasjen, donde vivía uno de ellos, y planeaban El Gran Viaje. Yo era la única chica a la que a veces permitían participar.

Pero disfrutaba al sentir cómo el viento me tiraba del pelo y sabía que a mi padre le gustaba ver cómo se me levantaba cuando, apostados en el muelle, veíamos llegar los barcos; al fin y al cabo, esa melena era mi único orgullo.

Detrás de nosotros aguardaban los trenes, resoplando y bufando con sus válvulas, y, aunque no se tardaba más de una hora en llegar a Skagen, yo nunca había ido.

—¿No podríamos ir alguna vez a Skagen? —pregunté en una ocasión.

Con Jesper y sus amigos había caído en la cuenta de que el mundo era mucho mayor que la ciudad en la que vivía y los campos de alrededor, y estaba deseando ir a verlo.

—En Skagen no hay más que arena —respondió mi padre—. Allí no se te ha perdido nada, mi niña.

Y puesto que era un domingo y él rara vez decía «mi niña», se sacó alegremente un cigarro del bolsillo del chaleco, lo encendió y empezó a echar el humo al viento. Este regresaba violentamente hacia nuestras caras, pero yo fingí no notarlo, y lo mismo hizo él. Con los ojos irritados vimos el barco de pasajeros *Melchior* acercarse a todo vapor a la entrada del malecón, las lágrimas me corrían por las mejillas, y apreté los ojos hasta convertirlos en dos estrechas rendijas. Por uno de los costados del largo barco, los pasajeros se asomaban por encima de la borda agitando sus pañuelos; el *Melchior* viró un poco y aminoró la velocidad y el remolcador arrojó la amarra a bordo; cuando se puso en marcha, la amarra salió disparada del agua, salpicando gotas que brillaron al sol. La gran nave giró lentamente hacia el muelle, donde grupos de gente la esperaban.

—¿Os habéis mareado? —gritó alguien desde tierra.

—¡Síííí! —respondieron todos a coro.

Cuando todos los pasajeros habían bajado y los que seguían camino en tren habían subido en él y se habían marchado, dábamos la espalda al viento, nos secábamos la cara y regresábamos a la ciudad. Cruzábamos en diagonal los

muelles adoquinados en dirección al hotel Cimbria, lo rodeábamos hasta la calle Lod, donde la casa del cónsul Broch quedaba a la derecha y la taberna Færge a la izquierda, y seguíamos por la calle Danmark hasta el lugar donde empezaba nuestra calle, Asyl. Allí nos deteníamos.

–Esto lo hemos hecho nosotros dos –me decía mi padre–. Ahora vuelve a casa con tu madre.

Ponía cuidado en no excederse, aunque sabía que yo prefería estar con él. Pero no me quedaba más remedio que volver a casa, donde al poco lo había oído casi todo sobre cómo había estado ese día el párroco y cómo había transcurrido la misa; mientras que mi padre, si era domingo, continuaba su camino hasta el Aftenstjernen para jugar al billar con sus amigos.

La primera vez que recuerdo que fuéramos a Skagen era otoño. El abuelo de Vrangbæk acababa de cumplir sesenta y cinco años y habíamos estado todos en la granja, la familia al completo, tíos, tías y gente de las granjas vecinas. El sol entraba por las ventanas de los salones repletos y había gente en la explanada adoquinada y hasta entre los arbustos del jardín chino; a pesar de eso, fue un día lleno de tintineante silencio y de rígidas nuca. La abuela se había puesto el mandil blanco por primera vez en cuarenta años y ofrecía copas en bandejas, sonriendo de un modo que hizo que mi abuelo se pasara el día sentado en una silla y mi padre de pie, sin mirarse ni una sola vez. La voz de mi madre sonaba más fluida que de costumbre y, a pesar de la gran cantidad de invitados, era a ella a quien mejor oía.

Pero en Skagen los turistas habían regresado ya a sus casas de Copenhague. En la calle principal no se veía un solo vestido elegante, ni un sombrero de paja ni un parasol y, aunque sabía que habíamos hecho aquel viaje por mí, me resultó decepcionante. Mi padre tenía razón, allí no había mucho más que arena. Esta volaba arremolinada entre las casas bajas y

amarillas, dentro de las cuales se habían encerrado sus propietarios; mi madre se agarraba el sombrero y Jesper caminaba ladeado, dándole la espalda al viento, que en Grenen soplaba tan fuerte que no pudimos ir a ver la unión de los mares, como teníamos planeado; la arena y la sal se me pegaban al pelo, a la ropa, a la boca cuando quería hablar, y resultaba difícil caminar sin sentir escozor entre los muslos.

Lo que sí me gustó fue el viaje en tren. Duró una hora, lo suficiente para que pudiera reclinarme en el asiento con los ojos cerrados y sentir en mi cuerpo la sacudida de las juntas de los raíles al pasar sobre ellas y, en un par de ocasiones, entorné los ojos hacia las ventanillas, vi los páramos barridos por el viento y me imaginé que viajaba en el Transiberiano. Había leído un libro sobre ese tren, y visto fotografías, y había decidido que, me fuera la vida como me fuese, algún día lo tomaría de Moscú a Vladivostok, por lo que practicaba con los nombres: Omsk, Tomsk, Novosibirsk, Irkutsk, palabras difíciles de pronunciar a causa de sus duras consonantes, pero, a partir de la excursión a Skagen, todos los viajes que hacía en tren eran un posible comienzo de mi propio gran viaje.

Jesper quería ir a Marruecos, pero a mí me parecía demasiado caluroso. Yo quería un cielo abierto, frío y claro, donde fuera fácil respirar y mirar a lo lejos, aunque las fotos de Jesper eran misteriosas y atractivas, en blanco y negro, con desnudas montañas en el horizonte, rostros calcinados, ciudades abrasadas por el sol tras muros dentados, túnicas ondeantes y palmeras que surgían de pronto en medio de la nada.

–Si quiero, conseguiré ir. Y quiero –decía Jesper mirando las fotos y los mapas del libro y luego leía en voz alta–: Marrakech, Fez, Mequinez, Kasba.

Rodeaba las vocales con la boca, las retenía y, al pronunciarlas él, se convertían en fórmulas mágicas; nos prometimos el uno al otro que algún día lo conseguiríamos. Mi hermano fue por el cuchillo, nos hicimos unos cortes

en las palmas de la mano y mezclamos nuestra sangre, que ya estaba mezclada, aunque ahora, según Jesper, se completaba el círculo.

Estábamos en el cobertizo, cogidos de la mano, y nos resultaba casi demasiado serio, Jesper no se reía como solía, nos escocían las palmas y podía oír la lluvia en el techo de chapa y en los árboles de fuera y, más allá de la lluvia, el silencio era tan grande que colmaba toda Dinamarca.

Pero en Skagen lo que oíamos era el viento, que golpeaba cualquier cosa que hubiera en el camino que recorríamos muy juntos, como una familia que huyera de los cañones en un recorte de periódico. Habíamos probado suerte en todas partes, pero no teníamos adónde ir. Los quioscos estaban cerrados a causa del mal tiempo, los domingos los cafés nunca abrían, y en el puerto las olas rompían contra la tierra y la inundaban. Luego empezó a llover. Una lluvia que venía de todas partes a toda velocidad y no caía *sobre* nosotros, sino *contra* nosotros. Junto con el viento, nos golpeaba la cara e intentábamos volvernos y caminar de lado para no ahogarnos, y al final Jesper se rindió: salió corriendo hacia el centro del camino y empezó a danzar con los brazos en alto.

–¡Venid a ver! ¡Venid a ver! La gente del cielo ha venido para conquistar el nuevo mundo. ¡Venid a ver! ¡Venid a ver! –gritaba mientras se reía a carcajadas. El pelo le chorreaba y, en varias ventanas, los nativos descorrieron las cortinas y se quedaron mirándonos mientras negaban con la cabeza y movían los labios, hablándole a alguien que estaba en la sombra tras ellos. Y Jesper gritaba–: ¡Venid a ver a los que son más fuertes que vosotros! ¡Tenemos perlas de cristal y espadas de acero!

–¡Cállate de una vez, niño! –bramó mi padre–. ¡Vuelve aquí! –Tenía agua en los ojos y agua en la voz.

–Guau, guau –respondió Jesper, jadeando como un perro, y regresó a la manada.

Continuamos bajando el camino hacia la estación de tren. Morados de frío,

entramos tambaleándonos en el edificio, donde el taquillero nos dijo que el tren hacia casa no salía hasta tres horas más tarde. Nos echó una mirada recelosa bajo la gorra; estaba acostumbrado a gente más fina. La excursión entera se derrumbó como un castillo de naipes. Nos apiñamos bajo el tejado del andén y mi padre apretó las mandíbulas hasta que se le abultaron, miró al frente y no tenía nada que decir. Lo había planeado todo y nada había salido como había pensado, ahora estábamos allí prisioneros. Mi madre se ciñó el chal en torno a los hombros y pensé que daba igual que yo estuviera decepcionada. A pesar de todo, el único fallo de aquel viaje era que hubiera sido tan corto.

Al recorrer la calle Asyl de regreso de la estación, vemos a Lucifer ante la puerta. Todavía me siento el tren en el cuerpo, al igual que el viento y las casas amarillas; tengo la melena recogida en una trenza que me ha hecho mi madre, y que está pegajosa, llena de arena y lluvia salada y rígida como una amarra. Me la toco e intento deshacérmela, pero me resulta imposible sin ayuda. Lucifer cruza la calle y empieza a mordisquear unas briznas de hierba del borde de la gravilla, ante una casa frente a la nuestra, con el carro a rastras. Solo el abuelo puede sacar a Lucifer, pero ahora el tío Nils está sentado en el escalón de la puerta, con la cara oculta entre las manos; lleva puesta una bonita chaqueta negra, unos pantalones de trabajo con manchas y, en los pies, los zuecos de madera. Todos tenemos frío y caminamos más rápido que de costumbre y, al vernos el tío Nils se levanta, deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo y cierra los puños. Los abre y los vuelve a cerrar. Veo que mi padre le mira las manos y luego mira el caballo.

–Ha pasado algo –dice Jesper.

–Cállate ya, niño –lo ataja mi padre.

Mi madre lo mira:

–Pero, Magnus, hombre.

–Cállate ya, he dicho.

Le cojo la mano, pero él no lo nota y no cierra la suya. El tío Nils tiene la cara blanca pese a pasarse la mayor parte del año trabajando al aire libre, en los campos del sur de Vrangbæk. «El abuelo ha muerto –nos dice–. Se ha ahorcado en el establo.» Ni Jesper ni yo deberíamos haber oído eso, y no lo miro; veo el establo en penumbra con sus filas de pesebres y todas las vigas que hay allí y a Dorit tumbada rumiando, con su gran cuerpo contra mi abrigo, y me caliento por dentro solo de pensarlo, aunque un viento helador recorre la calle Asyl y tengo tanto frío que me castañetean los dientes; pero no siento el frío en absoluto.

–Ven –dice Jesper–, vamos adentro.

Me tira del brazo hacia la puerta por la que ya está entrando mi madre. Va canturreando una canción para sí misma y se mete en la cocina, ha bajado su telón de salmos entre ella y todos nosotros, y Jesper y yo vamos al salón, nos acercamos a la ventana y miramos fuera. El tío Nils sujeta a mi padre por el abrigo y habla deprisa y con la mirada clavada en el suelo, podemos oír su voz, pero no lo que dice. Mi padre le aparta la mano, cruza la calle hacia Lucifer y agarra al caballo del bocado. El animal retrocede y se levanta sobre las patas traseras, mi padre no lo suelta y se levanta con él hasta que solo se apoya en la punta de un pie; el tío Nils acude corriendo sobre sus zuecos cantarines. Entre los dos consiguen tranquilizar lo suficiente al caballo para montarse en el carro y mi padre coge las riendas. Lucifer vuelve a encabritarse, pero mi padre suelta un grito que resuena frío y duro contra las paredes de la casa y Lucifer empieza a trotar camino abajo. Lo último que vemos, antes de que desaparezcan tras la esquina y tomen la calle Danmark para salir de la ciudad en dirección a Vrangbæk, es la boina marrón de mi padre.

–¿Cómo podía saber yo eso? –dice Jesper–. No podía saberlo.

–Claro que no podías.

–A lo mejor tengo poderes oscuros. Quizá puedo ver a través del tiempo lo malo que va a venir, como Sara la del Bosque.

Pero Sara la del Bosque es una mujer mayor que vive en una vieja casa en la linde del bosque por el que pasamos de camino a Vrangbæk y Jesper no es como ella. Sara la del Bosque sabe leer los posos del café y las líneas de la mano, conoce los nombres de todas las estrellas y de todas las plantas, sabe para qué sirve cada una de ellas, y hay quien dice que mató a su propio hijo porque carecía de padre. Ningún hombre había estado nunca con ella y por eso no dio a luz a una criatura humana. Sara la del Bosque es el fantasma favorito de Jesper y siempre grita: «¡Ya viene! ¡Ya viene!», cuando pasamos por allí en bicicleta después de que se ponga el sol y entonces yo pedaleo con todas mis fuerzas. Según Jesper, puede ver a través de la oscuridad.

–No creo que tú puedas. Lo que pasa es que tienes imaginación. Todo el mundo lo sabe.

Pero no era solo eso. Cuando descolgaron al abuelo, encontraron una nota en el bolsillo de su chaqueta. Se había puesto una camisa blanca y su mejor traje, con la cadena del reloj y el chaleco, llevaba el tupido cabello peinado hacia atrás, como una brillante piel; no tenía ni una cana porque llevaba toda la vida comiendo huesos y cartílagos. Se había afeitado la barba y quienes lo vieron dijeron que parecía desnudo y diez años más joven; yo me he preguntado si lo descubrirían enseguida. Al fin y al cabo, estaba oscuro, fue a primera hora de la mañana, y tal vez se toparan con sus piernas, haciendo que se balancearan adelante y atrás, y produjeran un crujido en la viga del silencioso establo donde se alineaban los traseros de las vacas. ¿Estaría Dorit de pie en su cubículo o tumbada rumiando? ¿Sabría ella que el hombre al que pertenecía estaba colgado de una cuerda del techo, con una nota en el bolsillo?

La nota estaba doblada dos veces, no tenía un solo borrón y con la letra del abuelo decía: «Ya no aguanto más». Estoy segura de que tanto Jesper como yo lo habíamos notado, que ya no aguantaba más, pero no entendíamos qué era lo que no aguantaba, porque estaba fuerte como un toro y era capaz de trabajar más duro y durante más tiempo que nadie a quien hubiera conocido nunca.

Una vez al mes amarraba a Lucifer al carro y se lo llevaba al trote a la ciudad y, en aquellas ocasiones, nadie podía acompañarlo. El día siempre era el mismo, al igual que la ruta; llevaba años haciéndolo. Eran muchos quienes lo conocían en la ciudad y lo saludaban llevándose la mano al sombrero, como a

un general, y algunos se reían abiertamente cuando había pasado. Pero Lucifer subía deprisa la cuesta que pasaba por delante de Bangsbo, con sus leones ante la entrada, avanzaba por la avenida de Møllerhuset, lanzaba gravilla por toda la calle Sønder, donde las casas de los pescadores se alineaban muy juntas en dirección a la playa y donde la Casa de la Misión tenía las luces encendidas. Tal vez alguien estuviera mirando desde la puerta y rogando a Dios que lo protegiera del diluvio universal cuando este llegara, pero el que llegaba era el abuelo y él no saludaba a nadie. Lucifer se limitaba a seguir trotando por la calle Danmark a través de la ciudad, cruzaba el cementerio y pasaba por la farmacia Løve y por nuestra calle, donde yo lo esperaba en la esquina, dando patadas al suelo para mantener el calor. Esperaba un buen rato y al final el abuelo aparecía, erguido en su carro tras el caballo, de camino al Aftenstjernen para emborracharse. Aquel era el primer lugar donde se metía, con la billetera rodeada por una gruesa goma. Yo había visto esa billetera. La goma era roja y, cuando había sacado dinero y se disponía a cerrarla, sostenía la goma entre el pulgar y los demás dedos y la soltaba con un chasquido, con el propósito de que se oyera.

Los cascos de Lucifer resonaban contra los adoquines, pero no hacía falta esconderse: el abuelo nunca miraba a los lados. Yo tenía frío y me metía las manos en las mangas del abrigo como si fueran un manguito, y si me hubiera visto, no me habría reconocido, porque en realidad no veía nada.

Me quedaba mirando fijamente el carro hasta que este desaparecía tras las casas de la plaza Nytorv y, en una ocasión, al volverme para regresar a casa, Jesper estaba en la sombra detrás de mí, con chaqueta gris y pantalón gris, y solo sus ojos brillaban. Contemplaba la calle por la que se alejaba el abuelo.

–Que no te quepa duda de que ahí van a desaparecer cien coronas –dijo.

–¿Llevas mucho tiempo aquí?

–Tanto como tú. No eres la única que sabe qué día es hoy.

Me subí el cuello del abrigo para taparme las orejas, me volví de nuevo y

miré la calle.

–Va al Aftenstjernen –dije.

–Hum. Y luego iré a la taberna Færge, y a Vinkjælderen y a la taberna Tordenskjold.

–Y al final al bar del hotel Cimbria –añadí.

–De donde lo echarán, porque ya no se mantendrá en pie, y luego saldrá a gatas hasta el carro, se acostará en el asiento y se echará a dormir mientras Lucifer le lleva de vuelta a Vrangbæk. Y si no se cae, llegará a casa en vez de morir congelado.

–Una vez se cayó.

–Pero fue en verano y toda la ciudad lo vio tirado en la cuneta, roncando con la cara hundida en su propio vómito. ¡Joder! Y mañana no hablaré a la abuela.

–De todos modos, nunca le habla.

–¿Lo seguimos a ver?

–Ya lo hemos hecho otras veces. No tiene gracia, es desagradable y además tengo frío.

–Tú siempre tienes frío. Pero te he traído las manoplas, el gorro y la bufanda –dijo Jesper. Y así era, los llevaba ocultos a la espalda. Lo sacó todo y dijo–: Tienes que planear las cosas, hermanita, tienes que pensar por adelantado.

Pero yo rara vez lo hacía. Sabía que alguna vez me largaría de aquella ciudad, sabía que tomaría el Transiberiano a Vladivostok, pero no siempre sabía por qué hacía lo que acababa de hacer.

Me puse la ropa de abrigo, me até firmemente la bufanda al cuello y subimos juntos por la calle principal hasta la plaza Nytorv, y se nos olvidó que deberíamos haber vuelto a casa para cenar. Iba cogida de la mano de Jesper aunque sabía que él se consideraba demasiado mayor para eso, pero las calles estaban oscuras, era de noche y había poca gente que pudiera

vernos. Solo un hombre se metió en un callejón y oímos lo borracho que estaba y lo que soltaba contra la pared de una de las casas.

En un extremo de la plaza estaba el juzgado, con los calabozos para borrachos a la izquierda. Echamos un vistazo al pasar, pero no había nadie dentro, así que continuamos a través de la plaza Gammeltorv, en dirección al Aftenstjernen, situado en el lado opuesto. La vieja taberna estaba en un cruce donde un camino conducía al balneario de la playa de Frydenstrand, cerrado ya por aquella temporada, y otro continuaba de frente, pasando por la residencia de ancianos de la Fundación de Artesanos. Cuarenta años más tarde, mi padre acabaría allí sus días.

Vimos a Lucifer ante la puerta de la taberna, estaba inquieto, movía la cabeza y resoplaba. Tras las ventanas había sombras y luces amarillas, y luces amarillas también sobre los adoquines, procedentes de las farolas; cuando nos parábamos entre dos de ellas, proyectábamos sombra hacia ambos lados. Jesper llevaba zuecos de madera, de modo que se nos oía llegar desde lejos. Pero no éramos los únicos. De pronto resonaron gritos, cascots y ruedas contra las piedras de la calle. Nos volvimos y vimos un gran landó avanzando por la calle Danmark y, donde esta se estrechaba, el sonido retumbó entre las casas y las puertas se abrieron. La gente salió a la calle y los chiquillos echaron a correr tras el carruaje negro de herrajes plateados.

–¡Tírenos unas monedas, barón! –gritaban.

El que llegaba era el barón Biegler, el señor de Bangsbo, con su enorme abrigo de piel de oveja.

–¡Más rápido, cochero! ¡Me muero de sed, ardo como el fuego! –gritaba, aporreando la portezuela.

El cochero fustigaba a los caballos y estos se retorcían en los arreos y, si no hubieran estado amarrados el uno al otro, habrían galopado cada uno en una dirección distinta. El carruaje cruzó la plaza y, al pasar, el barón se asomó y arrojó a la noche un puñado de monedas que relucieron bajo la luz

de las farolas, repiquetearon contra los adoquines ante nosotros, rodaron a diestro y siniestro y se metieron en las rendijas entre las piedras; pero nosotros no nos agachamos. Teníamos severas instrucciones de no tocar ese dinero. Era dinero ensangrentado, según mi padre. Yo no tenía la menor idea de a quién pertenecería la sangre, pero las monedas eran más brillantes que ninguna que hubiera visto hasta entonces. Jesper puso los brazos en jarras.

–¡Quédate tu ensangrentado dinero, barón! –gritó tras el carruaje–. ¡De todos modos, no tardarás en morirte!

Yo me lancé sobre él y le tiré de la chaqueta.

–¡Qué estás diciendo! No digas esas cosas –le dije tan alto como me atreví.

Uno de los chiquillos llegó hasta nosotros, se tiró al suelo de rodillas y empezó a recoger monedas.

–Joder, todo el mundo sabe que tiene una enfermedad que no tardará en matarlo.

–Pero ¡si es un barón!

–¡Un barón de circo, un barón de feria, un advenedizo y un maldito verdugo! –gritó Jesper con palabras que no eran suyas, que había aprendido a saber dónde, y la cara del barón asomó del carruaje como una máscara blanca con tres agujeros negros y vacíos antes de que los caballos se detuvieran delante del Aftenstjernen. Jesper dijo–: ¿Y ahí a qué va? Digo yo que podrá permitirse beber en su casa, sus buenos licores.

–Quizá se sienta solo –aduje.

–Es un idiota –respondió Jesper–. Vamos.

Cruzó la plaza abierta tan pronto como el barón hubo entrado por la puerta; los chiquillos habían desaparecido con todas las monedas, dejándonos solos. Yo lo seguí despacio y no estaba a gusto.

–Quizá deberíamos volver a casa –propuse–. Hace rato que deberíamos haber vuelto para cenar.

–El abuelo está ahí dentro y yo quiero verlo. Es mi abuelo y también el

tuyo –dijo sin volverse.

Ya estábamos ante las ventanas y miramos hacia dentro.

Se nos puso amarilla la cara y negra la espalda, y el cochero, sentado en su asiento, mantenía la mirada fija en la pared y ni siquiera veía a Lucifer, que ahora que tenía a otros dos caballos a su vera estaba aún más inquieto.

–¡Yo me voy a casa! –grité.

–De acuerdo –replicó Jesper sin apartarse de la ventana–. Puedo mirar solo perfectamente.

Apenas podía oírlo y su negra espalda se redujo a una raya contra la luz amarilla. ¿De verdad quería quedarse solo? No me lo podía creer. Era mayor que yo, iba a morir antes y, aunque él no lo entendiera, yo hacía tiempo que lo sabía. ¿De veras era invierno? Lo recuerdo todo como invierno: la temprana oscuridad, las calles vacías y el frío que se colaba por todas partes y se metía por debajo del abrigo y me subía por detrás; le di la espalda, eché a andar cruzando la plaza y pensé en mi madre, que sin duda estaría esperando en la puerta. Entonces me detuve, me di la vuelta y volví corriendo con Jesper. Presioné la nariz contra el cristal y sentí a mi hermano contra el hombro.

–Sabía que volverías –dijo él riendo por lo bajo.

Y no sé si lo pensé en aquel momento o si sería años más tarde, seguro que no tenía más de doce años y Jesper catorce, pero el frío en la espalda era insoportable y supe que no siempre sería así, que no siempre estaría fuera, en la oscuridad, mirando hacia la luz. Sentí un cosquilleo en todo el cuerpo y de pronto me entraron ganas de romper el cristal ante mí y salir corriendo a toda prisa. Pero me quedé quieta, con el hombro junto al de Jesper.

Una de las ventanas estaba entornada y el calor se vertía hacia fuera junto con la luz. Vimos al barón inclinarse sobre la barra. Se hizo sitio barriendo los vasos con las manos de modo que se volcaron, rodaron sobre el canto, cayeron y se rompieron contra el suelo.

–¡A la mierda con eso, yo pago! –gritó al volverse con un vaso lleno hasta el borde; era un barón–. Esta ciudad está llena de campesinos. ¡Salud, campesinos!

Allí no había más campesinos que el abuelo. Yo conocía a todo el mundo. La mayoría trabajaba en el astillero, algunos eran pescadores y otros artesanos, como mi padre. Este los conocía, en ocasiones se reunía con ellos, y cada verano hacían un viaje juntos a la costa oeste con la Fundación de Artesanos; pero él nunca iba al Aftenstjernen por las noches.

El barón estaba irritado y volvió a alzar su vaso.

–¡Bebed de una puta vez, campesinos! ¿Necesitáis que os paguen las copas?

El abuelo estaba sentado a una mesa junto a la puerta. No veía más que su mano en torno al vaso, pero esta la conocía perfectamente, y cuando se levantó oímos crujir las sillas y las mesas.

–Yo me pago mis propias bebidas y no bebo con barones de juguete –dijo.

Dio dos pasos hacia delante y le vimos el cuerpo entero. Llevaba puesto el sombrero de ala ancha. Era alto y se lo veía delgado sin el abrigo, y no anduvo del todo firme al avanzar hacia la barra, donde estaba el barón.

–Voy a entrar –dijo Jesper.

–Se van a pelear.

–Por eso.

–Pero no tienes permiso, eres demasiado pequeño.

–Tengo catorce años, basta y sobra –respondió.

Volví a mirar hacia dentro y vi que el abuelo y el barón Biegler estaban muy juntos, con sendos vasos en la mano. Ambos llevaban barba y estas casi se fundieron. El sombrero del abuelo arrojaba una sombra sobre su cara y la del barón que impedía ver dónde terminaba una y dónde comenzaba la otra. El barón levantó el brazo para protegerse y salpicó aguardiente en el traje

oscuro del abuelo, entonces este lo agarró del abrigo de piel de oveja y empezó a sacudirlo y a tirar de él.

–Ya han empezado –dije.

–Entonces voy –contestó Jesper.

Y se fue. Pasó por delante del cochero, que seguía igual de tieso, entró por las puertas de doble hoja y, hasta que no lo vi dentro desde mi sitio junto a la ventana, no lo seguí.

El calor me golpeó. Procedía de la estufa de cuatro pisos del rincón y también de los muchos cuerpos que estaban de pie o sentados alrededor de las mesas; el camino hacia la barra estaba despejado como el pasillo central de un establo donde las vacas se alinean a ambos lados despidiendo calor. Apenas podía vislumbrar a Jesper al fondo, colgado de la espalda del barón y con el brazo apretado en torno a su cuello mientras el hombre daba coces hacia atrás con un tacón chapado en hierro. Pero allí dentro había tanto humo y vapor que resultaba difícil ver nada más y, por un momento, estuve convencida de que realmente había entrado en un establo.

Una voz atravesó el humo haciendo que todo lo demás se detuviera.

–¿De dónde ha salido esa niña? ¡Sacadla de aquí!

Lo había visto, pero no había comprendido que allí dentro solo había hombres y ahora vi todas sus caras y sus ojos clavados en mí. Se hizo el silencio. El abuelo se volvió lentamente, todavía con el vaso en la mano. Tenía un aspecto absurdo y quizá a él también se lo pareció, porque estuvo a punto de posarlo sobre una mesa, pero al final le dio un trago antes de soltarlo. Ahora estaba vacío. Miró a Jesper, que colgaba del cuello del barón, se llevó la mano al sombrero, negó con la cabeza y se giró del todo, siguió las miradas a su alrededor y me descubrió a mí en la puerta, con mi abrigo. Era completamente azul y estaba convencida de que él ya me lo había visto antes. Aun así, entornó los ojos aturdido, se quitó el sombrero y se inclinó hacia delante antes de tomar aire.

–¿Qué demonios es esto? –bramó–. ¡¿La liga contra el alcoholismo?!

Una risa desvergonzada surgió del mostrador y rodó hacia la puerta hasta golpearme en la cara, que me empezó a arder a causa de la vergüenza y del calor de la estufa en contraste con el frío de fuera.

–¡A ti debería darte vergüenza! –grité.

Aunque él no había dicho nada respecto a que yo debiera avergonzarme, pero allí dentro no había más que vergüenza. En ese momento se abrió la puerta detrás de mí y una corriente de aire frío me subió por la espalda al mismo tiempo que la ola de risas retornaba hacia la barra. Una mano me agarró del hombro. Me hizo daño y no precisaba darme la vuelta para saber quién había llegado.

–Sal y espérame fuera –dijo mi padre.

Su voz sonaba suave, casi amable, y su mano era dura. Yo no tenía ganas de salir. Fuera hacía frío y dentro calor, pero aquello estaba también lleno de grandes ojos que me miraban fijamente, así que me volví, di dos pasos hacia la puerta y me aposté en el umbral.

Un estrépito sonó en la otra punta del local. Era Jesper, que finalmente había caído al suelo, desde donde se debatía y daba patadas.

–¡Miserable crío de campesino! ¿Te has vuelto loco? –bramó el barón.

–¡Yo no soy campesino, soy proletario! –gritó Jesper.

El sonido de las risas volvió a ascender. Los habituales del Aftenstjernen no se lo pasaban tan bien desde Nochevieja, pero Jesper había leído los libros de Nexøs y Pelle el Conquistador se había convertido en su nuevo héroe. Mi hermano iba a ser trabajador industrial y representante sindical y conduciría a sus compañeros hacia el sol rojo y el Nuevo Ser Humano. No iba a quedar en pie un solo muro de piedra ni un montón de heno de la vieja sociedad y, desde luego, ningún barón, generalmente tan borracho que cuando pretendía salir a cazar por sus bosques no conseguía cruzar su patio sin caerse de espaldas, de modo que acababa arrastrándose a cuatro patas por encima de las

bostas y la paja hasta alcanzar el palomar, donde soltaba a sus palomas mensajeras y las cazaba a ellas en su lugar. Y esto ni siquiera era mentira.

Mi padre cruzó el local que tan bien conocía cuando otra luz entraba por las ventanas; yo veía su espalda y a Jesper al fondo. Mi hermano estaba de rodillas y con una mano se sacudía el polvo de la chaqueta y los pantalones, mientras con la otra mantenía al barón a distancia. Entonces alzó la mirada y se quedó petrificado. Tomó aire y se levantó despacio, sin perder de vista a mi padre y mordiéndose el labio. Ya nadie decía nada. Cerré los ojos y aguardé el sonido que estaba a punto de llegar: la voz grave de mi padre y sus manos capaces de romper cualquier cosa, lo había visto en su taller cuando algo no le salía, pero quien habló fue el abuelo.

–Pero si ha aparecido el maestro carpintero, el carpintero maestro. El hijo pródigo del campesinado, el buen custodio del serrín. ¿Qué estará haciendo en la calle a estas horas con su familia casi al completo? ¿Es que en casa no encuentra suficiente calor?

Mi padre se detuvo en medio del local.

–Jesper, tú te vienes conmigo –dijo en voz baja y mi hermano, que seguía mirándolo a la cara, echó a andar.

–Huy, huy, ¿qué prisas son estas? Ya que estamos juntos, podemos tomarnos un trago, ¿no? Je, je. Tú quédate aquí, Jesper.

El abuelo abrió la mano y estiró el brazo. Jesper se paró, pero no se dio la vuelta, y entonces fui yo la que gritó.

–¡Él se viene con nosotros!

Mi padre se volvió bruscamente.

–¡Chitón, niña! –me atajó.

Y de nuevo hubo vergüenza y ojos desorbitados, pero mi hermano estaba angustiado y eso solo lo veía yo. Estaba rígido, entre nuestro abuelo y nuestro padre, uno alto y flaco, con una sonrisa burlona en la cara, y el otro con un bulto en la parte alta de la espalda y las mandíbulas apretadas. Ya nadie

miraba al barón. Eso no le gustó, así que puso los brazos en jarras y habló con la voz llena de arena y grava.

–¡Qué ridículo drama familiar! ¡No tenemos por qué escuchar esto, joder!

Escupió en el suelo y entonces el abuelo se dio la vuelta y le arreó en toda la barriga. El barón golpeó la barra con la espalda, cayó al suelo y allí se quedó, rodeado por su abrigo como una corona. El abuelo cogió el vaso del barón y se lo bebió de un trago.

–Bueno, maestro carpintero –dijo, y yo no entendía qué pasaba con el nombre de mi padre para que no pudiera decirse en voz alta, se llamaba Magnus y el abuelo lo sabía perfectamente, pero hablaba con una voz que no le había oído nunca antes–. ¿Por qué no vuelves a casa ya que no quieres beber con tu propio padre? Tú nunca fuiste como los demás, ¿verdad? Y nunca has sabido por qué; fuiste parido con dolor y concebido con más dolor aún, has sido una espina en la carne desde el primer momento. Vuélvete a tu cálida casa y deja que el chico se quede conmigo.

Se balanceaba adelante y atrás sobre los talones, pero cada palabra se oía perfectamente. Todo el mundo en el Aftenstjernen lo escuchaba sin moverse, y cuando acabó todos miraron a mi padre. Este no tenía nada que decir, se limitó a mirar de frente con los puños cerrados y la espalda más encorvada que nunca. Intenté atrapar la mirada de Jesper y lo logré. Sin dejar de mirarlo, le hice gestos para que se me acercara.

–Ven, ven –susurré.

Jesper se recuperó, empezó a andar y entonces hizo algo que nadie había previsto: se acercó a mi padre, lo rodeó con los brazos y lo abrazó. Un hombre se rió, pero esta vez no había vergüenza, simplemente se reía y empezó a aplaudir y, al momento, todos los demás hicieron lo mismo. Reían y aplaudían y pateaban el suelo. Mi padre enderezó la espalda y sonrió con prudencia, saludó con la cabeza a alguien a quien conocía, nos agarró a

ambos por los hombros y nos condujo hacia la puerta. Allí Jesper se volvió y señaló al barón.

–¡Estás muerto! –gritó.

La risa volvió a subir y mi padre agarró a Jesper del cuello del abrigo, lo levantó y lo sacó fuera, pero yo sabía que ya no estaba enfadado.

Antes de cerrar la puerta a mis espaldas, vi al abuelo quedarse solo con el vaso del barón en la mano, y por un momento pensé que creía que Jesper se había referido a él.

Lo que se le daba bien a mi madre eran las historias. Y las canciones. Era una compositora de salmos. Antes de casarse se apellidaba Aaen y provenía de Bangsbostrand, un pueblo pegado a nuestra ciudad en dirección sur. Allí casi todo el mundo vivía de la pesca y absolutamente todos eran cristianos practicantes, y los que se apellidaban Aaen eran más cristianos que el resto. Esa familia empleó siempre un lenguaje más fino que los demás, no hablaban el mismo dialecto *vendelbo* que usaba la mayoría de los habitantes de la región que no eran inmigrantes, y eran tan cristianos que cuando fundaron una asociación la llamaron Cooperativa de Nuestro Señor; nosotros la llamábamos Brugsen. Creo que todavía existe. Quienes no eran miembros de Brugsen se enfrentaban a oscuros inviernos y, cuando la pesca fallaba, se presentaban ante la puerta de Nuestro Señor pidiendo que les dejaran pasar, pero a esas alturas era demasiado tarde, claro. Más adelante aprendieron la lección.

No sé por qué los Aaen eran más finos que los demás. No había motivo para ello. Quizá fuera porque en la familia había una cámara fotográfica. Se la había dado un rico alemán como pago por el préstamo de un barco durante un verano que pasó allí como turista, en una casa que alquiló en la playa. Se llamaba Eisenkopf.

Se conservan muchas fotografías de aquella época, una de ellas muestra a mis tías maternas subiendo por la calle Sønder desde la avenida de Møllerhuset, ataviadas con grandes sombreros y vestidos largos con todo tipo de adornos y tonterías, y no parecen las hijas de un pescador. Aunque eso es lo que eran. En todo caso, estoy segura de que mi madre pensaba que se había

casado por debajo de su rango, pese a que mi padre venía de Vrangbæk, que no es una granja pequeña ni siquiera hoy en día. Uno de mis tíos era diácono en la iglesia de Bangsbostrand, por lo que tenía la piel blanca y las manos finas, pero su hijo Kurt trabaja en el astillero y la tía Else nunca pasó de ser la mujer de un pescador; al final, la viuda de un pescador, cuando su marido Preben se hundió con el *LiseLotte* al norte de Skagen una noche de enero sin luna. Durante los primeros años, sobrevivió a duras penas gracias a la ayuda de la parroquia.

Mi madre tenía un piano que mi padre había comprado y arreglado cuando cerraron el viejo cine. Conservaba el sonido del cine mudo, y cuando mi madre tocaba y cantaba se producía una mezcla de Chaplin y cristianismo que me resultaba irreverente, aunque creo que ella no lo veía igual. Mi madre se sentaba en su banqueta y empezaba a experimentar con las teclas y luego escribía frases y palabras rimadas en grandes cuadernos marrones. El piano la acompañó el resto de su vida y fue con ella hasta la residencia de ancianos. Aunque la mayor parte del tiempo permanecía alejada del mundo, a veces, cuando se sentaba a tocar y cantar, se interrumpía de pronto y decía:

–Oh, qué salmo tan precioso. ¿Quién lo habrá escrito? –Y al cabo de unos minutos sonreía, se llevaba las manos a la cara y susurraba–: Pero ¡si he sido yo!

Y entonces se echaba a reír con un orgullo que a mí me parecía irreverente. Había quienes pensaban que era casi tan buena como Kingo, el famoso compositor de salmos danés, pero ella nunca envió sus canciones a ningún sitio y solo permitía que las escucháramos la familia y las personas más cercanas de la parroquia.

A mí, personalmente, me resultaban insoportables.

Jesper la quería. Se acordaba de su cumpleaños y la llamaba «Madrecita», porque era muy pequeña, y no tenía reparos en burlarse de ella por eso. Entonces mi madre empezaba a perseguirlo con el paño de cocina, pero al

final se rendía y acababa riéndose al tiempo que se sonrojaba. Si yo intentaba hacer lo mismo, me atizaba sin ningún sentido del humor.

Mi madre nos hablaba de Sara la del Bosque y del Hombre de Danzig. Ella estaba sentada en una silla junto a la puerta y Jesper y yo acostados en nuestras camas cuando, cien años antes, el Hombre de Danzig surcó la habitación con su barco, procedente de lo que entonces era Alemania; un hombre solo, con los ojos irritados y el viento en el pelo, que transportaba una carga para Noruega en una noche oscura, de mal tiempo, en la que casi no se veía nada. Pretendía pasar cerca de Læsø, entre Suecia y Dinamarca, y oteaba en busca de faros, maniobrando según las luces que veía. De pronto, la luz llegó de todas partes. Tiró del timón, viró a estribor y comprendió que había sido un error; entonces viró de nuevo a babor, y la luz llegó otra vez de todas partes y acabó encallando con un retumbo, se quedó completamente varado y el barco empezó a hacer agua. En la oscuridad, oyó el fragor de las olas, un chapoteo de remos y los golpes de unos barquitos que chocaban contra el casco, y dio gracias a su Dios por estar salvado. Pero quienes subieron a bordo ni siquiera lo miraron, se deslizaron por la cubierta como sombras en dirección a las escotillas y, al poco, toda la carga había desaparecido por encima de la borda, al igual que los hombres. Libre de carga, la nave se elevó del arrecife y flotó hacia aguas más profundas, donde se hundió lentamente hasta desaparecer del todo, con el Hombre de Danzig a bordo. Y entonces mi madre susurró:

–El cabo contra el que encalló, a día de hoy, sigue llamándose Hombre de Danzig.

–Joder, menudos cabrones eran –dijo Jesper en voz alta cuando mi madre se hubo ido.

El interior de la habitación estaba completamente oscuro, y el exterior también, con la infinita oscuridad de enero, pero por la dirección de su voz sabía que mi hermano estaba sentado en su cama y que se refería a los

habitantes de Læsø que habían encendido luces falsas para atraer al Hombre de Danzig hacia el arrecife y saquear su carga. Tenía razón, y a mí me indignó soñar aquella noche con el Hombre de Danzig, que estaba en el fondo del mar, entre algas y sargazos, con los ojos luminosos y extendiendo unos largos dedos ondulantes para cogerme. Pero comprendí que el sueño estaba provocado por el modo en que mi madre había contado la historia y durante mucho tiempo me pregunté si ella sentiría alguna lástima por él. Tal vez mi madre tuviera parientes en Læsø o quizá la gente fuera allí tan pobre que consideraran que no les cabía otra salida. Eso también había que pensarlo.

Este invierno todo se hiela. Hay nieve en las calles, nieve en los campos y, cuando el viento sopla bajo del norte y se lleva todo por delante, el brillante hielo se extiende hasta alcanzar los islotes de Hirs. Otros inviernos ha hecho frío, pero nunca tanto, y hace veinte años que la gente no ve tal cantidad de nieve. Hay quien dice que una vez se podía llegar hasta Suecia y de vuelta sin mojarse los pies, pero en todo caso ha pasado mucho tiempo desde entonces y yo creo que este frío tiene algo que ver con el abuelo, que el frío llega sigilosamente cuando alguien se ha ahorcado o se ha quitado la vida de alguna otra manera, y que ocurre especialmente en la ciudad donde el suceso ha tenido lugar. Pero mi padre dice que hace frío en toda Dinamarca y supongo que es un poco desorbitado achacarle todo eso al abuelo, así que la teoría no debe de ser buena, por mucho que le gustase a Jesper.

Cuando me siento en clase, veo por la ventana que el viento llega y tira de los árboles, y lo oigo aullar tras la esquina del edificio de la escuela. Las viejas ventanas no cierran bien, la corriente a lo largo de la pared es infernal y los que estamos junto a las ventanas llevamos puesta toda nuestra ropa de abrigo.

Marianne, que se sienta en el pupitre delante de mí, lleva una gran bufanda roja en torno al cuello y le sale vapor de frío por la boca, mientras que los que se sientan en la fila de la pared opuesta, junto a la estufa, se quitan casi toda la ropa y sonrían dulce y desagradablemente a quienes nos ha tocado en el ala exterior. Sobre todo Lone, menuda idiota, es la hija del director de la escuela y es guapa. Todos los días lleva vestidos recién planchados, tiene rizos rubios y saca buenas notas. Yo también saco buenas notas. Nosotras dos vamos muy por delante de todos los demás. Ella porque se lo dan todo gratis, yo porque me esfuerzo. Si alguna vez quiero largarme de esta ciudad y llegar al fin del mundo, tengo que sacar buenas notas. Primero haré el grado medio, luego el bachillerato y, después, la puerta estará abierta. Mi madre se alegra de que me aplique, a veces me lo dice, y se desespera con Jesper, que se lo toma más a la ligera, porque él va a ser trabajador de los astilleros y socialista y está entrenándose en ejercer la oposición. Si estás en la oposición no necesitas hacer los deberes. Esa es la primera regla, según Jesper, y él se ve por buen camino: monta jaleo en la escuela y recibe broncas en casa.

Al volver del colegio camino detrás de Lone e imito su modo de moverse. Avanza con pasos cortos y ligeros. Eso mismo hago yo hasta que me aburro; Lone ni siquiera se vuelve. Vive en una gran casa en el paseo Rose, casi llegando a Frydenstrand. Yo no voy tan lejos, pero es en la misma dirección. Nunca vamos juntas. Lone es de clase alta y no puede mostrarse conmigo en público. Es recíproco. Pero en el momento en que voy a girar por la calle Asyl, se vuelve. Me mira fijamente llena de odio, se agarra la bufanda, la gira hasta que el nudo le queda en la nuca y entonces tira de ella y la tensa, al tiempo que saca la lengua y pone los ojos en blanco. Me abalanzo de inmediato sobre ella, la golpeo con el hombro y la tiro de espaldas sobre un montón de nieve. Le pego una buena paliza. Será la hija del director, pero a mí nadie me toca las narices. Nadie.

En el paseo Rose hay varias casas grandes. Las pocas veces que mi madre sale a pasear, con frecuencia se dirige hacia allí para recorrer la calle y volver. Sé lo que piensa. Piensa: «Qué bien debe de estar esta gente que vive aquí. Seguro que son felices. Vivir así, a lo grande». Pero en una ocasión fuimos juntas, de todos modos yo tenía el día libre, y no iba a ser más que una sucesión de horas negras hasta la llegada de la oscuridad, con mi cuerpo estorbando por todas partes. Pasamos por delante de una de las casas y echamos un vistazo al jardín. Era grande y, en medio del césped, vimos a una chica en silla de ruedas. En aquel momento era verano y la chica tenía la cabeza en sombra y una franja de sol caía sobre el pecho de su vestido rojo. Mi madre se volvió.

–Ya ves –dijo–. Mejor ser pobre y poder andar, que ser rico en silla de ruedas.

Pero hablaba para sí misma. Lo que yo veo es a una chica sin cara con vestido rojo, a menudo por la noche mientras duermo; al principio está oscuro, después llega lo rojo y se desborda hasta llenarlo todo y entonces he de despertarme o reventar, pero no sueño con ser rica. Es mi madre la que sueña con eso, en algún lugar por detrás del lugar de donde salen sus salmos.

–¿No hubiera sido mejor que nos dejara una casa? –pregunta cuando nos enteramos de que no hay nada que heredar del abuelo.

El Aftenstjernen se ha quedado su parte y la casa en que vivimos no es nuestra, sino de la Congregación Baptista, que queda pared con pared. Mi padre les hace de portero por la noche. Lo único que poseemos es el taller de carpintería y, si es verdad que mi padre es el mejor carpintero de muebles de la ciudad, también lo es que no es muy bueno ganando dinero. Conoce a demasiada gente, la ciudad no es lo bastante grande para un profesional. Llegan desde la calle Danmark, cruzan el patio de adoquines cubierto de hielo, se adentran bajo la luz amarilla que cae sobre el banco de carpintero y arrojan sombra sobre las astillas, el serrín y las pilas de maderos a lo largo de

las paredes. Empiezan a manosear las desgastadas herramientas y se mantienen a buena distancia de la sierra de cinta, que ocupa el centro de la habitación, mientras hablan de los tiempos que corren, que nunca han sido peores, y mi padre asiente con la cabeza y pregunta si la madre de tal se ha recuperado tras la rotura de cadera y si el hijo de cual no está ya mejor. Rara vez están mejor y mi padre vuelve a asentir con la cabeza y lo entiende todo. Cuando salen por la puerta, dejan tras de sí un vacío polvoriento y un aire lanudo y mate como el fondo de un monedero, y mi padre se concentra en el armario o la cómoda y empieza a enderezarlo, a construir partes nuevas, a lijarlo y pulirlo hasta que las superficies relucen con ese lustre que hay en el interior de toda madera; al final brillan sin barniz y tienen tiradores de hueso finamente pulido. Al cabo de unos días vienen a recogerlo y ahí está el mueble, en medio de la habitación, mejor que nuevo, diferente a nuevo, y llevo años y años buscando la palabra, mirando en libros, pensando y cavilando, y por fin la he encontrado: «sustancia». Llegan con un trasto y se van con «sustancia», y ellos se dan cuenta, se entusiasman y adulan a mi padre hasta que le arden las orejas. Cuando se van, les ha cobrado lo mismo que el año anterior y el anterior y el anterior.

Por la noche se sienta ante la mesa del salón y mira fijamente las facturas sosteniendo el lápiz en la mano derecha y el puro racionado en la izquierda. Está pagar el alquiler a los baptistas, el carbón para la estufa, el gas para el horno y una nueva hoja para la sierra. Jesper tiene que hacer la confirmación. Jesper se niega, pero a Jesper no le queda más remedio. Tendrá su primer traje y toda la familia se reunirá. Mi padre escribe números en un papel y solo fuma el cigarro intermitentemente. Debería tener una casa de madera que oliera de arriba abajo como el taller, y no a moho, como esta, tras los meses de otoño y la ventosa lluvia contra las paredes exteriores. En esta casa todo es de ladrillo y cemento. El agua se cuela por las rendijas y se extiende en húmedas flores por debajo del destrozado papel de pared, y el suelo de la

cocina está helado bajo los pies incluso en verano, cuando entra el sol. No hay lustre en la piedra. En Siberia las casas están hechas de troncos que en verano emanan calor y el aromático olor de la brea y, cuando llega el gran invierno, el fulgor descansa en el interior de los troncos y nunca desaparece. La madera se encoge y espera y, al llegar la primavera, se expande y bebe viento y sol.

Mi padre rechina los dientes cuando nadie lo oye. Pero yo lo oigo a pesar de todo. Le enseño el libro con fotos de Siberia y él lo sostiene a distancia hipermétrope.

–Buen trabajo este –dice al cabo de un rato–. Pero allí hace frío, un frío terrible.

Me encanta cuando es verano y el viento cálido me sube por los muslos desnudos bajo el vestido, pero no creo que el frío me vaya a molestar. En Siberia tienen otro tipo de ropa que puedo aprender a usar y las cosas no serán como aquí, donde solo dispongo de un fino abrigo para protegerme del viento procedente del mar que separa Dinamarca y Suecia y lo traspasa todo. Ellos tienen gorros de piel de lobo, grandes chaquetas y botas con forro, y muchos de los que viven allí tienen aspecto de esquimales. Tal vez encaje, si me corto el pelo. Además, me montaré en el tren, miraré por las ventanillas y hablaré con extraños, y ellos me contarán cómo viven y cómo piensan y me preguntarán por qué he ido allí desde tan lejos, desde Dinamarca. Entonces responderé: «He leído sobre vosotros en un libro». Y beberemos té caliente del samovar y permaneceremos juntos en silencio, limitándonos a mirar.

Me sacudo la nieve de la parte delantera del abrigo y veo a Lone desaparecer con su cartera bajo el brazo y el gorro en la mano. Sus pasos ya no son cortos y ligeros y yo no subo por nuestra calle, sino que bajo por la calle principal hasta llegar a la verja del patio trasero donde se encuentra el taller. Cruzo la

verja y veo salir a mi padre por la puerta con el abrigo puesto. Espero a que eche la llave antes de decir hola y él se aproxima, me sacude nieve de la parte trasera del abrigo y me mira la cara; tengo un arañazo en la mejilla.

–¿Te has peleado? –pregunta.

–Sí. Con Lone.

–¿Por qué?

–El abuelo –respondo. Mostrándole lo que ha hecho Lone, giro la bufanda hacia atrás y la estiro hasta que se tensa.

–¿Hablan mucho de eso en la escuela? –pregunta entonces.

Asiento y él aprieta las mandíbulas. Sale por la verja y echa la llave allí también; hoy no tiene pensado volver.

–¿Adónde vamos? –pregunto.

–No *vamos* a ningún lado. *Voy* a la Caja de Ahorros.

–¿Qué vamos... quiero decir, qué vas a hacer allí?

–Voy a pedir un préstamo. Me puedes acompañar si te quedas fuera y esperas tranquila.

Entra por la pesada puerta y yo lo espero tranquila hasta que vuelve a salir, apenas un cuarto de hora más tarde. Mi padre se queda de pie en el escalón, junto a mí, y no dice nada hasta que lo miro detenidamente a la cara.

–La cosa no ha ido muy bien –dice entonces muy despacio.

No entiendo lo que significa eso.

–Es una pena –comento, con cierto exceso de ligereza.

Bajo el escalón de un salto y echo a andar. Pero él no me sigue. Se queda parado, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, mirando fijamente la pared del otro lado de la calle, y cuando le hablo no responde. Se acaricia la barbilla y se vuelve.

–Espera –dice, y entra de nuevo.

Esta vez tarda media hora en volver. Hace demasiado frío para quedarse quieta tanto tiempo. Empiezo a dar saltos, a deambular por la calle y a mirar

los escaparates, pensando en lo que me compraría si fuera yo la que tuviera dinero. Pero no está bien pedir prestado y quien me lo ha dicho es mi padre. Si te quedas sin blanca y tienes deudas, te arrancan hasta las orejas, suele decir.

Cuando sale tiene las orejas rojas y pienso que quizá hayan intentado arrancárselas allí dentro, pero no lo digo. Lo que digo es:

–¿Te ha ido mejor esta vez?

Él saca un cigarro y lo enciende, es el penúltimo y le da una buena calada antes de responder.

–Se podría decir así. Me han prestado dinero, pero he hipotecado el taller.

Los misioneros viajan por todo el mundo; van a las regiones oscuras, a Tasmania, se juntan con los negros de África y llegan hasta el Lejano Oriente. Esparcen las semillas de Dios entre quienes caminan por secos valles, y pasan grandes fatigas. Algunas veces los matan a palos, les cortan la cabeza, los arrojan a los leones o los entierran hasta el cuello para que las hormigas se los coman lentamente. Pero ellos no cejan, están arropados por la autoritaria mano de Dios. Cada año salen nuevas hornadas de los centros de misioneros y cada semana recibimos sus revistas por correo. A veces las leo, cuando no hay otra cosa a mano, pero sobre todo es mi madre quien las lee. Me enseña fotos de hombres y mujeres rubios que se yerguen bajo lejanas estrellas.

–Quizá de mayor podrías ser misionera –dice, porque sabe que quiero viajar y, para ella, es el único modo de hacerlo.

Pero yo no quiero que se me coman las hormigas, no quiero ser misionera. Soy demasiado bajita, tengo el pelo castaño y prefiero quedarme completamente quieta, con la boca cerrada, escuchando lo que la gente que me encuentre me cuente sobre sí misma.

Aunque, cuando llegan las revistas, soy la primera en cogerlas para echarle un vistazo al índice y averiguar si alguien ha ido a Siberia. Nunca van a Siberia, pero no puedo estar segura. De pronto, un día, mi camino podría estar cerrado y el tren encallado contra un muro de biblias, con el vapor saliendo por las válvulas hacia ambos lados, extendiendo desalentados suspiros sobre las silenciosas llanuras.

Por la noche, mi madre se sienta junto a la ventana, hay una lámpara entre

su sillón y el de mi padre, y ella lee y sonrío de placer por cada alma que ha sido salvada y, cuando alguien ha sucumbido en el Congo a causa de la malaria, deja la revista en su regazo y gimotea.

–¡Ay, ay, pobre!

Luego se acerca al piano y toca y canta un salmo propio, y su voz clara llena la habitación hasta resquebrajarla. Da la impresión de que nunca va a acabar. Mi padre hace ruido con el periódico, pero no sirve de nada y al final lo deja a un lado.

–¡Por Dios, Marie, cállate ya! –le espeta.

El flujo de sonido se interrumpe y ella inclina la cabeza y mira las teclas.

–Pero, Magnus... –susurra.

Mi padre se arrepiente con todo su cuerpo, pero ya no aguanta más. Yo tampoco. Estoy de pie en la puerta y no sé si irme o quedarme y, de todos modos, fue *él* quien la quiso a *ella*. No lo entiendo, nunca se tocan, pero mi madre me ha hablado del joven de fuertes antebrazos y espalda encorvada en la parte de arriba, como una joroba. Cada mañana, ya lloviera o hiciera sol, aparecía con la bicicleta cuando ella se dirigía a la calle Sønder para trabajar tras el mostrador de Trajes y Costuras Jensen. La alcanzaba en el cruce donde el camino de Vrangbæk se encuentra con la avenida de Møllerhuset, y nunca le decía nada, se limitaba a pasar de largo y luego volvía a pasar, y ella intentaba clavar la vista en el suelo. Pero él no desistía. Para atrapar su mirada, hacía acrobacias con la bicicleta. Se ponía de pie apoyando un solo pie sobre el pedal y levantando el otro hacia un lado, como en los viejos carteles de circo, se colgaba de un costado con la pierna derecha bajo la barra, se ponía *de pie* sobre el sillín con las manos sobre el manillar o se *tumbaba* boca abajo sobre el sillín, con las rodillas sobre el trasportín y, en esa postura, soltaba temerariamente el manillar y pasaba por delante de ella. Todo eso lo hacía manteniendo el gesto serio y al final ella no conseguía controlarse y se echaba a reír. Entonces él sonreía cauteloso y satisfecho. Mi padre tenía

veinte años, uno menos que ella, y era demasiado joven para casarse. Pero solicitó licencia del rey, porque no podía esperar.

«Christian X, rey de Dinamarca e Islandia, hace saber que el aprendiz de carpintero Magnus Mogensen, nacido el 13 de marzo de 1889 en Vrangbæk, puede hacerse cargo de sus intereses y de su propiedad antes de su mayoría de edad y se le concede permiso para desposar a la dependienta Inger Marie Aaen, nacida el 25 de mayo de 1888 en Bangsbostrand», pone en el papel que le dieron. Ahora lo tengo yo. Está guardado con su esquila en una caja negra y, cuando pienso en el pasado intentando imaginármelo con nitidez, veo con la misma frecuencia al joven de la bicicleta al que nunca he visto, colgado del manillar con gesto serio e impasible, y a mi padre tal como era en mi juventud, o al carpintero de muebles jubilado en la Fundación de Artesanos situada en la calle Kløver, 4.

Una mañana de julio, bajo una húmeda luz, Jesper y yo nos encontrábamos en la punta del malecón, mirando el barco de Læsø entrar entre los faros y atracar en el lugar donde el viejo contenedor de cereal dividía el puerto en dos. Llevaba varios días lloviendo y con viento y ahora era domingo y brillaba el sol. Hacía fresco a esa hora temprana, el hormigón estaba mojado y el aire húmedo y quieto. Pero el mar rompía con violencia contra tierra y el barco de Læsø pasó muy alto entre los faros y a continuación atracó en la dársena. Me alegré de no ir a bordo, me habría mareado y tendría que haberme asomado por encima de la borda para vomitar sobre el agua verdusca.

Una capa de niebla se extendía sobre el mar de fuera y los desnudos mástiles de los barcos pesqueros despuntaban por encima de ella, como las agujas de una almohadilla de alfileres, cuando todos entraron en convoy tras pasar unos días duros, a causa del mal tiempo, en los bancos de pesca al norte

de Skagen. Jesper quería quedarse a ver cómo entraban estos también, porque era toda una visión verlos abrirse paso a través de la niebla y aparecer de pronto bajo la luz del sol. Pero mi padre venía a bordo del barco de Læsø y por eso habíamos madrugado tanto a pesar de que era verano y estábamos de vacaciones. Empezamos a caminar por el malecón de vuelta hacia los muelles del puerto pesquero y el puerto de ferries, y teníamos calor dentro de las botas de agua y frío de las rodillas para arriba, sentía cómo se me extendía la piel de gallina y era una sensación que me gustaba.

Caminábamos rápido para llegar antes de que colocaran la pasarela. Habíamos pensado que lo veríamos desde el malecón, pero mi padre no era de los que se situaban en cubierta para saludar con la mano y que todo el mundo lo viera, y no hacía excepciones. Solo vi a Hans el Pordiosero, que había pasado la noche en uno de los cobertizos para barcas y, en uno de los muelles, a dos pescadores en cuclillas junto a su barco, arreglando la red mientras charlaban y se fumaban un puro. El humo ascendía en espiral hacia el azul del cielo y las voces llegaban lejos en el aire de la mañana temprana. Los oíamos con claridad sobre el agua, entre los diques, y hablaban un dialecto *vendelbo* tan atávico que, si no se prestaba demasiada atención, parecía inglés y al andar entorné los ojos y me imaginé que estaba dentro de un sueño de un libro, en un país al otro lado del mar. Duró un rato y luego pasó. Yo caminaba rápido sobre las losas de hormigón mientras Jesper iba saltando de piedra en piedra por la parte interior del malecón, y allí el agua era profunda, porque cada día tenían que atracar grandes buques, y si Jesper caía al agua, podría ahogarse.

–Déjalo ya –dije–, mejor sube aquí. Tenemos que darnos prisa o no llegaremos a tiempo.

–Por aquí voy lo bastante deprisa –respondió él y luego gritó–: Casi vuelo.

Y entonces cogió impulso para dar un gran salto entre dos piedras que asomaban mucho y saltó, pero una de las botas se le quedó pegada en una

bola de alquitrán y no se movió, mientras que él voló de verdad y cayó al agua turbia con la cabeza por delante.

Resultaba raro verlo. Un pie con bota y un pie con calcetín quedaron suspendidos un instante antes de desaparecer y entonces llegó una ola y lo cubrió todo, mientras una enorme burbuja reventaba contra el espejo del agua. Luego todo quedó en silencio.

Un silencio absoluto. Los pescadores dejaron de hablar, simplemente miraban al aire y seguían en cuclillas, las gaviotas planeaban silenciosas, como detrás de un cristal azul, y el barco de Læsø había parado sus motores. El silencio creció, me presionó el pecho y empujó hacia arriba el aire que tenía en los pulmones hasta que me llegó a la garganta y no me quedó más remedio que abrir la boca.

—¡JESPER!

Trepé lo más deprisa que pude por las losas de hormigón hasta las piedras, jadeando como un perro, sin controlar la respiración, sin controlar el cuerpo, con una bomba latiendo en el pecho, y no me era posible cerrar la boca. Una vez abajo, arranqué la bota de la bola de alquitrán y la agité en el aire, tal vez pensara que Jesper iba a salir a buscarla. Pero mi hermano había desaparecido. Me tumbé sobre la piedra más al borde, clavé la mirada en el agua y entonces, junto a mi cara, una mano de largos dedos ondulantes se extendió para cogerme. Era el Hombre de Danzig. Pegué un respingo y empecé de nuevo a jadear y noté que tenía la garganta dolorida. Aparté la cara, la giré de nuevo y miré otra vez el agua. La mano seguía allí. Ahora el puño se había cerrado.

—¡JESPER!

Tiré la bota a un lado y me arrojé hacia delante. Las piedras me golpearon las rodillas y el pecho, y me hice daño, porque en el último año la carne me había crecido en torno al pecho y estaba tierna donde antes había estado dura. Repté hasta el extremo y presioné los muslos en torno a la última piedra con

tal fuerza que podría haberla pulverizado, y esta me raspó allí donde yo era más blanda. Después cogí aire y metí la cabeza y el pecho en el agua. Primero tenía los ojos cerrados y luego abiertos y entonces pude verle la cara. Estaba verde, en los ojos tenía una mirada intensa y la boca apretada formando una línea. No sabía si podía verme, pero pensé que sí y no entendía por qué no abría la mano. Tenía el puño firmemente cerrado y tuve que usar ambas manos para poder agarrarlo como es debido. Yo era más fuerte que ninguna de las chicas que conocía y tiré. Primero salió mi cabeza y después la de Jesper, con la boca cerrada a presión y los ojos como canicas. Tomé aire mientras seguía agarrándolo con ambas manos.

–¡RESPIRA! –grité con todas mis fuerzas.

Y, poco a poco, su boca se fue abriendo y de ella salió un sonido sibilante que parecía que nunca fuera a parar y él, que había estado rígido, se quedó completamente fofo y al final cerró los ojos.

–Creía que eras un ángel –murmuró.

–Los ángeles son rubios. Y además no existen.

–Los míos existen y son morenos.

–Yo creía que eras el Hombre de Danzig –dije.

Entonces mi hermano se echó a reír y empezó a toser, y yo tiré de él hasta que se pudo agarrar y subir a tierra por su propio pie. Se puso de rodillas y vomitó el agua salada y el desayuno mientras yo le sujetaba la frente y, cuando acabó, lo abracé y empecé a llorar.

–Creía que eras el Hombre de Danzig. No te he reconocido.

Noté que sonreía contra mi hombro. Estaba empapado y frío, y también caliente donde le tocaba el sol.

–Lo he buscado, y he buscado también su barco, pero ahí abajo no había más que algas y entonces he querido volver a salir. Pero no lo conseguía, la bota pesaba demasiado con toda el agua y era incapaz de quitármela. Así que no podía moverme. –Me abrazó en torno al cuello con ambos brazos y

temblaba tanto que hacía vibrar mi cuerpo, y entonces me entró pudor y me levanté—. Gracias, hermanita —dijo.

Vació el agua de la bota, se puso las dos, trepó hacia el hormigón y echamos a andar juntos hacia la dársena. Cada dos pasos, Jesper hacía un ruido rasposo con la bota en la que tenía la bola de alquitrán y oí a los pescadores hablar junto a sus barcas, a las gaviotas por todas partes y los golpetazos del barco de Læsø cuando sacaron la pasarela y la colocaron sobre el muelle.

—A lo mejor sí que nos da tiempo —dijo Jesper incrementando la velocidad hasta correr, y yo pensé: «Qué rápido va todo», habíamos estado muy lejos y ahora habíamos regresado y el mundo se había desplazado un milímetro.

Cuando salimos de las sombras del contenedor de cereal, los primeros pasajeros estaban ya en tierra. Eran campesinos de Læsø que habían venido a tierra firme a hacer compras, tomarse una cerveza y visitar a sus conocidos. Llevaban su ropa de vestir y, en las manos, cajas de cartón atadas con un cordón. Tal vez llevaran huevos dentro, o pasteles para sus familiares, pero aparte de Jesper y de mí, nadie había ido a buscar a nadie y nosotros llegamos por los pelos.

Nos paramos junto a la pasarela, y quienes estaban allí se volvieron y nos miraron fijamente. El agua nos chorreaba del pelo y de la ropa y formaba charcos en torno a nuestras botas. Yo me pasé la mano por la melena, que se me aplastaba contra la cabeza sin rizo alguno, y los campesinos intercambiaron miradas y se encogieron de hombros, luego se volvieron y empezaron a subir hacia la ciudad.

Mi padre salió el último, como tenía por costumbre. Yo no sabía por qué era, pero pensaba que tenía algo que ver con su espalda, que prefería que la gente lo viera primero de cara y que no caminaran detrás de él, elucubrando sobre las causas de que fuera como era.

Hasta alcanzar la mitad de la pasarela no levantó la vista y nos miró.

Llevaba varios días en Læsø para averiguar si debíamos mudarnos allí, si había mercado para un carpintero de muebles. Todavía tenía el dinero que le habían prestado en el banco y podía comenzar con eso. Le vi en la cara que las cosas no habían ido muy bien y vernos con aquel aspecto no mejoró la situación. Se quedó parado y apretaba tanto la mano en torno a la cuerda de la pasarela que se le pusieron los nudillos blancos y blanca se le puso también la cara, de furia. Jesper estaba tenso junto a mí y no comprendía lo que estaba viendo, yo di dos pasos rápidos hacia delante.

–¿Cómo te ha ido, padre? –pregunté, pero él no me miró ni me contestó, se limitó a apartarme y cogió a Jesper del cuello de la camisa.

–¿Qué pinta es esta? –dijo en voz baja y dura–. ¡¿Es así como vienes a recoger a tu padre?!

Aunque mi aspecto no era mejor: estaba mojada del pecho para arriba, tenía rozaduras en las rodillas y el pelo me formaba pegajosos mechones por la espalda. Yo quería a mi padre y su encorvada espalda, y él quería a Jesper y todas sus ocurrencias, pero sus antebrazos eran duros y fuertes como amarras retorcidas y con ellos empezó a zarandear a Jesper, que tenía quince años, acababa de hacer la confirmación e iba a empezar a echar una mano en el taller hasta que entrara de aprendiz de tipógrafo. No podía hacer aquello, yo lo sabía y Jesper también lo sabía, el único que no lo sabía era mi padre. Mi hermano plantó los pies en tierra y no se dejó mover ni un ápice. Estaba moreno y él también era fuerte, y su flequillo negro volaba adelante y atrás cada vez que mi padre le tiraba del cuello de la camisa, pero del cinturón para abajo permanecía quieto. Lentamente se fue poniendo rígido.

–Deja de hacer eso –dijo con la cabeza gacha.

–¡¿Qué es lo que has dicho?! –replicó mi padre furioso.

–¡He dicho que dejes de hacer eso de una vez, joder! –Jesper alzó la cabeza. Me di cuenta de que estaba al borde del llanto y, con un brusco movimiento, se liberó–. Esto no vas a volver a hacerlo jamás.

Dijo eso, y resultó tan embarazoso que no nos miró ni a mi padre ni a mí, sino más allá, hacia el barco de Læsø, donde una grúa levantaba animales vivos de la bodega y los descargaba en tierra: cerdos y toros con destino al matadero de nuestra ciudad. Corrían indignamente en el aire y oí sus chillidos y el furioso sonido de la bota de Jesper cuando se dio media vuelta y se marchó.

—¡Tú no vas a ninguna parte! —le gritó mi padre.

Pero mi hermano ni siquiera se volvió, se limitó a continuar a la misma velocidad hasta que desapareció por detrás del contenedor de cereal de camino hacia la plaza de la iglesia y la calle Danmark. Su fina chaqueta se le pegaba a la espalda y pensé: «Ahí va mi hermano, Jesper el socialista».

Más tarde me enteré de que uno de los cerdos se había suicidado en el muelle. Se soltó cuando lo bajaban del barco y echó a correr hacia el borde del muelle y se arrojó al agua; quedó atrapado entre el muelle y el barco y murió ahogado. Ni siquiera chilló.

En casa de Lone, las paredes de uno de los salones están cubiertas de libros desde el suelo hasta el techo. El otro salón es el comedor. Allí toman el desayuno y la cena, aunque la cocina es grande y aireada y en el suelo tiene anchas tablas de madera. Antes de la cena, Lone debe cambiarse de ropa. No comparte su cuarto con nadie y tiene estantes con libros, cuadros en las paredes y cortinas azules. Desde su ventana se ve el jardín sobre el que grandes árboles arrojan sombra en los días calurosos. La madre de Lone se pasa todo el día en casa. Se pasea de habitación en habitación con un plumero en la mano, cambiando los manteles por colores y enderezando los cuadros y las hileras de libros. También sale al jardín a coger flores que luego coloca en jarrones sobre las mesas. Todos los jarrones son azules y los manteles son amarillos y verdes. Los domingos toca el piano en la biblioteca y, en el césped del jardín, juega al cróquet con Lone y su hermano Hans. Este, dos años menor que Lone, tiene que ponerse un traje de marinero los días de fiesta y, cuando se da la vuelta y me ve entrar por la verja y subir por el camino de grava hacia la casa, está sudado y tiene la cara colorada. Frunce la nariz. Me paro y me quedo quieta hasta que Lone me ve y me saluda con la mano. Desde mayo soy amiga de esa idiota. Empezamos a hablar al acabar el largo invierno. Quizá sea por los libros que me presta, quizá sea porque me cae bien, al contrario que a todos los demás. En todo caso, la guerra entre nosotras ha acabado. Ella nunca viene a mi casa, yo he estado varias veces en la suya, la he esperado en el hall entre los salones y su madre me ha hablado de las flores, los colores y la importancia de los contrastes definidos.

–Lo sencillo es lo más hermoso –dice y me sonrío porque piensa que yo

entiendo de lo sencillo, aunque Jesper opina que, para ser una chica, tengo un gusto horrible. A mí eso me da igual. Un día la madre de Lone saca un libro de la estantería y empieza a leer en voz alta a Jeppe Aakjær. Sostiene el libro con la mano izquierda y al leer levanta el brazo derecho—. ¿A que es bonito? —pregunta con sus abultados labios, al volver a colocar el libro en el lugar correcto del alfabeto.

Yo asiento y digo que es bonito. La madre de Lone tiene fe en la poesía. Su padre, el director de la escuela, tiene fe en la ciencia natural. Él habla de los insectos y su mundo. Siempre que puede, sale a los campos con un cazamariposas y un bolso a la espalda y caza insectos, luego los atraviesa con una aguja, los enmarca y los cuelga de la pared con nombres latinos debajo.

—Se puede aprender mucho de las personas estudiando a los insectos —dice—. Su mundo es como el nuestro en formato microscópico, solo que su división del trabajo es mucho mejor.

En la familia de Lone quieren que haya claridad y contrastes, pero a mí no me interesan los insectos. Los insectos hacen cosquillas, se cuelan por debajo del vestido y te pican.

Cada vez que franqueo la verja de la casa de Lone me acuerdo de la silla de ruedas y de la chica del vestido rojo, de las sombras, del sol entrando en franjas entre los árboles y de las rosas del paseo Rose. Le pregunto por ella y le cuento el sueño que tuve y Lone me dice que aquella chica era una prima de Copenhague que había ido a visitarlos para respirar aire puro. Ha muerto ya, de tuberculosis. Lone fue en barco a Copenhague para asistir al entierro. Fue muy triste, todo el mundo llevaba vestidos y trajes negros y la madre tuvo que sentarse en una silla, porque no era capaz de mantenerse en pie de tanta pena; el cementerio estaba repleto de gente, personas oscuras contra la hierba verde, y todos miraban en la misma dirección, casi como en el teatro. Lone fue una vez al Teatro Real y habla a menudo de eso.

—Estuve llorando todo el tiempo que habló el párroco —dice con orgullo.

La chica se llamaba Irma, estudiaba bachillerato y llegó a cumplir diecisiete años. Yo tengo trece y me siento fuerte, más fuerte que Lone y su hermano Hans, casi tan fuerte como Jesper. Lone también lo siente, lo noto por el modo en que me toca. Hans me ha llamado pueblerina en varias ocasiones; en su opinión, los pueblerinos son como yo. Su madre me sigue con la mirada cuando camino por la casa. Tiene miedo de que rompa algo. He padecido raquitismo, pero me he recuperado y la lucha me ha fortalecido, según mi madre, que casi lo encuentra poco femenino; solo se me estropeó el esmalte de algunos dientes, así que tengo que procurar cepillármelos con frecuencia.

En casa de Lone tienen todos los libros de Nexø y no porque les gusten.

–Supone un peligro para el país –dice el padre de Lone–, un comunista soviético, un topo que destruye el respeto natural.

Pero él quiere mantenerse informado de lo que lee el pueblo, así que encarga los libros en Copenhague y se los envían. He venido para que me presten *Ditte, hija del hombre*, porque Jesper aún no lo ha leído, y quizá también el libro de Knud Rasmussen sobre su gran viaje en trineo por Groenlandia. Yo también los leeré, pero primero se los llevaré a Jesper para que tenga otras cosas en las que pensar, allá donde esté. Cuando mi padre y yo regresamos del puerto tras el incidente del barco de Læsø, Jesper no estaba en casa. Mi madre no lo había visto, pero se había pasado por allí, porque su ropa mojada colgaba de una silla y goteaba en el suelo. No regresó a las doce para el almuerzo y tampoco para el café. Mi padre salió por la noche diciendo que iba al Aftenstjernen, pero sabíamos que él nunca iba allí tan tarde.

Lone está decepcionada porque solo he venido a que me presten libros. Me coge el brazo durante más tiempo del necesario y después se va a buscar los libros obedientemente. No entro con ella en la casa, me quedo bajo la sombra de un árbol, mirando cómo Hans y su madre juegan al cróquet en el césped.

Los golpes de las bolas de madera suenan calladamente. La hierba está verde y jugosa.

–Has ganado –dice la madre.

Él se coloca la mano en la cadera y sonrío con condescendencia. Luego suelta el palo en la hierba, da media vuelta y sube hacia la casa. Ella se queda mirando su espalda, luego se vuelve hacia mí y me mira con ojos vidriosos. Su nuca, donde se ha recogido el pelo, tiene un aspecto pobre y me alegro cuando veo a Lone regresar con los libros bajo el brazo. Encima lleva un libro sobre mariposas a modo de camuflaje y Hans le da un empujón con el hombro en el momento en que se cruzan en la puerta de cristal. A Lone se le caen los libros por la escalera de piedra, se desparraman y él se agacha.

–¡No tienes permiso para hacer eso! –dice en voz alta y yo acudo enseguida, recojo los libros y lo miro directamente a los ojos.

–Me los va a prestar a mí –le espeto en voz baja.

Odio su traje de marinero y su pelo repeinado y sé que él lo sabe. Retrocede y no dice nada más. Paso por delante de la madre sin ocultar los libros y Lone me acompaña a través de la verja hasta la calle, donde he dejado mi bicicleta apoyada contra la valla. Ato los libros al trasportín y me vuelvo levemente.

–Ya nos veremos –le digo, antes de pedalear hacia la playa de Frydenstrand mientras noto su mirada en la espalda.

–¿Adónde vas? –me grita.

Yo me limito a despedirme con la mano, sin volverme. Me está suplicando, pero la mala conciencia solo me molesta durante algunos metros.

Me alejo en bicicleta. A lo largo de las vallas blancas hay setos y rosas y, tras ellos, vestidos y trajes en las sombras; los acianos forman mantas azules; las violetas, piñas, y en el borde del prado junto al camino de grava hay

amapolas. Hacia el final, el olor de los campos y de los excrementos de vaca llega desde el norte y me imagino el vapor de la leche atravesando el aire; de frente veo intermitentemente el mar entre los árboles junto a las instalaciones de los baños. El sol me da de cara cuando, en el cruce junto a la granja Frydenstrand, tomo el camino de la costa y el aire trae el fétido olor de la harina de pescado desde el puerto y la fábrica que hay allí.

Llevo a Ditte detrás del sillín y de vez en cuando la toco, Lone va desapareciendo entre las casas y los jardines hasta que se me olvida que existe. Los escaramujos florecen contra el alcázar de Tordenskjold, cada año crecen y se extienden un poco más y las abejas y los abejorros zumban entre la maleza. Cuando me pongo de pie sobre los pedales, veo el mar sobre los arbustos, y las olas deslizándose hacia la playa con sus crestas blancas formando largas líneas hasta donde alcanza la vista y, más lejos aún, por el norte hasta Skagen.

Voy pensando en mi padre, que lleva media noche caminando por las calles, deteniéndose en cada cruce para mirar a su alrededor; voy pensando en Jesper en el fondo de la dársena, con los puños cerrados y la cara verde, sin querer respirar, y pienso en el cerdo que se ahogó sin emitir un sonido. Sobre el mar, hacia el este, el mal tiempo se ha ido y forma una franja oscura en el extremo del mundo. Ahora hace calor y un gran cielo se extiende como una membrana azul cubriendo toda Dinamarca, sin que nadie sepa lo que hay detrás. Algunas veces, por la noche, cuando estoy acostada, me pongo a mirar el firmamento por la ventana y obligo a mis pensamientos a cruzarlo para ver lo que encuentran al otro lado, pero, a pesar de lo que aprendo en la escuela, todo se me rompe en mil pedazos y tengo que dormirme o la cabeza me empieza a doler.

Al norte de nuestra ciudad está Strandby. Todos sus habitantes son baptistas y

pescadores; a medio camino del pueblo cruzo el arroyo Elling, que discurre verde, profundo y lleno de sombras y pasa por debajo de un puentecito y, justo después, sale un camino hacia la derecha. No es más que un camino de carros, formado por los surcos paralelos de las ruedas. Primero meto la bicicleta por uno y luego por el otro, y esta se sacude tanto que tengo que ponerme de pie sobre los pedales para no hacerme daño en el trasero, y entonces miro los campos de mostaza que crecen hasta varios metros de altura a ambos lados y de pronto una ráfaga de aire lo mueve todo.

Después los muros de los campos acaban en tréboles y carrizo, y el sendero desemboca en un hoyo de arena que no se puede cruzar en bicicleta. Así que la arrastro un trecho, hasta que ya no se ve desde el camino de carros, y la tumbo allí, entre la maleza, antes de proseguir. Bajo corriendo por la ladera de una duna y salgo a una playa blanca. Veo Strandby al norte y, por encima del carrizo, hacia el sur, vislumbro el malecón y mi ciudad, con el gran tejado del balneario Frydenstrand como hito y, frente a ellos, los islotes de Hirs con el dedo índice del faro apuntando al cielo. Me quito los zapatos, los sostengo en la mano y camino descalza sobre la arena que el sol lleva todo el día calentando, al principio me arden los pies, y al cabo de unos metros simplemente es un placer. No tengo que ir muy lejos. En la parte interior de la franja de playa, el ganado de motas blancas y negras se dispersa tras una valla de alambre de espino y, en la parte exterior, las algas se extienden en grandes racimos y las medusas encalladas se secan al sol, muriendo lentamente.

Jesper ha construido la cabañita con la madera que trae el mar y que siempre queda tirada por la playa tras las grandes tormentas; yo le ayudé, arrastré maderos pesados y empapados, saqué largas tablas del agua y lo puse todo a secar al sol. Nos imaginábamos que eran los restos de grandes barcos que se habían hundido y habían acabado allí. Pero los barcos ya no se hacen de madera y, además, era solo un juego.

La cabaña está situada entre la pendiente de dos dunas y no se ve hasta que estás muy cerca; tiene el tejado de turba y vistas directas sobre el mar. Me acerco sigilosamente y no veo a nadie, está todo en silencio y pienso que quizá mi hermano se haya ido a otro lado. Pero no hay más sitios que Vrangbæk y allí vamos tan poco como podemos. Después de que muriera el abuelo y desapareciera Lucifer, en los salones no queda más que frío, incluso en verano. Solo nos llaman cuando hay que plantar las patatas y cuando se recoge la primera cosecha, trabajamos duro a cambio de nada, pero eso es todo.

–Será mejor que vayáis vosotros –dice mi padre, que no quiere ir allí aunque se trate de la casa donde creció.

Así que Jesper y yo cogemos las bicicletas y vamos solos hasta la granja, porque los hemos visto juntos, a la abuela de Vrangbæk y a su único hijo, ella, tiesa al final de una de las hileras de patatas, con la cara blanca como la nieve y controlando que las espaldas no permanezcan erguidas más tiempo del necesario. Jesper maldice mirando los surcos.

–¡Maldita señorona, terrateniente feudal y retrasada! –dice–. ¡Un día vendremos con las hoces y las guadañas, seremos muchos, y entonces...!

No profundiza en qué será exactamente lo que suceda, pero por su cara veo que serán cosas terribles.

A los pocos días de que enterráramos al abuelo, Lucifer empezó a rebelarse. Ellos dos solían pasar los días juntos; el abuelo dormía con frecuencia en el establo, luego se levantaba temprano, con el pelo lleno de paja, amarraba a Lucifer al carro y se dirigía a nuestra ciudad o a Hjørring o, en una ocasión, a Brønderslev, para ir a una taberna, y regresaba a casa con el amanecer del día siguiente.

Ahora nadie podía acercarse al caballo. No tocaba la avena ni el heno del pesebre, piafaba y daba coces hasta dejar hechas trizas las paredes de su cubículo. Al final la abuela se hartó, decidió que había que sacrificarlo y

mandó llamar al tío Nils. La noche antes de que este fuera con la escopeta, el caballo montó tal jaleo en el establo que toda la gente de la granja se levantó de sus camas y, cuando la abuela acudió corriendo por la explanada con una lámpara en la mano y el camisón ondeando, la puerta de la cuadra estaba destrozada y Lucifer galopaba ya por el camino de Vrangbæk. Antes de que pudiera reunir a la gente para atraparlo, el animal se había esfumado de este mundo. Quizá se hubiera reunido con el abuelo. Menudo caballo.

Jesper y yo nos quitamos los gorros y le deseamos suerte, y no pasa más de una semana sin que lo busquemos cuando salimos de la ciudad en bicicleta. Cuando paso por delante del Aftenstjernen por la noche, siempre tengo que mirar dos veces hacia su sitio junto a la puerta, pero lo único que veo allí, y de vez en cuando, es el landó del barón Biegler. Así que Lucifer debe de haber desaparecido para siempre.

Llego a la cabaña, la rodeo y alcanzo la puerta de la parte trasera, que no es una puerta, sino una manta que Jesper ha colgado delante de la abertura para protegerse de la arena. Nunca está allí en invierno y el viento suele soplar desde el mar, así que de momento no le hace falta, y cuando entro de pronto está todo oscuro tras el brillo del sol de fuera. Me quedo quieta, esperando, y percibo el olor de la sal, de las algas que se secan al sol y de la brea de los troncos recalentados; todo huele a madera y calor y Jesper está tumbado sobre un colchón bajo la ventana, inspirando y espirando en medio de todo aquello. Duerme y lo veo más nítido cada vez que se le eleva el pecho. Da una impresión desnuda. Está tumbado sobre las mantas y lo veo desnudo por todas partes a la débil luz de la ventana en la que hemos colgado un mantelito que bordó mi madre. «Jesús vive», puso. Es una broma, Jesper y yo no creemos ni en Dios ni en Jesús. Me quedo inmóvil, conteniendo la respiración, porque nunca he visto así a mi hermano aunque llevamos años compartiendo cuarto, nunca lo he visto tan nítido ni tan al completo. En su cabello oscuro hay partes descoloridas por el sol y tiene la piel morena, con

una franja clara en torno a las caderas que resplandecen, y quiero dar media vuelta e irme, porque allí no puedo quedarme. Pero lo veo todo con claridad en la penumbra: su ropa en el suelo, la caña de pescar en un rincón y la fotografía de Lenin que ha recortado y colgado en la pared, además de una fotografía en la que salimos él y yo ante la casa de la tía Else, en Bangsbostrand. Yo con mi cara redonda y mi gran melena y él con pantalones cortos, moreno como un árabe, con una pelota bajo un brazo y el otro sobre mis hombros. Ahora me da la impresión de que en esa foto somos muy pequeños, pero me acuerdo del momento en que la tomaron. Recuerdo el sol contra el que entornamos los ojos, y a mi padre, que no sale porque la tía Else le dijo: «Por Dios, Magnus, ¿no podrías sonreír por una vez?», y él no quiso hacerlo y se apartó enfurruñado. Recuerdo el brazo de Jesper alrededor de mis hombros; todavía hoy, con solo cerrar los ojos, lo recuerdo, aunque ya he cumplido sesenta años y él lleva muerto más de la mitad de mi vida.

Me acerco a él y deposito los libros en el suelo junto al colchón, Jesper no se despierta, se limita a respirar regularmente y noto su aliento contra la cara. Me quedo inclinada sobre él, quizá durante un buen rato, y no consigo incorporarme. Mi espalda no quiere. Me duele de la nuca para abajo y un calor se extiende por mis caderas, entonces empiezo a llorar. Lloro tan silenciosamente como puedo, porque tengo miedo de que las lágrimas caigan en su cara, miedo de que se despierte y me vea mirarlo, y el pecho me duele cuando lloro y me contengo a la vez. Miro la calva brillante de Lenin y nuestra fotografía y pienso en la pelota que mi hermano sostiene bajo el brazo, que era roja, en el perrito negro que tenía entonces la tía Else y en las camisas que usaba Jesper, que se abotonaban en los hombros, de modo que las clavículas se percibían rectas y limpias a ambos lados. Me lleno la cabeza de pensamientos hasta que la siento lila y caliente como el hierro incandescente del herrero. Sigo inclinada sobre el cuerpo desnudo de mi

hermano y lloro porque es tan hermoso como las fotos de hombres de otros tiempos que he visto en los libros, hombres adultos, y si pudiera recordar por qué he salido a buscarlo, ahora no tendría la menor importancia. Mi hermano ya no es el mismo, no puede volver a serlo y el brazo en torno a mí tampoco será ya nunca igual.

Mi padre fue trabajándose su decadencia. Al principio, además del taller, tenía una pequeña tienda de muebles, que recibió como adelanto de su herencia paterna por ser una espina en la carne y tener que marcharse de la granja antes de alcanzar la mayoría de edad.

Esa era una frase hecha que habíamos empezado a usar: «Una espina en la carne».

«Como no pare pronto, me va a salir una espina en la carne», decía Jesper cuando mi madre llevaba más de una hora cantando y tocando el piano. Se agarraba el trasero donde la carne era más llena, gimoteaba en voz alta, y yo me imaginaba cómo la espina se le iba clavando, tan puntiaguda como el aguijón mencionado en: «¿Dónde está, oh, muerte, tu aguijón?». Era una espina afilada y dolorosa, y el abuelo había sentido ambas cosas. Pero lo que no entendíamos era por qué había usado esa expresión aquella vez en el *Aftenstjernen* y tampoco nos atrevíamos a preguntar, porque mi padre jamás mencionaba ese incidente.

Ahora estaba endeudado y tenía el taller hipotecado. La tienda de muebles nunca llegué a verla. Con el dinero que pidió prestado, compró finalmente la lechería de la calle Lod y el diminuto apartamento de la planta de arriba. Una empinada escalera de caracol unía ambas plantas y, donde comenzaba la escalera, había una puerta que conducía a la lechería; además, había un retrete en el patio. El apartamento era mucho más pequeño que la casa que alquilábamos a los baptistas. Todo el asunto parecía arriesgado. Mi madre iba a llevar la lechería, por lo que dispondría de menos tiempo para dedicarse al piano y a los salmos. «Alabado sea el Señor. Loado sea su nombre», dijo

Jesper. Yo haría el reparto de las botellas de leche y de nata a los clientes antes de ir a la escuela. Pregunté a mi padre y me dijo que el paseo Rose formaba parte de nuestro territorio. Jesper había acabado el grado medio y, hasta Navidad, tendría que madrugar y presentarse cada mañana en el taller con el delantal puesto, después entraría en el periódico local como aprendiz de tipógrafo. Estaba contento con eso. Los tipógrafos tenían un sindicato fuerte y, según decía, allí había más socialistas que moscas en torno al culo de un puerco.

Así que un día de septiembre nos mudamos de la calle Asyl. Nubes grises surcaban el cielo y el viento soplaba con fuerza, pero no llovía. Pedimos prestado el caballo y el carro en Vrangbæk. Por la mañana temprano, llegó el tío Nils montado en un carro arrastrado por un caballo marrón castrado. Lo vi sentado en el asiento, con la cabeza descubierta, el viento le agitaba el pelo y movía las crines del caballo, que era un animal de aspecto triste y desaliñado que no llegaba a Lucifer a la suela del zapato. El tío Nils nos iba a ayudar a cargar; él siempre aparecía cuando había algo que hacer, sin decir gran cosa, pero la abuela y los hermanastros de mi padre se quedaron en Vrangbæk y en las granjas donde vivían. Mi madre habría necesitado algo de ayuda en la cocina, pero no vino ninguna mujer, así que me tocó a mí empaquetar las tazas y los vasos en papel de periódico, pese a que era lo bastante fuerte como para levantarlo casi todo, aparte del piano.

A través de la ventana vi todos nuestros bienes bajo cielo abierto, y el cielo era grande y el viento agitaba las puntas sueltas de los manteles y las cortinas, los muebles habían menguado y, aunque la casa siempre había parecido repleta, ahora ocupaban un espacio ridículamente pequeño. No era fácil de comprender, pero no tuvimos que hacer más que un viaje, aparte de otro con el piano.

En la calle Lod hubo que subirlo hasta la segunda planta por la estrecha escalera de caracol y mi padre, el tío Nils y Jesper pasaron apuros para conseguirlo. De pie junto a la puerta del portal, vi las venas hinchadas de la frente de mi padre, la cara gris del tío Nils y la sonrisa inmutable de Jesper.

–Te puedo asegurar que el cristianismo pendía de un hilo en la curva –me dijo más tarde–. Por poco no se salva. En esa escalera he oído palabras que se le deberían haber ahorrado a un menor. ¡ Joder! –añadió, y sonreía al contármelo. Hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien.

Por un momento consideró la posibilidad de soltar el piano y dejarlo caer, así nos habríamos librado de esa carga, pero mi madre hubiera podido agenciarse un órgano barato y en tal caso no habría merecido la pena, sobre todo teniendo en cuenta que mi padre iba el último y el piano habría caído sobre su cabeza.

Ahora estamos más cerca del puerto. Oigo el chapoteo de los barcos pesqueros, las grúas del astillero y a los borrachos volviendo de la taberna Færge sobre la medianoche. Algunas veces oigo los chillidos de los animales en el matadero. Debo de equivocarme. No creo que chillen, pero sé que se apiñan en los establos, a la espera, raspándose las pezuñas; tal vez sea ese el sonido que oigo cuando no puedo conciliar el sueño.

Recorro nuestro nuevo hogar contando los pasos desde el dormitorio al salón, todo es pequeño; la cocina, al final de la escalera, tiene dos fogones de gas, una alacena y espacio suficiente para dos personas, siempre que permanezcan de pie sin alzar los codos. Desde la ventanita sobre la encimera veo el patio. Una niña pequeña a la que no conozco salta a la cuerda delante del retrete. Bajo la escalera, cruzo la puerta, entro en la tienda y camino por detrás del mostrador hasta alcanzar la puerta del extremo opuesto, que conduce a una alcoba con una ventana que da a la calle. La alcoba tiene dos

por tres metros. Jesper y yo vamos a compartirla. Mi madre tiene sus dudas y se mordisquea el labio, no le parece del todo correcto y se retuerce las manos; entonces yo me irrito, aunque comparto sus dudas. Jesper cuelga sobre la cama las fotos de dos mujeres, una de Rosa Luxemburgo y otra de Greta Garbo, con la esperanza de que ambas se fundan cuando él no esté mirando, mientras duerme soñando con el nuevo mundo. Sobre mi cama, cuelgo una fotografía de Lucifer. Yo quiero que las cortinas sean blancas, él las quiere rojas, como una bandera, dice. Ponemos una de cada color, así él tiene su bandera. Queda raro. Mi padre resopla bajo el bigote y lo encuentra inadecuado, pero no dice nada.

Cada noche me desvisto bajo el edredón. Jesper sigue haciendo como siempre, para él todo sigue igual. Eso me torna transparente y, en medio de la noche, mientras mi hermano duerme, tengo que subir la escalera, mirarme en el espejo grande y tocarme la cara, los hombros y el pecho. Me quedo un buen rato de pie con la lamparita encendida, cuando la apago apenas me veo, no distingo mi cara. Eso me hace pensar en Irma, con su vestido rojo. Se encuentra en una habitación oscura y tiene frío, se frota los brazos. Entonces enciendo la luz y permanezco ante el espejo hasta que me reencuentro, luego emprendo el regreso bajando la escalera y atravieso la tienda. Las baldosas brillan sin fuerza a la luz de las farolas de la calle y las botellas de leche están sumergidas hasta el cuello en agua helada. Me froto los hombros al pasar.

–Cavilas demasiado –dice mi madre.

Como si ella fuera quién para hablar, ella que deambula con las manos en el pelo y la boca llena de horquillas murmurando y chocando con las puertas cerradas, aplastándose la nariz y diciendo: «Huy, huy, huy».

A veces se queda ensimismada ante la caja registradora con una mano metida en el cajón de donde iba a coger el cambio; se atasca. El cliente podría

estrujar los billetes ante sus ojos sin que se le movieran las pupilas. Mi madre se sale del mundo; tiene un pie en el cielo y una rodilla en la banqueta de la eucaristía, y el sabor de la galleta en la boca.

Estoy en el salón, mirando por la ventana entre dos macetas y, según mi madre, llevo media hora así.

–¿Qué estás mirando?

Miro por la ventana como si fuera la primera vez. «Herlov Bendiksen. Maestro vidriero», pone en una placa al otro lado de la calle. Eso no alcanza para media hora.

–Nada –respondo.

He empezado el primer curso del grado medio. Me gusta, me gusta el colegio y soy lo bastante mayor para coger prestado lo que quiera en la biblioteca; lo hago. Leo los libros que lee Jesper, leo a Johannes V. Jensen y a Tom Kristensen –que bebe demasiado y no es un hombre decente– y leo sobre madame Curie. Las pilas junto a mi cama van creciendo. Pero Lone ya no está en el colegio. Un día simplemente desapareció y me he quedado sola en la primera posición. No me alegra. No pregunto por ella y nadie cuenta nada, porque su padre es el director del colegio. Pero a veces, cuando entrego la leche por la mañana, miro a través de la puerta de cristal y la he visto dos veces. Está sentada de espaldas y no sale.

Una mañana que me retrasé un poco encontré a su padre esperándome en la escalera de piedra, me saludó con la cabeza como si fuera la primera vez que iba. Ahora era la chica de la leche, la única de la ciudad que no era un varón. Me dio una nota en la que ponía que doblaban el pedido. Luego volvió a asentir, sin mirarme a los ojos, y se metió en la casa. Todo a su alrededor era oscuridad, los insectos con sus nombres latinos habían desaparecido, tanto las mariposas y las hormigas como su envidiable mundo. Me quedé

parada en la escalera y noté que el otoño había llegado. Mi padre se iba a alegrar por el incremento del pedido, pero yo no. La bicicleta de la leche ya pesaba lo suficiente y, de no ser porque el contenedor que llevaba delante tenía una rueda a cada lado, en más de una ocasión me habría caído de bruces contra los adoquines en medio de un mar de leche.

Así que piso los pedales y siento que me crecen los músculos gemelos. Una chica no debe tenerlos tan grandes, en la clase de gimnasia me hacen comentarios, pero esos músculos me hacen permanecer firme y me sirven para muchas más cosas: para dar patadas en el patio del colegio y para impulsarme cuando nado. Ya he ganado la competición escolar en el agua helada de detrás del puerto de Sønder, y cada vez se me da mejor. Dos de los chicos tuvieron calambres y ayudé a uno de ellos a salir del agua; me imagino largas caminatas en Siberia hasta casas deshabitadas que han de ser reparadas y acondicionadas para aguantar el largo invierno. En todas las cosas hay peso y resistencia, y yo soy una chica, pero puedo pasarme el día entero andando, le sigo el paso a cualquiera, y luego me acuesto y duermo como un tronco. Algunas veces me acompaña Jesper, que está moreno bajo el gorro de piel de lobo porque acaba de volver de regiones sureñas y necesita ver algo distinto a palmeras y muros de adobe. Ahora que lo tengo en el mismo lugar que yo, vuelvo a estar contenta.

En eso pienso mientras miro por la ventana, y pienso en Ruben, que va a mi clase y es el chico más guapo del colegio ahora que mi hermano ha terminado. Una vez me besó detrás del cobertizo del patio, y me gustó, aunque al acostarme por la noche ya se me había olvidado. Es judío. Supongo que lo ha debido de ser siempre, pero esto es algo nuevo, nadie pensaba en eso antes. Lo único que sé sobre los judíos es lo que me cuenta mi madre, que dice que crucificaron a Jesús y concedieron la libertad a Barrabás. Pero Jesús también era judío y, en todo caso, yo no me meto en esa polémica; pienso que si no lo hubieran crucificado los judíos, seguramente lo habrían hecho otros a

fin de proporcionarle a mi madre un tema para sus salmos y sus canciones, algo por lo que suspirar cuando mira el gran cuadro colgado sobre el piano que representa a Jesús en el monte de los Olivos. Está sentado bajo la luna, cavilando y agobiado en el momento de la duda. Eso es lo que llena la vida de mi madre, llenaba la calle Asyl y ahora llena la calle Lod hasta la taberna Færge, pero, según Jesper, hay un territorio liberado de la Biblia que llega hasta el malecón.

No creo que Ruben hubiera elegido a Barrabás, pero dice que tiene miedo. Tiene miedo porque lo tiene su padre cuando escucha las noticias de Alemania, sobre todo después de que tuviera lugar lo que en los periódicos llaman *Anschluss*.

Yo también recibo noticias de Alemania. De Helga, en Magdeburgo. Hace más de un año que empezamos a escribirnos; toda la clase se puso en contacto con una clase de aquella ciudad para reforzar el aprendizaje del alemán, pero creo que soy la única que fue más allá de las dos primeras cartas. Nos escribimos sobre nuestros hermanos. Walter es miembro de las Juventudes Hitlerianas, pero Helga no quiere serlo y su padre no se atreve a decirle nada a ninguno de los dos. Precisamente eso no me atrevo a contárselo a Jesper. Ella me habla de su perro, Kantor, que se pone a aullar cada vez que los soldados desfilan cantando por las calles. Me habla del gran río Elba, que atraviesa la ciudad y gracias al cual tienen puerto, aunque Magdeburgo está en el interior del país. Eso yo ya lo sabía, lo pone en el libro de geografía, un libro que he estudiado detenidamente. Los judíos de su clase se han ido, me escribe Helga. Yo le hablo de Lone y de Siberia. Puedo hacerlo, porque Helga está muy lejos. «No lo entiendo –me escribe–, en Siberia hay campos de prisioneros, *das habe ich in der Schule gelernt.*»* Pero Siberia es grande y puede que ella no sepa demasiado del asunto, así que la perdono.

Hemos acordado que nos vamos a ver. Cogemos un tren cada una, en

direcciones contrarias, nos bajaremos en la frontera, nos reconoceremos a primera vista y entonces nos abrazaremos justo sobre el lugar donde estemos seguras que está trazada la línea entre Dinamarca y Alemania. Pero por el momento no hay dinero y dice que allí es todo muy inseguro. Así que vamos a tener que esperar.

Dejo a un lado la última carta y debo de tener una expresión algo abatida. Jesper está de pie en la puerta de la alcoba, tiene que vigilar la tienda mientras mi madre hace un recado. Me mira.

–¿Qué te pasa? –pregunta.

–Helga dice que en Siberia hay campos de prisioneros. Lo ha aprendido en el colegio.

–Eso es propaganda nazi –replica Jesper.

Ahora las noches son completamente oscuras. Cuando sopla el viento, en el mar solo se ven las crestas de espuma, las linternas que relucen en las embarcaciones que llegan directamente desde Suecia y, a veces, las luces de las ventanillas de los barcos más grandes que se reflejan solitarias y amarillas en el agua negra. Cuando me asomo por la ventana de nuestra alcoba, a duras penas veo la calle, el puerto y lo que queda más allá del malecón.

Han encontrado gas debajo de la ciudad y en los terrenos de alrededor. A cincuenta metros bajo tierra, a sesenta metros bajo tierra, bajo el mar hay un gas que sube burbujeando como si procediera de mil botellas de refresco. Los domingos la gente sale de excursión en barco para ir a verlo y han colocado torres de perforación junto a Bangsbo y junto al hotel de Frydenstrand. Están perforando en la pradera de detrás del Hogar del Marinero y en varios jardines de la ciudad. El gas se transporta por tuberías o en grandes bombonas y se emplea para cocinas, coches y fábricas, incluso el autobús a Sæby lleva dos grandes bombonas de gas sobre el techo. Pesan, desde el interior se puede ver cómo el techo se abomba.

En la calle Danmark se alzan las farolas con sus llamas erizadas. En lo alto, debajo de la lámpara, tienen dos aros, y el vigilante tira de ellos con una larga vara con un gancho en la punta: un aro para encender y otro para apagar. Hace algún tiempo, el gran entretenimiento de Jesper consistía en seguir a hurtadillas al vigilante, equipado con una vara similar que se había fabricado él mismo y, cuando el hombre de negro había tirado de uno de los aros y alcanzado la siguiente farola para encenderla, mi hermano salía disparado de entre las sombras y tiraba del aro opuesto. Y así continuaban hasta la plaza

Nytorv. Cuando el vigilante llegaba hasta allí, siempre se volvía para contemplar su obra, puesto que era el señor de la luz y la oscuridad, y de pronto toda la calle podía estar a oscuras.

–Aquello valía la pena –dice Jesper–, pero ya no tengo tiempo, narices.

Y es verdad. Las jornadas en el taller son largas y cuando vuelve a casa por la noche está cansado, mi padre le hace trabajar duro. El sonido de la sierra le produce dolor de cabeza y la falta de voces lo marea. A Jesper le gusta charlar, le gusta contar historias, le gusta *escuchar* historias, pero mi padre no dice gran cosa, se pasa el día encorvado sobre el banco de carpintero, trabajando con la espalda vuelta hacia él, su espalda jorobada.

–Grande y dura como una montaña –dice Jesper.

Por la tarde, acude con frecuencia a las reuniones del Comité de España. La guerra allí está ya en su tercer año y a mí me gusta quedarme sola en el cuarto para poder leer lo que quiera sin escuchar comentarios, o simplemente para mirar por la ventana sin tener que explicar en qué pienso cuando pienso en eso que llamo nada. Pero también le echo de menos. No hay mucha risa dentro cuando Jesper está fuera.

Lone ha muerto, pero nadie dice de qué. Durante las comidas en casa no se menciona el asunto, y nadie con quien hablo sabe nada. Cuando entrego la leche en el paseo Rose todas las habitaciones están iluminadas, y cuando paso por la noche también lo están. Creo que siempre tienen las lámparas encendidas. Nadie me espera en la escalera cuando llego por la mañana, pero el pedido ha vuelto a reducirse a la mitad. Lo ponía en una nota enganchada en el marco de la puerta. En ocasiones veo a Hans en los barrios altos, pero ya ni siquiera me hace muecas, se limita a darme la espalda como si hubiera sido yo quien contagié a Lone algo espantoso e innombrable. No lo hice, nadie puede acusarme de eso. Pero me siento fatal. Tengo ganas de ponerme enferma, muy enferma, y de quedarme en la cama mirando el techo y vaciándome por dentro. Pero estoy demasiado fuerte y no me dejan en paz.

Están los clientes, que llaman a la campanilla de la puerta, entrechocan las botellas y hablan en voz alta; está mi madre, que se retuerce las manos, me pregunta qué puede hacer y dice que tal cosa no es propia de mí; y además está Jesper, que entra para acostarse o simplemente para estar allí. Así que voy al colegio. Me esfuerzo aún más con los deberes y saco mejores notas que nunca. Pero no tengo ninguna sensación de triunfo.

Desde que vivo en la nueva casa no tengo a nadie con quien hacer el camino del colegio. En el barrio del puerto viven pocas familias, así que, una vez que he entregado la leche y aparcado la bicicleta en el patio, voy sola. Un día, cuando regreso a la calle Lod, a las tres, mi madre me está esperando en la escalera de la tienda. Me mira.

–Con lo levantada que llevas la nariz, nunca vas a hacer amigos –me dice.

Y esa es la primera vez que me dicen lo que llevo escuchando el resto de mi vida: que soy engreída. Pero no es verdad, tengo amigos. Tengo a Marianne, a Ruben, a Pia y a otros con los que salgo a montar en bicicleta y a nadar, pero es que me mareo cuando camino mirando el suelo, así que alzo la cabeza y miro por encima de los tejados.

–¿Qué tiempo va a hacer? –pregunta Jesper, que sigue mi mirada y me utiliza como profeta del tiempo.

–Ligeramente nublado, con momentos de sol –respondo, pero no consigo contenerme y rompo a reír.

–Muy bien –dice–, nos vendría bien un poco de sol. Y a ti te vendría bien salir a bailar. ¿Quedamos a las diez?

A las diez es cuando yo me voy a la cama, tengo que madrugar para entregar las botellas de leche, y prefiero acostarme antes de que llegue Jesper y leer durante una hora con la luz de las farolas de la calle. Acabo de cumplir catorce años, él tiene casi diecisiete y ambos aparentamos más. Eso lo dice

todo el mundo. Lo miro de reojo. Está cambiado, tiene la cara más estrecha, está más mayor, aunque ha regresado a casa.

–Busca algo que ponerte –dice.

Como de costumbre, bajo a mi habitación a las diez menos cuarto y doy las buenas noches desde la escalera, y una vez abajo, me acerco al armario y busco el vestido azul que me pongo en Nochebuena y en los grandes cumpleaños. Mi madre dice que no hay que gastarlo, que lo he de reservar para las ocasiones especiales, y es el único vestido realmente bonito que tengo. Me cepillo el pelo hasta que se me ensortija en torno a la cabeza, saco los zapatos finos de debajo de la cama y me siento a esperar con el abrigo en el regazo. Al poco rato, baja mi hermano.

–Por qué siempre quieren hablar cuando uno va mal de tiempo, y solo en esos casos –dice.

Miro por la ventana mientras él se cambia. Se da cuenta, quizá por primera vez. Siento su mirada en la nuca, se hace un gran silencio y a continuación comienza a silbar la Internacional.

Toda la ropa que tiene está sobre una silla junto a la cama. De vez en cuando, la silla se vuelca y la ropa queda tirada en el suelo en un montón. Algunas veces durante bastante tiempo.

–Hay que tener controlado el vestuario, de lo contrario se forma un gran lío –dice al encontrar lo que busca.

Siempre lo encuentra. Mi ropa cuelga ordenadamente dentro del armario y, a pesar de ello, soy yo la que a menudo se queda parada sin encontrar lo que necesito.

La verja de hierro forjado del patio se cierra a las nueve y mi padre es quien tiene la llave; además, Jesper no les ha contado a los de arriba que va a salir y si nos vamos los dos no podemos hacerlo por el camino habitual –

pasando por la escalera hasta llegar al zaguán y saliendo por la puerta—, así que atravesamos la lechería, la llave de esa puerta la tiene Jesper en el bolsillo.

Pasamos por detrás del mostrador y vemos a la gente caminar por la acera bajo la luz; dentro de la tienda, entre los estantes del fondo, todo está oscuro. Nos quedamos esperando en la sombra de la heladera. Jesper me pasa el brazo por encima del hombro. Me saca ya una cabeza y, según mi madre, yo no voy a crecer más; quizá tenga razón. Cuando la calle se queda vacía, me dirijo hacia la puerta, pero Jesper se inclina sobre el contenedor donde las botellas se refrigeran en agua, asomando solo el gollete, y coge una de las de medio litro. Un haz de luz entra por la ventana, la botella gotea y reluce, mi hermano presiona la tapa y da un largo trago, como un hombre en el Sahara.

—Dios padre, qué sed tenía. Salud, hermanita —dice en dirección al cielo, y toma otro trago.

—Eso cuesta veinticinco céntimos —digo, y no sé por qué lo hago.

—Dinero es lo único que tengo en abundancia, tacañina. Con el sueldo que me da el de ahí arriba, no tardaré en entrar a formar parte de la clase alta. Y a ti te dejaré limpiarme los zapatos. Toma.

Cojo la botella y bebo yo también. Tiene un sabor fuerte, está fresca y me produce un poco de náuseas: preferiría tomármela caliente con algo de miel antes de irme a dormir, pero me bebo lo que queda y dejo la botella detrás del mostrador.

Jesper gira la llave con cuidado. Antes de abrir la puerta, se saca un calcetín de lana del bolsillo y lo introduce en la campanilla para que no suene cuando salgamos. Quizá haya hecho esto muchas veces antes y me imagino una vida secreta después de la irrupción de la noche, en la que él camina por sombríos callejones traseros hasta llegar a oscuros locales con contraseña para entrar, hombres con nombre en clave y voces bajas sobre las mesas, y al fondo mujeres sin rostro con vestidos estrechos que muestran los pechos

hasta la mitad y que, bajo la ropa, tienen largas piernas con medias de redecilla; son todas completamente distintas a mí. Me dan ganas de volver a entrar, de que Jesper se pierda solo en la noche y me deje tranquila, porque mañana tengo que madrugar. Pero luego me acuerdo de lo profundo que duerme cuando yo subo la escalera por la noche, de que su cama nunca está vacía, sino que, por el contrario, llena la habitación, y entonces nos vislumbro a ambos en el gran escaparate de Herlov Bendiksen, saliendo de una tienda a oscuras. A Jesper con el amplio abrigo que se ha comprado con su propio dinero y el pelo negro que le ha crecido tanto que se le ha llenado de rizos, y a mí con un abrigo y una boina sobre la gran melena castaña. Y me convierto en lo que veo. Veo un libro en el que eso es el comienzo y en el que nadie sabe aún lo que va a pasar ni por qué salimos de una tienda a oscuras a esas horas de la noche. Siento un cosquilleo en el estómago y una levedad al pensar en lo que seguirá.

—¿Adónde vamos?

—Eso lo verás cuando lo veas.

Bajamos por la calle Danmark, pasamos el portal que conducía al patio donde mi padre tenía el taller en una casita de entramado, y seguimos hacia la farmacia Løve y la plaza de la iglesia. Todas las farolas estaban encendidas, nadie había tomado el relevo de Jesper.

—La juventud carece de iniciativa. Qué triste visión —dijo—. Ya no tengo la vara, pero quizá se pueda trepar hasta arriba.

Se acercó a una farola y se agarró tentativamente al poste, valorando la distancia hasta la cima.

—Yo puedo hacerlo —dije de pronto—. Jesper, déjame a mí.

Salí corriendo hacia el poste, aparté a mi hermano, me agarré lo más alto que pude y empecé a subir. Era lo bastante fuerte, era una ardilla, los brazos

me sostenían y los guantes que llevaba me proporcionaban un buen agarre. Una vez arriba entorné los ojos hacia la llama, tiré del aro y la luz se atenuó hasta extinguirse. Por un momento apoyé la frente contra el poste, sentía un calor como el de la fiebre y me dolía la cabeza, luego me deslicé hacia abajo hasta reunirme con Jesper, que me esperaba con los brazos en jarras y sonriendo.

–Queda esperanza –dijo–. La estirpe del futuro ha cogido la antorcha y la ha apagado por un rato. «Luz sobre el país es lo que queremos», pero no a todas horas. Bien hecho, hermanita.

Un poco más allá, me volví y miré hacia atrás. En la hilera de luces se veía un hueco negro que había hecho yo. Me entraron ganas de volver allí para esconderme en la oscuridad y sentirme segura. En la torre de la iglesia el reloj relucía indicando las diez y media; el último autobús procedente de Ålborg llegó traqueteando desde la calle Sønder y nos adelantó antes de girar hacia la estación de autobuses, situada al otro lado de la iglesia. Vimos desaparecer sus luces traseras rojas, había llenado la noche de sonido y a continuación se hizo el silencio y oí claramente el mar tras todas las casas y pensé: «Qué silenciosa está a veces esta ciudad y aun así nunca lo está del todo». Pero en ese momento Jesper se volvió.

–Ay, no, otra vez no –dijo.

Y entonces yo también lo oí: los cascos contra los adoquines y la fricción de las ruedas. Era el landó negro del barón Biegler. Los dos caballos parecían cansados, tenían espuma en los costados y, cuando el carruaje pasó por nuestro lado, vimos que el escudo de armas se había caído de la puerta. Pasó tan cerca que notamos el olor de caballos angustiados, y apenas diez metros más allá se detuvo ante la Casa de la Música. La puerta del carruaje se abrió de golpe y el barón Biegler se bajó con su abrigo de piel de oveja, que ya no estaba tan blanco; llevaba algo grande y pesado en los brazos.

–Es un gramófono –susurró Jesper, y el barón lo levantó tan alto que sentí

claramente su peso desde donde me encontraba, y después lo arrojó contra la ventana.

–¡Ni siquiera suena! –chilló, y los trocitos de cristal quedaron un segundo suspendidos en el aire antes de precipitarse hacia el interior de la tienda; y si un hombre adulto puede llorar, eso fue lo que oí.

Estaba borracho como una cuba. Al volver a subir al carruaje no atinó con el escalón y cayó de bruces, el jadeo que escuché me hizo pensar en animales grandes, en elefantes o rinocerontes con la piel agrietada y mortecina cayendo en la trampa de los cazadores.

–Ese tipo no necesita ninguna ayuda para hundirse –dijo Jesper–; se ha bastado solo. Arruinado, en la bancarrota, kaput. Seguro que no puede ni pagar ese gramófono. Se ha gastado todo el dinero en bebida. ¡Será idiota!

Y el carruaje desapareció tan rápido como había llegado, no hacia el Aftenstjernen, no de vuelta a Bangsbo, sino en dirección a la estación del ferrocarril.

–¿Adónde crees que va?

–Al vertedero de la historia –respondió Jesper.

Todo había pasado en un periquete. En la torre de la iglesia el reloj seguía marcando las diez y media, dio una campanada cuando pasamos por delante. En el momento en que sonó oímos fuertes pitidos en el puerto y la niebla procedente del mar empezó a ascender por la calle Tordenskjold, por la calle Lod, por la calle Havn; se iba volcando lentamente sobre el barrio de pescadores desde Gamle Fladstrand, donde desembarcó Terje Vigen en el largo poema de Ibsen. Al poco rato solo las farolas estaban despejadas e iluminaban una masa que se lo tragaba todo, a las personas y las casas, y no veíamos más allá de tres metros. Resultaba difícil distinguir las luces a nuestro alrededor y Jesper se quedó parado y estiró los brazos hacia delante, como un ciego.

–Así debía de ser la noche en que encalló el Hombre de Danzig –dijo–.

Seguro que tenía miedo. Creía que sabía dónde estaba todo y al final fue un caos. Tápatate los ojos, hermanita, da tres vueltas sobre ti misma y dime en qué dirección queda nuestra casa.

Hice como me dijo, giré casi hasta caerme, abrí los ojos y los entorné en todas las direcciones.

–No lo sé.

–Entonces puede suceder cualquier cosa.

Se quedó de pie con los brazos estirados y miró a su alrededor como si dudara de qué dirección debíamos seguir, finalmente se decidió.

–Venga, vamos a probar por aquí –dijo.

Pero creo que en ningún momento dudó. Giramos hacia la derecha y puede que yo intuyera el contorno de la Casa Tordenskjold en la calle Skipper, una calle que desembocaba en el lugar de donde habíamos venido, solo que más hacia el este y más cerca del mar. Avanzábamos con pasos prudentes, «con respeto», pensé, como en un entierro, y después la sirena de la niebla nos golpeó de lleno, porque ya no había nada que la amortiguara, solo un vapor frío y abierto que hizo que nos vibraran las entrañas, y el aire húmedo se nos pegó a la cara y me estremecí pese a llevar un buen abrigo que me llegaba hasta las rodillas.

–Hace frío –dije.

–En España más.

–¿De qué estás hablando? En España crecen los naranjos.

–En la meseta no. Allí la tierra está tan helada que no se pueden hacer trincheras, y luego los cazas de los fascistas se divierten tirando al blanco. En el Undécimo Batallón tienen tan pocas armas de fuego que deben esperar a que caiga un compañero para conseguir un fusil.

Intenté llenar la niebla de hombres uniformados en una España con

escarcha, pero la niebla seguía siendo solo niebla.

–¿Y sabes lo que dicen en las cartas que mandan a casa?

–No.

–Andan corriendo por la nieve, casi sin armas y con el culo helado, y lo que escriben es: «¡Mandad más chocolate!». ¡Joder! Quizá deberíamos robar una tienda. Podríamos ir por la de la señora Sandbjerg, la de la calle Felled, de todos modos esa mujer no es más que una vaca estúpida. Tiene los estantes llenos de chocolate.

Sus brazos cortaron el aire, se había olvidado de que los tenía levantados, se volvió y siguió andando de espaldas.

–¿Te hubiese gustado ir?

–Sí.

Mi hermano era demasiado joven, yo lo sabía, pero si me esforzaba podía ver la punta de las grúas del astillero asomar por encima de la niebla y escuchar el eco de nuestros zapatos contra los adoquines, y en aquellos momentos todo era mayor que nosotros, y todo lo nuestro se había hundido en la tierra, estaba enterrado y desaparecido, salvo la voz de Jesper. Cerré los ojos y la noche se llenó de bombarderos italianos que volaban puentes, de humo negro y piedra gris contra la nieve gris, de casas sin tejado contra un cielo grisáceo y cargado de nieve, de la furibunda banda del general Franco y de nombres como Jarama, Guadalajara, Brunete y Teruel, en ruinas; y siempre con caballos negros muertos en la nieve y Jesper muerto en la nieve con la mano congelada en un ademán de saludo: «¡Viva la muerte!* Por aquí, hermanita, no tardaremos en volver».

Pero muchos no volvieron nunca. ¿Heredaría alguien el fusil de mi hermano?

Me sentí mal.

–Jesper, me siento mal –dije–, me tengo que sentar.

Y me senté en la escalera de una casa que no sabía dónde estaba. Las

paredes brillaban y estaban frías, pero yo me abrí el cuello del abrigo y me quité la bufanda. Pensé que quizá tuviera que vomitar y a continuación vomité duros grumos de leche junto a la escalera. Me dolió, se me hizo un nudo en la garganta y pensé en el abuelo en el establo, en Irma con su vestido rojo y en Lone también con un vestido rojo, ambas sin cara reflejadas en el mismo espejo de una habitación oscura que constituía el mundo entero, y entonces me eché a llorar.

–Mierda, mi vestido es azul –dije en voz alta y sentí llegar el enfado, entonces volví a vomitar y enseguida me sentí mejor y todavía más lúcida–. Tengo frío.

–Siempre tienes frío. ¿Qué pintas tú en Siberia? Vente conmigo a Marruecos. Nos iremos en cuanto haya acabado la guerra.

–En Siberia es distinto. No es como esto, allí tienen otro tipo de ropa y las casas están hechas de troncos y son calientes. Además, he leído que Franco llegó desde Marruecos.

–No me refiero al Marruecos de los fascistas, sino al Marruecos de los árabes, tontaina. Yo voy a ir a Mequinez, a Marrakech, al Marruecos de las caravanas y los hombres azules.

–Mándame una postal –dije.

Me limpié la boca y me eché a reír. Él se inclinó sobre mí, me ató la bufanda, me enderezó la boina y me subió el cuello del abrigo.

–¿Ya estás mejor?

–Sí –dije, y él me cogió la mano y me puso en pie. Pregunté–: ¿Qué guerra?

–La de España, y la que vendrá después como ganen los fascistas.

Pero yo ya había tenido suficiente guerra por esa noche, lo cogí del brazo y empezamos a caminar a través de la niebla, que ya nos resultaba familiar; la ciudad volvía a colocarse en su sitio: a la izquierda quedaban el astillero, la

fábrica de harina de pescado y la lonja, enfrente el matadero, y a la derecha Carnes y Pescados Damsgaard; podía orientarme por el olfato.

–Ya sé dónde estamos –dije–. ¿Por qué teníamos que dar un rodeo por media ciudad para volver aquí? Podríamos haber bajado directamente por la calle Lod.

–Teníamos que evitar el cinturón bíblico, el campo de minas, hermanita, allí podría haber pasado cualquier cosa. Ahora estamos seguros.

Dijo el brigadista.

La calle Havn corre paralela a la calle Lod una manzana más al sur, va desde el cruce donde la calle Danmark pasa a ser la calle Sønder hasta la plaza del hotel Cimbria, situado junto al puerto; en conjunto esas dos calles y las casas que hay entre ellas constituyen el equivalente a Nyhavn, el barrio portuario de Copenhague. Allí se congrega todo el pecado, con la posible excepción del Aftenstjernen. En la calle Lod se encuentran la taberna Færge y la taberna Tordenskjold, en la parte de atrás del Cimbria está el bar que la gente fina llama Calle Lod 16 y que todos los demás llaman Culo por la parte del cuerpo que queda más elevada cuando hay que librarse de líquidos superfluos. En la calle Havn hay una bodega de moda y, dos casas más allá del hotel, bajando una escalera, está el bar Vinkiældereren. La única amenaza la constituye mi madre, que se ha mudado al barrio y que, cuando no está tras el mostrador de la lechería, vigila la vida desde la ventana de la segunda planta. Quienes tienen fuerzas para levantar la vista tras una larga velada pueden verla tras la cortina, con la Biblia en la mano, mirando hacia fuera y moviendo los labios al rezar o al maldecir.

–No tiene mucha gracia que te conozcan por eso –dice Jesper.

Porque, algunas veces, mi madre baja la escalera y sale al portal, y a más de uno que iba algo bebido le ha hecho sentir su furia e intuir los lametazos de las llamas del infierno bajo las suelas de sus zapatos. Es excesivo y embarazoso, así que cuando Jesper sale por la noche da siempre un gran rodeo y se aproxima a la zona desde otra parte, incluso cuando va a la calle de al lado.

Allí es a donde nos dirigimos en estos momentos. Cruzamos la calle Lod

por la parte baja y pasamos por delante del hotel Cimbria, en cuyo interior se oyen risas, las ventanas están llenas de gente; un viento helado llega desde el mar, se lleva la niebla y me permite ver los barcos pesqueros meciéndose con sus mástiles como péndulos invertidos, y los oigo rozar contra los costados de los muelles.

Al primero que veo al bajar la escalera del bar Vinkiælderen es al tío Nils. Lleva un traje y una camisa blanca recién planchada, y no calza zuecos, sino unos zapatos negros y estrechos que no le había visto antes. Es demasiado tarde para darse la vuelta, la gente nos apremia por detrás y Jesper me tiene cogida del brazo. El tío Nils cuelga el abrigo en un perchero del guardarropa, se endereza la corbata y mira escaleras arriba. Sonríe.

–Pero si aquí viene Jesper –dice levantando la mano a modo de saludo.

–Hola, tío Nils –dice mi hermano.

Yo no digo nada, espero petrificada de pánico. Acabo de cumplir catorce años, estoy bajando al Vinkiælderen a las once y media de la noche y mi tío está ante mí.

–Buenas noches, señorita.

Hace una profunda reverencia y yo me río por lo bajo, sin querer, y le correspondo con otra reverencia prudente. Miro a Jesper, pero él tiene bastante con quitarse el abrigo nuevo, luego me ayuda a mí con el mío como un perfecto caballero mientras mantiene una inalterable expresión de contento.

El tío Nils no es el mismo. Sonríe y charla, mientras que en la granja, en los prados y en el carro tras el caballo está siempre hosco, con el ceño fruncido, y casi nunca dice nada. Ahora su ceño ha desaparecido y resulta que es un hombre guapo, más pequeño que mi padre aunque un año mayor, porque fue el último hijo de la abuela Hedvig, que murió al tenerlo. Cuando miro al tío Nils comprendo que mi padre no es tan mayor. Ya se ha tomado

un trago, o dos o tres, tiene las mejillas coloradas y hace otra reverencia y un ademán con el brazo.

–¿Entramos?

–¿Cómo está la cosa?

–Medio lleno de gente medio bebida.

–Igual que tú, me parece –dice Jesper, y yo tengo miedo de que el tío Nils se enfade, pero no lo hace.

–Qué palabras tan acertadas –contesta–. Resulta que estoy de celebración. He tomado una gran decisión, y ya se me han subido algunos tragos al sombrero. –Se lleva la mano a la cabeza, donde no tiene un sombrero, sino solo unos rizos rubios y cortos untados con alguna cosa que los hace brillar a la luz de las lámparas. Se ríe por lo bajo y vuelve a hacer un ademán con el brazo–. Después de vosotros, señores míos. No desperdiciemos nuestro valioso tiempo.

Jesper se pasa la mano por el pelo para colocárselo mejor, pero yo no veo que se produzca ningún cambio. Se tira de las mangas de la chaqueta, me vuelve a coger del brazo, bajamos aún otra escalera y entramos en el local. Es largo y estrecho y parece caliente tras el frío aire de la calle Havn. En la parte alta de la pared, cerca del techo, hay unas ventanas bajas y al fondo una pista de baile con una tarima delante sobre la que hay unos instrumentos; la orquesta se ha tomado un descanso o todavía no ha empezado. Cuatro hombres con chaquetas iguales están apostados junto a la barra, bebiendo una cerveza cada uno. El bar está más que medio lleno, pero a lo largo de la pared del fondo hay algunas mesas libres. Aunque quedan lejos, y hay que pasar por delante de mucha gente para llegar. El tío Nils señala hacia allí y avanzamos. Me detengo; no puedo, no me siento bien.

–Tengo que ir al servicio.

–Tú ve al servicio, que yo te espero en la puerta –dice Jesper–. Tómate el tiempo que necesites.

El servicio está junto a la entrada, a la derecha de donde nos encontramos. Hay un lavabo, un espejo y dos cubículos. Me meto en uno de ellos y me siento sobre la tapa del inodoro. Me quedo unos minutos sentada, pensando que quizá tenga que volver a vomitar, que tal vez sea eso. Lo intento, vomito algo, pero sobre todo porque yo lo fuerzo. Luego tiro de la cadena, salgo y me dirijo al lavabo, donde me echo agua en la cara. Me miro al espejo. Tengo la frente alta y llevo una horquilla en el pelo a la altura de la sien. Resulta práctico para una melena como la mía, pero me confiere un aspecto limpio, pulido, en ocasiones infantil. Como ahora. Me inclino hacia delante. Una chica pálida de catorce años, ni un segundo más. Me miro el vestido para ver si me lo he manchado al vomitar, pero no ha sido así y en ese momento entra alguien. La veo en el espejo, una mujer con un traje verde y una melena rubia y reluciente que me sonrío con labios rojos.

–Hola –dice.

Yo no respondo, no la conozco. Se queda de pie detrás de mí. Pienso que me va a tocar y en ese momento me coge de los hombros.

–Deja que te eche un vistazo.

Yo me vuelvo sin voluntad. La única lámpara está sobre el espejo y, cuando se inclina y me mira detenidamente la cara, arrojó sombra sobre la suya. Es adulta y muy guapa y yo no tengo fuerzas para sentirme mayor de catorce años.

–¿Me permites? –pregunta y no espera a la respuesta.

Yo no digo nada. La mujer me suelta la horquilla, se la mete en la boca y, usando los dedos como peine, me echa el pelo hacia delante; es una sensación agradable, nadie me ha hecho eso desde que era pequeña y mi cabeza sigue el movimiento hasta que miro el suelo. Es mejor así. Luego me vuelve a poner la horquilla justo encima de una oreja, de modo que el pelo del flequillo me cae suelto a un lado; tengo una oreja oculta por el pelo y la otra destapada. A

menudo llevo las orejas descubiertas, cuando me hago una coleta en la nuca con una goma, pero nunca me las he sentido como en este momento.

–Saca la boca y tensa los labios –dice.

Es un poco más alta que yo, tiene los ojos verdes, los pómulos altos y unas orejas pequeñas bien pegadas a la cabeza. Yo echo la cabeza ligeramente hacia atrás, con miedo de que piense que me estoy rindiendo, abro un poquito la boca y tenso los labios contra los dientes. No sé por qué le permito hacer eso, es la primera vez que la veo. La cabeza de la desconocida está muy cerca de la mía y cierro los ojos como si fuera a besarme y yo quisiera que lo hiciera. Algunas mujeres son así, yo no soy así, pero cuando alguien me roza los labios empiezo a temblar. Abro los ojos y ella sonrío.

–Ahora estate muy quieta –dice mientras me pinta con cuidado los labios de rojo–. Ya está. –Yo vuelvo a cerrar los ojos y ya no tiemblo, no me importaría que siguiera–. Frótate los labios uno contra otro y luego mírate en el espejo.

Hago lo que me dice; tengo una sensación extraña y suave, y el deseo de mantener la boca un poco abierta. Me vuelvo y me miro en el espejo. Tengo un aspecto adulto y algo melancólico, como quien guarda un secreto: años ocultos sobre los que no se puede hablar, tal vez acontecimientos inconcebibles, parezco una mujer que ha viajado mucho y visto cosas que solo ella comprende. Sonrío a mi imagen y tomo aire. Pienso: «Mi madre nunca ha usado pintalabios».

La mujer que se refleja detrás de mí me levanta el pelo, me pasa los dedos por la melena y nuestros ojos se encuentran en el cristal. «Alguien debería limpiar este espejo», pienso. A pesar de ello, la mujer puede ver quién soy y me da igual.

–Jesper tenía razón –dice–, no hacía falta gran cosa.

–¿Conoces a Jesper?

–Claro que lo conozco. –Me recorre de arriba abajo con la mirada y sonrío

con la boca roja, que ahora es igual que la mía—. Tienes un cuerpo bonito, eres bonita aquí –dice tocándome ambos pechos con unas manos de uñas rojas, me los levanta de un modo que yo nunca hubiera hecho y entonces me sonrojo—. Eso es, ya tienes un poco de color en las mejillas. Así es como debe ser.

–¡No tenía más remedio! –dice Jesper—. No nos hubieran servido nada. Parecías una cría de doce años y asustada. Ahora ya no –añade sonriendo—. Ahora estás espléndida.

Vuelvo a sonrojarme, endezco la espalda y avanzamos entre las mesas; la gente se vuelve en sus sillas y nos mira caminar hacia la pared del fondo, junto a la que se ha sentado el tío Nils. Nos saluda con la mano.

–Por lo menos no llevaba medias de redecilla.

–¿Medias de redecilla? ¿Jytte? ¿De qué estás hablando? ¿Por qué coño iba Jytte a llevar medias de redecilla?

El tío Nils se va a mudar a la ciudad. Ha conseguido trabajo en los astilleros y un apartamento en un ático de la calle Sønder. Sirve la cerveza de la botella en el vaso y lo levanta.

–Brindo por una nueva vida. ¡Que sea bien recibido allá abajo!

Jesper y yo alzamos los vasos y todos bebemos. Tengo tanta sed que podría beberme cualquier cosa. Toda la humedad de mi cuerpo ha desaparecido, se fue con la niebla de las calles, y la cerveza está amarga, fría y refrescante.

–Ah, va a ser un gusto librarse de esa vieja bruja, si me perdonáis la expresión. Nunca volveré a Vrangbæk, ni siquiera en Navidad. Nunca volveré a sujetar una horca de mierda y jamás, en lo que me queda de vida, volveré a sentarme detrás de un caballo. En cuanto tenga dinero me compraré

una motocicleta, y hasta entonces iré andando. ¡A todas partes! ¡Un proletario libre que no se traga la mierda de nadie! Jo, jo.

Vacía el resto del vaso de un trago. Jesper lo acompaña y ambos estampan los vasos contra la mesa.

–¡Esto no puede hacer daño! –exclaman a coro.

Mi cerveza tampoco hace daño, aunque me la bebo más despacio y no estampo el vaso contra la mesa. Me doy cuenta de que le estoy sonriendo a la mujer que se llama Jytte, que está sentada unas mesas más allá; ella me guiña un ojo y yo le sonrío aún más y me da igual que el tío Nils llame bruja a mi abuela. Si hubiera sabido que se podía, yo misma lo habría hecho hace mucho tiempo. Tampoco parece que a Jesper le moleste.

–Vaya, tenemos tres botellas vacías –comenta–. Esto no es lo que habíamos pedido, ¿no?

–No, no, esto es un gran error, vamos a cambiarlas –responde el tío Nils.

Reúne las botellas en una mano y las agita en el aire haciendo tintinear el cristal para que la camarera nos traiga otras. Al poco tenemos tres botellas llenas sobre la mesa. El tío Nils está a gusto y nos sirve la cerveza en los vasos antes de que a nosotros nos dé tiempo a hacerlo y entonces no cabe sino brindar de nuevo.

–Pues bienvenido a la ciudad, tío Nils –le digo, porque me parece lo suyo–. Primero vino nuestro padre y ahora vienes tú. A lo mejor dentro de poco vienen todos.

Pero, en vez de brindar, el tío Nils deja de sonreír. Al inclinarse hacia delante vuelca una de las botellas; está borracho, la cerveza corre por la mesa, pero a él le da igual, se limita a agarrarme el brazo y me aprieta tanto que casi me asusta.

–Pero ¿es que no entendéis nada? Magnus quería quedarse en Vrangbæk. Quería ser campesino y nada más. Trabajó como un perro para contentar a esos dos. Nunca he visto a nadie trabajar tan duro, era doloroso verlo –dice

con los ojos vidriosos. En ese momento los músicos se suben a la tarima y empiezan a tocar, así que tiene que inclinarse aún más mientras dos parejas se levantan para bailar. Eleva la voz—: Pero la maldita bruja no quería ni mirarlo, nunca lo tocaba ni hablaba con él y, en cuanto pudo apañarse por su cuenta, lo envió a la ciudad. Y el viejo dejó que pasara, bendita sea la memoria de ese maldito putero, si me permitís la expresión. —El tío Nils se interrumpe y se mira la mano que me aprieta el brazo; tengo la piel blanca a ambos lados, hasta donde empiezan los dedos, y entonces me suelta y dice—: Lo siento, discúlpame, te he hecho daño. No era mi intención.

—No pasa nada —le digo frotándome el brazo con cuidado; la sangre vuelve a correr y siento pinchazos hasta más allá del codo.

—Claro que pasa. Esta noche he bebido demasiado y me voy a casa.

Se levanta pesadamente y vuelca otra botella, pero Jesper la agarra al vuelo y él también se levanta.

—No te vayas, tío Nils, quédate un poco más aquí con nosotros.

—No, esto iba a ser un día de alegría para mí y no quiero estropearlo. Me ha gustado veros aquí y no en Vrangbæk y entiendo que esto es un secreto. — Sonríe con desánimo—. Además, estoy al lado de casa.

—Bueno, pues bienvenido de todos modos.

—Muchas gracias. Y olvidad lo que os he dicho.

Se aleja entre las mesas y se parece un poco al tío Nils de antes, pero no del todo. Me vuelvo hacia Jesper, que sigue de pie.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada. Nada que no hubiera pensado ya. Tampoco soy tonto. —Luego hace una galante reverencia y dice—: Vamos a bailar.

Nos bebemos lo que nos queda en los vasos y nos adentramos en la pista de baile, que ya está bastante llena. La música suena alta, en las mesas hay risas y en una de ellas están cantando a coro. Yo tampoco soy tonta, nadie podría decir eso, y pienso en mi padre en los campos, en su espalda que se va

curvando lentamente, en el abuelo oscilando adelante y atrás en el establo y en la cara severa de la abuela entre las sombras; está viendo a mi abuelo lanzar la cuerda sobre la viga y subirse a la banqueta del establo, pero no lo detiene, y no entiendo por qué, y no sé si eso será verdad. Tal vez sea algo que he soñado, pero eso es lo que veo y no tiene sentido. Pero da igual porque lo que siento con más claridad son las dos botellas de cerveza que me he bebido con el estómago vacío. En algunas de las mesas, las mujeres miran a Jesper; entiendo que no saben quién soy, porque a mí también me miran, y es evidente que me odian con todas sus fuerzas. Eso me hace reír. Jesper me va llevando al son de la música, siento su mano firme contra la espalda. Todo el mundo sabe quién es él y yo soy la mujer secreta.

II

Cuando llegaron los alemanes yo tenía catorce años y medio. El 9 de abril nos despertó el zumbido de los aviones; pasaron tan cerca de los tejados de la ciudad que, al asomarnos por las ventanas y mirar hacia arriba, pudimos ver las cruces de hierro pintadas debajo de las alas. En el fondeadero frente al puerto estaba anclado el buque de la marina *Peder Skram*, pero se mantenía muy tranquilo y no lanzó un solo disparo.

Todavía hacía frío. Ese año el invierno había sido muy duro, los rompehielos habían estado muy activos a lo largo de la costa y por el malecón, y el viento había llegado desde el mar del Oeste y sobrevolado la tierra firme; todavía quedaban cúmulos de nieve en los campos, en los caminos que conducían a las granjas y en el bosque de Vannverk, que ascendía hacia Flade Bakker y la iglesia en cuyo cementerio descansaba mi abuelo.

Por la tarde apareció un hombre en bicicleta por la calle Lod. Llevaba un gorro con orejeras y en torno al cuello una bufanda.

–¡Que vienen! ¡Que vienen! –gritaba.

Tuve la impresión de haber oído antes ese grito. Nos levantamos de la mesa, dejamos la tarta sin tocar y salimos juntos a la calle. Del puerto llegaban los pescadores y los trabajadores de los astilleros vestidos con sus monos, en la taberna Færge la puerta se abrió y de dentro salieron los empleados con el propietario a la cabeza, ya iba bebido, y Herlov Bendiksen se asomó a la verja con la barriga cubierta por un delantal sobre el que centellearon astillas de cristal mientras estuvo quieto, y aún más cuando empezó a andar. Se formó una pequeña procesión de personas que no decían

ni una palabra, solo se oían los pasos contra los adoquines, y finalmente nos agolpamos en la acera para ver llegar la primera columna. Esta no apareció, así que recorrimos la calle Danmark hasta casi llegar a la plaza Nytorv y allí nos quedamos, frente a las oficinas del periódico local. Una figura masculina salió a toda prisa por la puerta y arrancó las últimas ediciones que estaban clavadas en un tablero en la pared, dejando vacío y reluciente aquel espacio que siempre había estado lleno. Era mi hermano Jesper.

–¡Hola, hermanita! –gritó desde el otro lado de la calle, y yo lo saludé con la mano.

Miró a su alrededor, se inclinó hacia delante con las manos sobre las rodillas y puso el culo en pompa en dirección a aquellos que iban a entrar en la ciudad por el sur. Un hombre se echó a reír y, al poco, nos reíamos casi todos los presentes. El sonido pareció extrañamente solitario entre las casas, porque por lo demás todo estaba en silencio; Jesper nos saludó con el puño cerrado.

–¡No pasarán!* –gritó, y desapareció hacia el interior de las oficinas tan rápido como había salido.

El único que no se rió fue mi padre. Me agarró del hombro.

–Ahora tenéis que comportaros como niños daneses –dijo.

Se había hecho un lío; yo era la única que estaba presente y a él se le había olvidado que ya no era una niña. Hacía casi tres años que tenía la menstruación y uno que había dejado de crecer, pero incluso a mí misma se me había olvidado y supongo que simplemente quería decir que nos comportáramos con naturalidad, como habían aconsejado en la radio.

–Descuida, lo haremos –respondí–. Nos vamos a quedar mirándolos muy tranquilitos y ni siquiera les vamos a sonreír.

Permanecimos allí mucho tiempo. No apareció nadie. Al final, algunos empezaron a regresar a sus casas y, al cabo de un rato, mi padre volvió a la

nuestra, pero yo me quedé allí, con la mirada clavada en la puerta del otro lado de la calle.

Salieron tres hombres. Los dos primeros caminaron tranquilamente por la acera, el tercero miró a derecha e izquierda antes de echar a correr, rodear el edificio y meterse por un callejón con un paquete de papel gris bajo el brazo. Después salió Jesper. Me vio de inmediato y cruzó. Tenía una expresión tensa en la cara y caminaba rápido, oí sus tacones retumbar en la calle, que de nuevo estaba en silencio.

–Vamos –dijo cogiéndome del brazo–, vámonos a casa.

Los pocos que seguían allí lo miraron con expectación, pero él no quiso decir nada hasta que nos hubimos alejado un trecho. Era como en una película del Teatro Palad: grupos de gente que susurraban entre ellos, una cola ante la Caja de Ahorros porque todo el mundo quería sacar su dinero, ojos asustados tras los cristales de las ventanas y Jesper, que miró por encima del hombro antes de inclinarse hacia mí.

–Los alemanes han matado a cinco soldados daneses en la frontera –dijo.

Vi cinco cuerpos tirados en la línea sobre la que nos íbamos a abrazar Helga y yo; ahora la línea no era visible porque los cuerpos la cubrían por completo y, desde un alto, corrían arroyos de sangre hacia ambos lados, hacia ambos países, y quizá Walter fuera uno de los que había disparado.

–Entonces, ¿estamos en guerra?

–¿En guerra? ¡Yo no veo a nadie luchando en este maldito país! ¿No has oído a Stauning por la radio? ¡Comportaos con naturalidad! A esos cinco los han sacrificado para salvar la cara. Ha sido un asesinato. Y ahora tenemos que comportarnos con naturalidad.

–¿Cómo te has enterado de todo eso?

–Trabajo en un periódico. Tenemos teléfono, joder.

Al entrar por la verja de la calle Lod, no subimos al apartamento, sino que, a través del patio, nos dirigimos hasta donde teníamos aparcadas las bicicletas, las cogimos y luego iniciamos con ellas un recorrido en zigzag por callejas secundarias hasta salir de la ciudad por el sur. En cada manzana mirábamos hacia la calle principal para comprobarlo, pero seguía sin aparecer ninguna columna alemana. A la altura de Møllerhuset tuvimos que salir a la carretera de Sæby porque las demás rutas eran infranqueables a causa del hielo y, en algunos sitios, la nieve bloqueaba los caminos. Estaba siendo una primavera fría y cuando, a la altura de la playa de Bangsbostrand, dejamos de estar guarecidos del viento, noté que me helaba hasta la médula y me sentí desamparada; estábamos completamente solos en el camino, con el mar abierto, frío y gris enfrente y sin nada que se interpusiera entre nosotros y lo que se avecinaba. Jesper iba muy rápido y yo le seguía el ritmo amortizando las horas con la bicicleta del reparto; pero si eso le impresionaba, no lo demostraba.

Justo antes de llegar a Understed, a medio camino entre nuestra ciudad y Sæby, mi hermano frenó la bicicleta, desmontó y se puso en cuclillas, aguzando el oído. Lo mismo hice yo y lo que oímos fue el futuro. Un débil zumbido a través del frío, un zumbido que crecía sin dar señales de ir a mitigarse, un zumbido sin marcha atrás; Jesper se enderezó con un estremecimiento y se restregó los hombros antes de mirar hacia la costa. Una abrupta pendiente helada conducía desde la carretera hacia la playa, luego se volvió y paseó la vista por las suaves cuestas que subían hacia Understed. Las casas bajas con sus tejados rojos apenas se veían en lo alto y la pequeña escuela que se llamaba Vangen quedaba oculta entre unos árboles. Durante varios años mi padre había acudido allí a pie todos los días, con pantalones cortos y gorra, yendo y viniendo desde Vrangbæk, que estaba situada más lejos de la costa. Yo misma había recorrido muchas veces aquel trayecto en

bicicleta. La escuela quedaba lejos, pero en aquella época mi padre todavía tenía la espalda derecha.

Un camino de carros medio oculto por la nieve subía por los prados, Jesper lo señaló.

–Es nuestra única posibilidad –dijo–. Vamos a escabullirnos por ahí. Rápido.

Era muy duro subir pedaleando, así que desmontamos, cogimos las bicicletas del manillar y las arrastramos hasta el prado en el que desembocaba el camino de carros; sentía que la respiración me arañaba la garganta y oía a Jesper jadear justo delante de mí. En la cumbre encontramos un montón de estiércol semiderretido, destinado a cubrir los campos tan pronto como la primavera llegara en serio. Si es que llegaba. Desde el prado veíamos perfectamente la carretera en ambas direcciones y, en el fondeadero, la sombra gris del *Peder Skram*, que se mantenía muy tranquilo; sobre el agua había un vapor fino como una gasa, un apacible velo entre la tierra y el mar. Entonces llegaron los alemanes.

Primero aparecieron dos motos con las metralletas asomando de los sidecares, de los soldados que sostenían las armas solo veíamos los cascos. Luego llegaron los tanques, los camiones cargados con más soldados dispuestos en dos filas, cara a cara, los remolques con cañones y dos coches con ametralladoras en el techo, y después otra vez camiones. Todo ello formaba una hilera interminable de cascos sin cara, que generaba un zumbido infinito que absorbía todo lo que lo rodeaba hasta tal punto que me resultaba imposible notar si estaba respirando. Y puede que no respirara porque no quedaba aire suficiente para los demás. Pero oí a Jesper resollar, un sonido débil y agudo; tenía la cara blanca y se llevaba las manos al cuello como si se estuviera ahogando. Luego aparecieron las lágrimas, que cayeron en dos cascadas desde sus ojos. Se pasaba el dorso de la mano por debajo de la nariz y resollaba una y otra vez, sin ningún control, como un hermano menor. Miré

la columna que avanzaba severa, inquebrantable y reluciente, marchando hacia nuestra ciudad, y entendí que el «¡No pasarán!» ya no tenía vigencia, y que eso era lo que estaba viendo Jesper: que era demasiado tarde. Entonces también yo rompí a llorar. Me tuve que apoyar en el sillín de la bicicleta porque las piernas ya no me sostenían, el zumbido hacía que me temblaran, y vibraran, hacía que vibrara toda la tierra.

Junto a mí, Jesper soltó la bicicleta y empezó a hablar, primero en voz baja y luego cada vez más alto.

–Me cago en Dios –dijo–. Me cago en Dios, joder, me cago en Dios y en su puta madre.

Y cuando levanté la vista vi que tenía la mano hundida en la capa superior del montón de estiércol medio derretido. Arrancaba grandes pedazos que lanzaba por la pendiente y, aunque no llegaban muy lejos, tuve miedo de que los soldados se volvieran, nos descubrieran y nos abatieran en aquel lugar desguarecido, porque, además, mi hermano estaba gritando.

–El futuro es una mierda –decía, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas–. El futuro es una puta mierda, exactamente como esto. ¡Tomad mierda, cerdos nazis! ¿Me oís?

Y del montón sacaba más grumos medio congelados y los arrojaba tan lejos como podía, pese a que ellos no lo oían. Ni un solo casco se volvió y los cañones de los fusiles seguían apuntando al cielo. Al final Jesper se rindió. Se quedó de pie, con los brazos colgando y cubiertos de restos de excremento de vaca hasta más arriba de los codos. Respiraba con dificultad y guiñaba una y otra vez los ojos; recorrí los pocos pasos que nos separaban y le sequé las mejillas con mi pañuelo.

–Desearía –dije–, desearía que uno de esos coches se saliera de la carretera y desapareciera.

Y apenas había acabado de decirlo cuando oímos un estruendo allá abajo. Uno de los camiones se había salido de la carretera, las ruedas traseras habían

derrapado sobre el hielo y el vehículo cargado de soldados había volcado por encima del borde. El estruendo lo producían las ruedas girando en el aire. A continuación el vehículo desapareció, la parte de atrás primero, y cayó por la pendiente hacia la playa, y los soldados chillaron y saltaron a ambos lados.

Creo que nadie resultó herido, pero de pronto faltaba un eslabón de aquella inquebrantable cadena.

–Caramba, hermanita –comentó Jesper entre dos profundas bocanadas de aire–, no ha estado mal. –Y sonrió por primera vez aquel día.

Dos soldados alemanes lloran de pie en el muelle. No están juntos, sino uno a cada lado de la pasarela de un buque de tropas. Uno de ellos está vuelto hacia la cuesta de Pikker, tras la ciudad, y el otro hacia el astillero, pero no sé si estarán viendo nada. Son jóvenes, no mucho mayores que Jesper, y los mandan a Noruega. En Noruega hay guerra, en Dinamarca las cosas están tranquilas. En Dinamarca han estado bien.

–Se beben la nata directamente del cubo –exclama mi padre, y lo dice en sentido literal–. Entran derechito desde la calle y se beben la nata directamente del cubo.

El bigote se le ha puesto gris y tiene las sienes canosas; yo lo encuentro elegante. Echa el humo del puro al aire y el viento lo devuelve a mis ojos hasta que me empiezan a correr las lágrimas. Veo el mundo a través del mismo velo que los soldados, con un oleaje en sus uniformes verde grisáceo, y me resulta irritante. Guiño los ojos e intento enfocarlos; el que está mirando el astillero mueve los labios.

–¿Qué está diciendo?

–Dice *Mutti*, «mamá».

–Yo nunca diría eso. Yo nunca me plantaría ahí a llorar y a llamar a mi madre –digo, secándome los ojos con la manga de la camisa.

–Quizá sí, quizá no –contesta mi padre. Me acaba de contar que no podré seguir estudiando ni hacer el bachillerato. Por eso estamos dando un paseo. Soy la mejor alumna de los que hemos acabado el grado medio. Tengo un sobresaliente de media–. Lo hemos hablado y estamos de acuerdo –dice,

refiriéndose a él y a mi madre, pero sé que es ella quien lo ha decidido. Él simplemente está siendo leal.

–Puedo trabajar por las tardes y los fines de semana. Soy capaz, soy fuerte.

–Claro que sí. Pero no es solo por el dinero. Además está la guerra.

–¿Qué guerra? Pero si en este país nadie está luchando. –Me vuelvo hacia uno de los soldados y le grito–: ¡EN ESTE PAÍS NADIE SE ATREVE A LUCHAR!

–¡Calla, niña! ¿Cómo se te ocurre?

No sabe qué hacer, así que me tapa la boca. Su mano huele a serrín y a pulimento. Se la aparto y él no me lo impide.

–¡Es la verdad!

El soldado no entiende lo que digo. Llevan en el país dos años y no comprenden una palabra de danés. Lo único que hacen es desfilar, cavar diques y bañarse en la playa de Frydenstrand. Se me hace un nudo en el estómago y doy un paso hacia el que ha dicho «mamá».

–*Kommst du von Magdeburg? Heisst du Walter? Ist Helga die Name deiner Schwester?**

Se vuelve despacio, tiene la mirada acuosa y la nariz enrojecida; se seca los ojos con el dorso de la mano, como un niño.

–*Nein* –dice y niega con la cabeza.

–Idiota –le digo.

Y eso sí que lo entiende. Lo veo secarse. Echa mano a la correa del fusil y le cambia la mirada. Mi padre me coge por el hombro.

–Ahora vamos a irnos con mucha calma, ¿queda claro? –me susurra al oído con dureza.

Su gran mano me aprieta la clavícula, me duele, y, mientras andamos, noto constantemente al soldado a nuestras espaldas con la mano sobre el fusil, el andar rígido de mi padre y su cuerpo duro. Tengo el sol en la cara, veo destellos y un oleaje azul, pero no levanto el brazo para protegerme; me limito a guiñar los ojos y no me sirve de nada. Es junio y aun así noto el frío

en la espalda, como si unos feos témpanos de grueso hielo presionaran contra el malecón, como si todo el puerto estuviera helado, sin salida.

Cuando llegamos a la plaza del puerto, ante el hotel, me sacudo la mano de mi padre y lo dejo subir solo por la calle Lod, en dirección a mi madre, que sin duda estará esperando junto a la ventana. La tienda ya está cerrada por hoy y del astillero llega una corriente de obreros en bicicleta y vestidos de azul. Mi padre ha dicho que solo íbamos a dar un paseo y yo he ido con él porque hace mucho tiempo que no oigo su voz sin que estemos rodeados de otra gente en el pequeño apartamento.

Me detengo en la calle Skipper y miro hacia atrás. Mi padre se ha quedado parado en la plaza, con las manos colgando a ambos lados y el puro apagado en la boca. No sabe qué camino tomar. Parece un hombre pobre, un hombre sin hijos ni protección, completamente solo en el mundo, y pienso que debería acercarme a él, decirle que no importa, que nada importa. Pero no es verdad.

El buque alemán está oculto detrás de las grúas del astillero y veo que no hay hielo ni en la dársena ni en el mar, pero desde donde me encuentro la abertura del malecón resulta invisible. Solo veo dos largos brazos que se estiran desde el norte y el sur, formando un anillo que rodea nuestra ciudad y nos encierra.

Mi padre permanece mucho rato parado en la plaza. Yo me quedo quieta el mismo rato, mirándolo. Él sabe que estoy ahí, pero no se vuelve hacia mí. Nos estamos esperando el uno al otro. Al final enciende de nuevo el puro y echa a andar despacio, pasa por delante del Cimbria y sube por la calle Havn en vez de ir hacia casa. Quizá vaya a la taberna Vinkjælderen o a un local de la calle Sønder donde ha empezado a jugar al billar. No ha ido al Aftenstjernen desde que nos mudamos de la parte norte de la ciudad.

Entonces yo también me vuelvo y empiezo a subir por la calle Lod. Veo a mi madre con el rabillo del ojo, vigila la calle desde la ventana y espera, como yo suponía, pero no miro hacia arriba. Solo entro en el patio para buscar mi bicicleta y salgo con ella antes de que mi madre pueda bajar la escalera y llegar a la verja.

Tomo el paseo Rose para salir de la ciudad hacia la Escuela de Marineros. Veo al padre de Lone cortando la hierba por fuera de la valla. Mantengo la mirada al frente e intento pasar desapercibida, pero él se da la vuelta.

–Buenas tardes, jovencita. ¡Nos vemos en otoño! –me grita.

Antes era director del colegio, ahora lo es del instituto de bachillerato y, como todo el mundo, piensa que seguiré estudiando allí. Mis notas aparecieron en el periódico, como se hace siempre con el mejor alumno al terminar el grado medio, y fue Jesper quien compuso las letras. Consiguió hacer un marco que rodeaba mi nombre y mis notas, de modo que estas se percibían tan pronto como se abría la segunda página. Me resultó embarazoso y pasé tres días sin salir a la calle. «Mi mejor trabajo hasta ahora», dijo mi hermano, que querría haber usado letras góticas para proporcionarle más dignidad al asunto, pero no quedaban suficientes tipos. Los alemanes los habían desgastado todos y, al pensarlo más tarde, llegué a la conclusión de que parecía una esquela.

El padre de Lone ya solo es el padre de Hans y no entiendo por qué me habla, hace años que soy un tabú. Pero quizá no le queden muchos amigos. Es miembro del partido laborista nacional-socialista de Dinamarca y, según Jesper, aquello es todo menos un partido obrero.

–El que es menos de entre ellos se llama conde Bent Holstein, conde Knut Knuthenborg, conde Rathlau o Sehested, maestro real de caza.

Y ni siquiera son daneses, sino importados del sur, como la fiebre aftosa del ganado. Muchas granjas han sufrido las consecuencias de esa enfermedad. En Vrangbæk hubo que sacrificar todas las reses, la abuela ha

vendido la granja y se ha mudado a una residencia de viejos amargados situada en Sæby, donde ahora se pasa el día en una silla, insultando a cualquiera que se atreva a acercarse.

Así que Vrangbæk ha desaparecido para siempre y a nadie le da pena, a excepción de mi madre, que no se cansa de su sempiterno:

–Nos podría haber dejado una casa.

Todo eso ha quedado atrás, ya no recorremos ese camino en bicicleta, pero por las noches monto a Lucifer por los senderos del jardín chino, detrás de la casa. Se ha convertido en un bosque de árboles tan altos como el cielo, y el sol y la luna los alumbran al mismo tiempo. Los cascos retumban sobre los puentes de madera y yo, sudada y acalorada, siento el viento contra el pecho y los movimientos de Lucifer entre las piernas; aprieto los muslos, me inclino hacia delante y me agarro con fuerza a las crines para no caerme.

Pero el jardín chino ha sido destruido y transformado en una gravera que vende arena y grava a altos precios a los alemanes; estos necesitan grandes cantidades para construir los búnkeres, las barreras antitanque y las fortificaciones para la Batería Sur en las colinas junto a Understed. Pero nada de esto hace mella en el padre de Lone, porque él ha escogido otro país que no es el nuestro.

–*Wir sehen uns niemals, Herr Oberhauptbahnhof* * –le grito al pasar por delante en la bicicleta.

Y pienso: «Chúpate esa». Pero no me produce ninguna alegría, porque, al fin y al cabo, yo querría verlo el otoño que viene en el instituto de bachillerato de Hjørring y, al volverme, veo a un entristecido nazi en el camino, con unas tijeras en la mano, alguien que apoya a los alemanes porque estos tienen una visión científica de la vida y aprecian las posibilidades de las hormigas en el mundo de las personas.

Marianne vive en una casa de ladrillo situada en el límite entre la ciudad y el campo, más allá de la zona de clase alta y vallas blancas, más allá de la Escuela de Marineros, en el ventoso páramo detrás del camino Nordre Strandvei. La vieja cabaña de Jesper no queda muy lejos de allí en línea recta, pero para llegar a ella hay que recorrer la orilla del arroyo Elling, alejándose del mar hasta llegar al puente de la carretera de Skagen y luego tomar el sendero del arroyo otra vez de vuelta por el otro lado. Eso es lo bueno de esa cabaña. A casi todo el mundo le da pereza ir.

Si Lone procedía de un hogar con clavicordio y yo de uno con piano de cine, Marianne viene de uno con armónica. Tiene cuatro salvajes hermanos que son menores que ella, su madre ha muerto y su padre es cochero. Así se denomina a sí mismo: cochero Larsen. Durante el invierno recorre las playas y recoge los maderos que ha arrastrado el mar, los árboles que se han partido durante las tormentas del otoño y algunas veces, en la oscuridad, se adentra en el bosque de Vannverk y consigue madera rozando la ilegalidad. Luego la trocea a la longitud adecuada y la apila en grandes montones por todo el patio para que se seque; emite un aroma que me atonta. Cuando llega el otoño, sale con el carro y vende la leña en sacos y brazadas a aquellos que se la quieran comprar, en una ciudad donde la mayoría solía usar carbón para las estufas y ahora usa turba seca a causa de la interrupción del comercio con Inglaterra. De eso no se saca gran cosa.

Al principio tenía un carro y un caballo, después un pequeño camión que aparcaba en el establo y ahora vuelve a tener caballo, porque la gasolina está racionada. Vehículo y caballo comparten el establo. El camión se está oxidando por un lado, por donde entra el viento salado procedente del mar, y el caballo le da coces por el otro cuando siente que le falta espacio. Eso es lo que mejor recuerdo de aquel lugar: el aroma de la leña secándose al sol, el relinchar del caballo en el establo y los golpes de los cascos herrados contra la carrocería. El animal se llama Jeppe por la comedia *Jeppe en la montaña*,

de Holberg, porque tiene tanta sed como su protagonista y ni el camión ni Jeppe son trasladados de sitio porque el cochero Larsen conoce a su caballo y opina que tiene derecho a dar coces.

–Es bueno con los animales, eso hay que concedérselo –dice Marianne, y no profundiza más en el asunto.

Cuando tenía trece años y perdió a su madre, ella ocupó su lugar, y demostró que era capaz de hacerlo; no le quedó más remedio, porque de lo contrario habrían aparecido los servicios sociales para llevarse a sus hermanos y distribuirlos por las granjas del municipio como zorros plateados.

Marianne tiene cigarrillos y cerveza. Me presta un bañador y nos vamos en bicicleta al norte de la playa de Frydenstrand. Los soldados alemanes han construido un espigón de maderos que llega más allá del tercer banco de arena, donde el agua es más profunda. Nos sentamos en la playa, al resguardo de una duna, y fumamos unos cigarrillos Virginia que Marianne ha conseguido no sé dónde, mientras bebemos cerveza Tuborg y miramos a los soldados zambullirse y nadar. Nos echan una ojeada al pasar corriendo y resulta difícil no coquetear un poco. Son como chiquillos en un campamento de verano. Sin el uniforme no parecen tan peligrosos. Sonrío, pero los odio.

Apago el cigarrillo contra la arena y tomo un gran sorbo de cerveza. Está caliente y tiene sabor a vergüenza.

–¿Has visto qué chulitos son? –pregunta Marianne.

–Muchos de ellos saldrán pronto para Noruega. Seguro que allí no lo son tanto.

Un soldado alto y rubio pasa corriendo, sonrío y nos saluda con la mano, pero yo ya he sonreído bastante por hoy.

–Casi es una pena. Ese de ahí tiene unos muslos preciosos. –Marianne le devuelve el saludo.

–No hagas eso. Es un enemigo, joder.

–Eso ya lo sé. Pero hay que admitir que es guapo. Seguro que en Alemania tiene una joven esposa que se dedica a escuchar a Sara Leander en la radio de su salón mientras teje calcetines de lana con un niño rubio en la barriga. Y ahora a este lo mandarán con los feroces noruegos y puede que los calcetines no lleguen a tiempo. Pobre hombre.

Está intentando retornar a terreno seguro, se lo noto, y aun así me pongo furiosa. Pero Marianne es ahora mi mejor amiga.

–Cuando acabe la guerra, me marcho –me limito a decir.

–Quizá todavía no hayas acabado el bachillerato. Al fin y al cabo, eres la esperanza de todo el mundo, la única que tenemos.

En otoño Marianne empezará a trabajar como dependienta en Damsgaard. Conseguirlo les costó dar mucha madera gratis, pero ya han cerrado el acuerdo. Yo soy, o era, la única que tenía un «futuro» de entre los que veníamos de más allá de las vallas blancas.

–No voy a hacer el bachillerato. No me dejan.

–¿Cómo?

–No me dejan. Además, me da igual, de todos modos me voy a marchar.

–¿Adónde irás?

–A Siberia.

–¿A Siberia? ¿Cómo llegarás hasta allí? Eso es imposible.

–Me haré comunista y me marcharé a la Unión Soviética, y entonces me dejarán viajar en el ferrocarril Transiberiano.

–Pero sabes que en Siberia hay campos de prisioneros, ¿no?

–Propaganda nazi –replico, pero no suena convincente y en realidad no estoy segura. No estoy segura de nada, así que digo–: No te enfades. No quería decir que fueras nazi. ¿Tienes otro cigarrillo?

Marianne tiene otro y no está enfadada. Cojo uno y lo enciendo, aunque la verdad es que ya no me apetece fumar más, tengo la boca seca y pienso: «No

debería haber dicho eso de Siberia». No sé por qué lo he hecho, hacía mucho que no pensaba en Siberia. Ahora tiene que ocurrírseme algo más para que se le olvide y más tarde recuerde otra cosa en vez de eso.

–Tendrías que haber visto cómo volvió Jesper a casa el otro día –digo.

A todas las chicas que conozco les gusta mi hermano, algunas incluso están abiertamente enamoradas. No tienen vergüenza, por las noches se acuestan pensando en él y luego me lo cuentan riéndose. Jesper es de propiedad pública. No sé cuándo pasó a ser así.

Marianne levanta la cabeza.

–¿A qué te refieres? –pregunta.

Y yo se lo cuento, aunque no se lo cuento todo.

Cuando comenzó el toque de queda a las diez de aquella noche, Jesper estaba fuera. Había pasado por casa después del trabajo para comer y había vuelto a salir. Pero no estábamos preocupados, pensamos que se habría quedado a dormir en casa de algún amigo y que iría al trabajo desde allí. Lo hace con frecuencia. Yo me acosté a las once. Estaba dormida y, en el sueño, llamaban al cristal. Era un sonido familiar. Me levantaba, me acercaba a la ventana del desván de Vrangbæk y miraba hacia el jardín chino. Sabía que Jesper estaba allí fuera, colgando del tejado, y tenía miedo de que se cayera, porque llevaba mucho tiempo colgando, varios años. Abría la ventana y de pronto era de día. A la luz del sol veía las excavadoras arrasar el jardín y a mi hermano rodando ante una de las palas con un abrigo de soldado. Tenía grandes heridas en la cara.

–¡JESPER! –gritaba, pero él sonreía y me saludaba con las manos vendadas.

–No pasarán, * hermanita –decía.

Y su voz era tan clara y tranquila que me calmaba a mí también, me convencía de que todo estaba bien, que él sabía lo que se hacía y que aquello

formaba parte de un plan que yo desconocía, así que cerraba la ventana, porque tenía sueño y quería seguir durmiendo. Y entonces volvía a ser de noche. Me acurrucaba bajo el edredón, pero seguían llamando al cristal. Abrí los ojos y me levanté. Ahora estaba más oscuro y me llevó tiempo entender que se debía a las cortinas opacas que tapaban las ventanas. Las aparté y vi la cara de Jesper pegada al cristal, tenía un ojo cerrado y le salía sangre de un corte en la mejilla. Sonrió como en el sueño.

–¡Abre de una vez, joder! –susurró bastante alto.

Descorrí los pasadores, empujé la ventana hasta abrirla, lo agarré de la chaqueta y empecé a tirar de él. Pesaba, pero Jesper no me ayudaba gran cosa porque se apretaba algo contra el pecho y no quería soltarlo; no hacía más que escurrirse por encima del marco. Se le cayó algo de debajo de la chaqueta que chocó con un golpe contra el suelo de la habitación y detrás cayó él, con las manos todavía contra el pecho. Debió de hacerse daño en la cara. Me agaché rápidamente y recogí lo que se le había caído. Era una pistola, una Luger alemana. La sentí caliente en mi mano debido al calor del cuerpo de mi hermano y me pareció distinta de cualquier otra cosa que hubiera sostenido nunca; dura y real. Jesper se arrastró hacia la pared entre las camas y se sentó en el suelo. Alargó la mano y le di la pistola; debía de parecer asustada, porque se la puso contra el pecho y la sostuvo como a un niño.

–Tranquila, el tipo no sabe que no la tiene, y además éramos muchos; nunca lo volveré a ver –dijo, limpiándose la mejilla; la mano se le manchó de sangre y él la miró como si fuera algo completamente inesperado, luego volvió a sacar la pistola y la miró con el mismo asombro. Finalmente reclinó la cabeza contra la pared, cerró los ojos con la pistola en el regazo y dijo–: Bueno. Estamos listos. No tardará en empezar.

No le hablo a Marianne de la pistola y tampoco del sueño, solo le cuento que

Jesper se peleó con un soldado alemán y le describo el aspecto que tenía cuando abrí la ventana y cayó contra el suelo, entrando en la habitación con la cara por delante. Con eso basta y sobra. Marianne ya no piensa en otra cosa.

–Pobre Jesper. Le curarías las heridas, ¿no?

–Por supuesto que sí –respondo, y es verdad, pero al ver la cara de Marianne me arrepiento de haber mencionado el asunto.

Se ha levantado viento y no es cálido. Ha pasado de ser una suave corriente a brisa, y quizá más aún, ahora viene del norte; siento la carne de gallina en los muslos y la espalda. Me echo la toalla por encima de los hombros, me agacho y doy una última calada al cigarrillo. El viento agita el carrizo y levanta la arena y los granos se estrellan contra mi cara y mi pelo, de modo que tengo que volverme y hablar a Marianne de espaldas.

–¿Vamos a bañarnos o vamos a quedarnos aquí sentadas?

Los soldados se han ido del espigón y han subido a la caseta para cambiarse. Oímos sus voces y sus risas detrás de las paredes desconchadas, y a mí me inquieta esa lengua extranjera que conozco, pero con la que no me siento cómoda. Me levanto, deambulo. Marianne mira el cielo. Sigue igual de azul.

–No prometo nada –dice.

En el espigón hace aún más frío. Nos apretamos los brazos contra el cuerpo y avanzamos con prudencia sobre los maderos astillados. Marianne dice «ay» cada dos pasos. Va dos metros por delante de mí y se muestra reluctante y estirada. Eso me molesta. El día ha perdido su sentido, ha pasado a ser irreal.

«Lo tachamos –habría dicho Jesper–, simplemente lo vamos a arrancar del calendario.»

–No se puede tachar –digo en voz alta.

–¿Qué es lo que no se puede tachar?

–Este día no se puede tachar.

–¿Por qué habría que hacerlo? –Marianne se vuelve. Yo me detengo, tengo tanto frío que me castañetean los dientes. Ella ladea la cabeza y me mira—. Pero si estás triste de verdad. ¡Mira que no haberme dado cuenta enseguida!

Regresa junto a mí y, al abrazarme, se le cae la toalla; eso me hace sentirme un poco mejor al instante. Marianne está seca y cálida y me protege del viento. Cierro los ojos. Al abrirlos veo al soldado rubio por encima de su hombro. Debía de estar en el agua mientras nos acercábamos, o tal vez escondido bajo el espigón, y ahora ha subido y está parado en la punta que da a mar abierto mirando hacia nosotras. Tal vez nos esté esperando. Ya solo quedamos nosotros tres.

–Marianne –digo–, date la vuelta.

Ella lo hace.

–Uf –dice–, el hombre de los calcetines. No nos queda ni cerveza ni cigarrillos. Nos va a violar. Puede que haya llegado nuestra última hora.

–No lo creo.

Él desliza los talones hasta el borde, se balancea un momento sobre los dedos de los pies y levanta los brazos a los lados. Va a zambullirse, nos va a enseñar lo bien que lo hace, pero no conoce el medio. Cuando llegamos había marea alta, ahora ha bajado. Cada media hora, el mar desciende un metro y en este momento uno no se puede zambullir. Por lo menos no de espaldas. Pero él alza los brazos hasta unir las manos sobre la cabeza, se agacha, coge impulso y se lanza describiendo un gran arco hacia atrás para desaparecer tras el borde del espigón. Nosotras contenemos la respiración esperando que vuelva a salir. Pero no sale.

Marianne me mira y se muerde el labio.

–El agua no cubre lo suficiente –dice. Echamos a andar hacia allá. El espigón es largo, hay más de cien metros hasta la punta, y nosotras no caminamos deprisa–. Imagínate que se ha muerto –añade Marianne.

No respondo, empleo la poca voluntad que me queda para continuar. Finalmente llegamos a la punta y miramos el agua. El joven flota un poco por debajo de la superficie, con el cuerpo estirado, y se mueve lentamente con la corriente del arroyo Elling, que desemboca algo más al norte, después de discurrir un buen trecho a lo largo de la playa antes de doblar hacia el mar. El silencio es absoluto y su pelo rubio se agita de acá para allá.

–Se ha ahogado –dice Marianne a media voz. De pronto es incapaz de estarse quieta; se aprieta con fuerza el pecho con ambos brazos, se suelta y se agarra la mandíbula como si le dolieran las muelas, levanta una pierna y la vuelve a bajar, levanta la otra y la baja también–. Se ha ahogado, se ha ahogado –repite con un hilo de voz.

–No del todo aún –digo.

Está desmayado, de su boca abierta salen pequeñas burbujas que ascienden hacia la superficie. Pienso en señales de humo, en mensajes procedentes de lejos que he de descifrar, y me obligo a calmarme, me concentro y me agacho, con la vista fija en las burbujas; escucho.

–Es un enemigo –dice Marianne a mis espaldas.

Es verdad. Me incorporo de nuevo. Quizá dejar que el soldado se ahogue en este momento forme parte de la guerra. Pero en este país nadie está luchando, todavía no. Las burbujas se espacian, luego se detienen del todo, y entonces salto.

Caigo justo al lado de su brazo, cuando piso el fondo el agua me cubre hasta el pecho. Yo mido 1,62, él debe de medir 1,92; al principio me aparto, porque su cuerpo blanco me resulta repulsivo y me hace pensar en el Hombre de Danzig en el fondo del mar, pero luego lo agarro del pelo, le saco la cabeza a la superficie y lo cojo por debajo de la barbilla para que mantenga la boca fuera del agua. No respira, pero empiezo a arrastrarlo hacia tierra. Me cuesta y avanzo demasiado despacio debido a la resistencia del agua, así que me echo hacia atrás y empiezo a nadar a espalda mientras sigo sosteniéndolo

por debajo de la barbilla. Miro el cielo azul que se extiende por encima del mundo y el soldado no se mueve. Yo tampoco me muevo y entonces giro la cabeza y empiezo a contar los pilares que sostienen el espigón durante todo el camino, para no perder el ánimo. Oigo a Marianne por encima de las tablas, corre de acá para allá gritando, pero no entiendo qué grita. Quizá me esté regañando. No me importa. Dejo de nadar cuando noto que el fondo de arena me raspa la espalda. Me echo hacia atrás hasta recostarme, y me habría encantado quedarme así un rato, pero tengo la cabeza de él sobre el estómago. Me resulta pesada y alemana; me lo quito de encima, lo agarro de un brazo y lo arrastro fuera del agua. Me tiemblan las piernas, siento el viento frío contra mi espalda mojada y pienso que no pienso nada. Marianne está detrás de mí, o quizá sea alguna otra persona, la oigo respirar pesadamente, pero no me vuelvo; tiendo al soldado de costado, le meto el dedo en la boca, le aplasto la lengua y le clavo la rodilla en el estómago varias veces, hasta que el agua empieza a salir y a extenderse como una gran mancha oscura sobre la arena blanca. Lo vuelvo a tumbar boca arriba, me inclino sobre él, coloco mis labios sobre los suyos y le tapo la nariz; empiezo a introducirle aire en los pulmones a un ritmo constante. Continúo hasta que noto que me estalla el pecho y la vista se me nubla. De pronto, empieza a toser. Levanto la cabeza; le he salvado la vida. Estaba en el mar y ahora está vivo, como Jesper junto al malecón, cuando lo saqué del agua y lo liberé del abrazo del Hombre de Danzig. Pero he estado más cerca de este soldado enemigo de lo que lo estuve de mi hermano, todavía lo siento en los labios y, al comprenderlo, lo abofeteo con fuerza.

Marianne grita mi nombre. Me levanto despacio. Todos los soldados han acudido desde la caseta y ahora me rodean en completo silencio, con los uniformes puestos; y me miran la mano.

29 de agosto de 1943. ¡Por fin!

Jesper salió temprano, pero no fue al trabajo. A lo largo del día hubo altercados y enfrentamientos en todas las grandes ciudades, además de explosiones provocadas por los sabotadores. En Ålborg, los soldados alemanes dispararon contra la multitud para dispersarlos y más de trescientas personas acabaron en el hospital, trece de ellas muertas.

Mi hermano regresó a casa justo antes del toque de queda. Parecía cansado y más tarde he pensado muchas veces que, si había montado todo aquel jaleo, no era de extrañar que estuviera tan cansado. Todo aquello no lo había montado él, claro, pero una parte sí.

Cenamos en silencio, excepto por el tictac del reloj de pared y el tintineo de las cucharillas contra las tazas. En un momento dado oímos un disparo. Mi padre dejó de masticar, miró hacia la ventana y apretó las mandíbulas hasta que se le abultaron a ambos lados, pero Jesper no levantó la vista del plato. Cuando acabó de cenar, salió del salón.

Al poco bajé a la habitación y él ya estaba dormido.

Junto al diván del salón de encima de la lechería, siempre hubo una fotografía de mi madre y su familia. Ahora está colgada en mi casa, junto a la foto de mi confirmación y una de Jesper vestido de uniforme, tomada justo después de la guerra.

Mi abuelo materno era pescador en Bangsbostrand. En la foto lleva un traje y una camisa blanca con el cuello almidonado, y el escaso pelo peinado severamente hacia atrás; se ha cepillado su gran bigote hasta hacerlo relucir.

Murió antes de que yo naciera y, por lo que tengo entendido, era un cabrón. Mi abuela materna solo tiene cuarenta y cuatro años en la foto, aunque parece mayor que yo en la actualidad. Pero es hermosa de un modo sureño, como una *donna* italiana, o como una marroquí si llevara la ropa adecuada, igual que una que vio Jesper al pie de las montañas, ante su tienda, rodeada de un rebaño de cabras y con sus hijos envueltos en telas azules para que el sol no los quemara. Allí el enemigo es el sol, como en Siberia lo es el frío.

Mis abuelos tuvieron trece hijos, además de Franz, que murió de la gripe española. En la foto, el mayor tiene veintitrés años; el menor, dos. Mi madre tiene catorce y es la única que sonríe con naturalidad. Su cara tiene la redondez de la juventud y me doy cuenta de que, a los catorce años, nos parecíamos. Al poco tiempo se convirtió, y se mantuvo fiel a la Biblia hasta la muerte. Mi padre podía herirla, pero no dominarla. Nunca en mi vida le he visto nada parecido al brillo que tiene en los ojos en la foto de familia.

Mi madre veía el mundo a través de metáforas y estas procedían del Antiguo Testamento. Antes del 29 de agosto de 1943, los soldados alemanes eran como la plaga de langostas de Egipto, un castigo verde grisáceo para un pueblo descreído, y cuando entraban en la tienda a comprar leche, lo que veía ella era la octava plaga y agachaba la cabeza y la aceptaba, porque había sido enviada por un Dios justo y severo. Pero a partir de aquel día se convirtieron en los perseguidores de todos los pueblos y los verdugos de los israelitas – cosa que todos sabíamos–, y mi madre enderezó la espalda.

Se habían vuelto mucho más agresivos. Dinamarca estaba bajo administración alemana, la población era hostil y, cuando entraban en la lechería para comprar leche o quizá cogerla, mi madre salía de detrás del mostrador, se plantaba en medio de la tienda y señalaba la puerta.

–*Heraus!** –decía en un tono claro y duro que no dejaba lugar a dudas.

Medía medio metro menos que la mayoría de ellos, pero era delgada y afilada como un cuchillo y tenía una mirada tan azul que podían mirar a través de ella sin reflejarse, y eso los desconcertaba, los hacía sentirse desnudos y aparecía inseguridad en sus ojos. Retrocedían hacia la puerta, clavaban la vista en las baldosas y murmuraban impertinencias en alemán que entendíamos perfectamente; pero la lechería de la calle Lod era un oasis prohibido, porque no conseguían eludir a la mujercita del mandil a rayas azules. Estoy segura de que eran capaces de ver la espada en llamas que mi madre llevaba en la mano. Todos ellos eran religiosos. A Jesper se le desencajaba la mandíbula, pues no habría sido capaz de hacer nada parecido.

Esa noche me acosté en mi cama y oí a Jesper soñar en la suya; murmuraba, se movía a un lado y otro y de pronto gritó algo en voz alta, luego se quedó callado. Yo miraba fijamente la foto de Lucifer. Habría jurado que se movía en la oscuridad. Después me quedé dormida.

En los días posteriores siguió corriendo la sangre en las calles de Ålborg, había huelgas en Esbjerg, en la ciudad y en el puerto, y los alemanes se volvieron locos. Pero cuanto más gente apaleaban y aterrorizaban, tantas más huelgas se montaban y, al poco, el almacén de aduanas estaba en llamas; además se declararon incendios en Odense, en Kolding y en muchos otros sitios.

El buque alemán *Norden* había acabado en el fondo del puerto de Skagen tras una explosión que se oyó hasta desde el sur de Ålbæk. La bomba era una «tortuga» con tres imanes a cada lado que se sujetaban al casco y la mantenían adherida incluso cuando la nave estaba en el mar. La habían fabricado el tío Nils y dos comunistas durante los turnos de noche en el astillero de nuestra ciudad y fue Jesper quien la llevó en bicicleta hasta Skagen, sobre el trasportín, con una Luger bajo la ropa. Fue el viaje más

largo de su vida. Hacía un calor terrible y ni siquiera podía abrirse la chaqueta; en dos ocasiones, lo adelantó una patrulla alemana.

Al cabo de unos días, el *Norden* fue rescatado del lodo y enviado a nuestro astillero para ser reparado; no tardó mucho en yacer en el fondo de nuestro puerto. Arrestaron a cuatro trabajadores, pero no al tío Nils.

Dos soldados alemanes salieron una mañana de una casa en la calle Sønder y subieron a su coche. Estaban adormilados y tenían la mirada velada; arrancaron el motor y, cuando quisieron ponerse en marcha, el coche no se movió, pese a que pisaban el acelerador a fondo y el motor rugía. Se bajaron del vehículo y descubrieron que este no tenía ruedas, y estaba apoyado sobre cuatro pilas de ladrillos. Entonces empezaron a disparar a lo loco con las metralletas, porque de repente estaban rodeados de enemigos por todas partes y sus disparos rompieron todos los cristales de la manzana. Una anciana acabó en el hospital con una bala en el muslo. Según dijo, le gustaría ahorcar personalmente a todos los alemanes con cuerdas de piano.

Habíamos sido la pequeña mascota de Hitler, pero ahora había llegado la guerra, y las cosas ya no serían como en los versos que habíamos aprendido:

*Con las damas, francés,
con los perros, alemán,
con los criados, danés
se hablaba.*

De los escaparates desaparecieron los carteles con el texto: «Man spricht Deutsch». Ya no se hablaba alemán. En veinticuatro horas, casi toda la ciudad perdió la memoria.

El camión que nos traía la leche de la fábrica venía todos los días, y yo era la encargada de esperar a las seis de la mañana en la puerta hasta que lo oyera

llegar, y entonces tenía que salir a recibirlo y ayudar al conductor a descargar las pesadas cajas; además me tocaba escuchar su voz lasciva mientras hablaba sobre los misterios de la vida amorosa, meter las cajas y colocar las botellas en el depósito de refrigeración, consciente de que tenía al hombre detrás de mí, mirándome las piernas cuando me inclinaba sobre el borde helado. Cuando él se iba, cogía la bicicleta y me dirigía a la estación de autobuses, donde estaba la expendedora automática de hielo; metía dos monedas de veinticinco céntimos que me había acordado de llevar, tiraba de la palanca hasta que los bloques de hielo salían deslizándose a toda velocidad y los cargaba en la bicicleta con un saco de arpillera como protección contra el frío. Todas y cada una de las veces apoyaba la cara sobre el saco hasta que sentía el mordisco helado en la mejilla; entonces echaba el aliento y veía el vapor de mi boca condensarse en el calor del final del verano; luego me sentaba en el sillín y regresaba tan rápido como podía para que el hielo no se derritiera con el sol. Una vez en la tienda, cogía los bloques y los colocaba en su compartimento en la parte alta de la heladera para que se fueran derritiendo poco a poco, el agua cayera a ambos lados y mantuviera frío todo lo que había dentro.

Había leche suficiente, pero la mayoría de la gente tenía poco dinero. Muchos de los clientes se llevaban las botellas a crédito. Los alemanes pagaban sus pedidos con *Kassenscheine* en vez de con dinero de verdad, y unos papelajos que no valían más que el papel higiénico. Pero cuando mi padre fue a protestar al comandante, solo le cayó una buena bronca.

Así que cada vez me hacía más cargo de la tienda; no tenía otra cosa que hacer. Mi madre instaló su máquina de coser en el salón y empezó a hacer encargos para las señoras del paseo Rose. Mi padre intentaba en vano mantener los precios en el taller y Jesper trabajaba en el periódico.

He metido cambio en la caja registradora, he ordenado y he hecho sitio para más botellas en el depósito de refrigeración y para la mantequilla y el queso en la heladera. Espero con la puerta de la tienda abierta y la luz apagada. Me gusta esta temprana penumbra, la humedad suave del mar, estar dentro y mirar hacia fuera sin que me vean, sin apenas ruido en la calle, y poder pensar y recordar quién soy antes de que ocurra algo nuevo. Todo sucede tan rápido que es fácil olvidar, todo explota y arde. Pero ahora está tranquilo.

El camión de la leche se hace esperar. Estoy en medio de la tienda distanciada de todas las cosas y pienso que siempre me recordaré así: sobre las baldosas blancas y negras, sola en la penumbra con la blusa amarilla. Levanto los brazos, los estiro hacia los lados y empiezo a girar el cuerpo lentamente. Bailo un baile tan callado que solo yo puedo entenderlo, para así recordar cómo es mi cuerpo en estos precisos momentos. Tengo diecisiete años y bailo tan despacio que no se pierde nada de lo que he sido hasta el día de hoy.

Termino de bailar y me veo desde el aire, me veo desde el costado y lo guardo en mi interior; sigue habiendo tranquilidad y me dirijo hacia la puerta para sentarme en el escalón mientras la luz se va extendiendo por la calle, se ve completamente amarilla en lo alto de la casa en la que Herlov Bendiksen descorre las cortinas y mira hacia fuera. Un barco pesquero se pone en marcha en el puerto, perforando pequeños agujeros en el silencio. Hoy Jesper se encarga del reparto, se ha llevado las botellas que sobraron ayer. No tardará en volver.

Alzo la vista hacia los tejados. Hay dos aviones en el cielo azul, vuelan tan alto que resultan inaudibles e inidentificables. Quizá sean ingleses, tal vez esta noche hayan traído a alguien y un espía aliado haya caído como un ángel a través de la oscuridad y se haya escondido en un establo. Ahora estará entre el heno, mirando hacia fuera y esperando el haz de luz del día durante los últimos minutos de calma. Como yo.

Entonces oigo el camión. Sube por la calle Danmark, hoy viene del norte y no del sur como suele, dobla la esquina y entra en nuestra calle. Pero no es el camión de la leche, sino un coche que se detiene justo delante de la tienda. Me levanto del escalón, cierro la puerta desde fuera y me vuelvo con la mano sobre el pomo, a mi espalda. Se apean dos hombres de uniforme y uno con un traje de rayas. Este último es Jørgensen el de la Gestapo. Él fue quien encadenó al albañil Billegård a un radiador y lo mató a golpes usando solo las manos en la villa de la Gestapo en Kragholmen. Lo sabe toda la ciudad. Billegård era amigo de mi padre de la Fundación de Artesanos. Cuando acabe esta guerra, Jørgensen es hombre muerto. Eso también lo sabe toda la ciudad.

Ahora se me acerca y me pregunta por Jesper.

–¿Se ha levantado? ¿Podemos hablar con él?

–Hace mucho que se ha levantado –respondo–, no está en casa.

–¿Dónde está?

–Se ha ido a trabajar.

Jørgensen mira su reloj.

–¿Tan temprano?

Me encojo de hombros.

–Quien tiene trabajo ha de madrugar –le digo.

Eso no le gusta. Se pone de mal humor.

–¿Podemos entrar a ver?

–No.

–Apártate –dice Jørgensen.

Me pega un empujón, me aparta la mano del pomo violentamente y abre la puerta de la tienda. Mi padre se ha ido al taller, él siempre madruga. En el piso de arriba solo está mi madre, cantando. Está fregando los platos en la cocina y hace mucho ruido; la ventana de la cocina da al patio. Los dos soldados se quedan en la calle y Jørgensen entra. Sus tacones retumban contra las baldosas cuando atraviesa y desgarran el destello de mi baile, que

todavía perdura. Se dirige hacia la alcoba y abre la puerta con una mano al tiempo que se lleva la otra a la pistola bajo la chaqueta. Sabe dónde duerme Jesper, así que también debe de saber dónde duermo yo. Quizá hayan estado en la acera mirando a través de la rendija de la cortina opaca. Jørgensen se inclina en el umbral de la puerta y se asoma dentro. Yo lo sigo, miro de reojo el reloj de pared y me sitúo detrás de él. Se vuelve y sonrío.

—Así que aquí es donde duermen los tortolitos. Además solo usan una cama. Debería haberlo sabido.

Miro hacia dentro, yo he hecho mi cama y Jesper, como de costumbre, no ha hecho la suya, y con lo mucho que se mueve por las noches da la impresión de que hayan dormido dos personas en ella. Me arde la cara. Jørgensen clava la mirada en mi blusa amarilla de manga corta, en mis brazos morenos y en mis pechos, que tiran de los botones; vuelve a reírse con los ojos muy brillantes y veo lo que él ve.

—¡No es verdad! —grito.

Odio a Jørgensen el de la Gestapo, le deseo la muerte. Quiero pegarle en la cara, pero él me agarra las muñecas y me aprieta con tal fuerza que las oigo crujir, ese hombre es capaz de arrebatar una vida con sus manos y me hace tanto daño que se me saltan las lágrimas.

—¡Pendona! A mí me da igual que duermas con tu hermano por las noches, pero quiero saber dónde está, ¿entiendes?

Me aprieta aún más fuerte. Me siento mal, creo que voy a vomitar. En la pared veo el reloj deformado, el segundero retumba contra los azulejos e intento soltarme, pero acabo de rodillas en el suelo, y entonces alzo la vista hacia su cara, que es tan grande y brutal como la carne desnuda. Ojalá se muriera ahora mismo, ojalá le explotara el corazón y se le cayeran los ojos y se llevaran consigo al infierno todo lo que han visto y transformado en basura. Ojalá Jesper se retrasara un poco o se le pinchara una rueda.

—¡Te digo que se ha ido a trabajar!

–¡Eso es mentira!

Pero no es mentira porque el reparto de la leche también es trabajo; nos turnamos para hacerlo, un día cada uno. Y los soldados alemanes que están fumando al otro lado de la ventana lo verán tan pronto como aparezca por la esquina con la bicicleta.

Me rindo. Me dejo colgar hacia de su mano, apoyo la frente contra el suelo y rompo a llorar. Estoy desnuda a la vista de todos y van a coger a Jesper de un momento a otro.

–¡Suéltala! –se oye, y Jørgensen da un respingo y se le aflojan los brazos, y eso me alegra; casi me suelta y se vuelve hacia la puerta, donde está Herlov Bendiksen con un soldado a cada lado—. Está diciendo la verdad. Se ha ido a trabajar hace media hora.

–¿Qué tienes tú que ver con esto? –pregunta Jørgensen.

–Nada. No soy más que un vecino, pero lo he visto irse. Así que no hay nada que buscar aquí. –Su cuerpo llena la puerta y lleva puesto el delantal y una sonrisa en la boca, Bendiksen es miembro de la Fundación de Artesanos. Sus antebrazos se abomban cruzados sobre el pecho. De no haber estado allí los dos soldados, Jørgensen estaría metido en un lío—. Pensé que os podría interesar saberlo.

Jørgensen me suelta despacio, mis brazos caen al suelo sin circulación ni sensibilidad. Me resulta difícil levantarme, no puedo apoyarme en las manos, así que ruedo y empleo el hombro y las rodillas y, cuando por fin estoy de pie, estas me tiemblan. Noto que aún estoy llorando, los brazos me cuelgan a los lados y veo que la mirada azul de Bendiksen tiene agarrado a Jørgensen. Este se toquetea la solapa de la chaqueta y, finalmente, casi reacio, se vuelve hacia la puerta que da a la escalera. Todavía no sabe lo que hay arriba. Yo tampoco lo sé. Se vuelve de nuevo y mira a Bendiksen, que da dos pasos y se aparta para dejarle vía libre hacia la calle. Su cara continúa igual de tranquila,

su mirada igual de azul, y Jørgensen empieza a caminar hacia allí. A medio camino se vuelve hacia mí.

–¡El calorcito de la cama se ha acabado! –me grita–. Te lo puedo asegurar.

Giro el cuerpo, concentro todas mis fuerzas en el brazo medio muerto y le lanzó la mano a la cara, pero él me para con facilidad y me golpea la mejilla con el dorso de la mano haciéndome caer hacia atrás; de nuevo estoy en el suelo. En esa mano lleva dos anillos con piedras que me han desgarrado la mejilla y noto el calor en la piel y el calor de la sangre que empieza a manar de inmediato. Cierro los ojos al dolor y me quedo tirada en el suelo hasta que Jørgensen se va y oigo el coche ponerse en marcha en la calle. Entonces Bendiksen me ayuda a levantarme.

–¿Estás loca? –dice–. Podría haberte matado. ¿Por qué tenías que pegarle? Pero a eso no respondo.

–¿Dónde está Jesper? –pregunto–. Ya debería estar aquí.

–Lo sé. Cálmate. La bicicleta del reparto está en el patio trasero de mi casa y le he prestado otra. ¿Crees que no me entero de nada?

Pero yo no creo nada sobre eso. En el tiempo que llevamos viviendo en la calle Lod solo nos hemos dicho «buenos días» y «buenas tardes» y «qué buen tiempo hace hoy» y «vaya, cómo llueve», y no tengo la menor idea de lo que sabe sobre mí. Pero es miembro de la Fundación de Artesanos y quizá nos conozca a través de mi padre.

–¿Crees que no reconozco el coche de la Gestapo cuando lo veo? El día que me encuentre a Jørgensen solo en el puerto nos habremos librado de él. – Me mira con la mirada azul de un niño y creo que lo dice de corazón. Me acaricia el pelo y me vuelve la cara hacia un lado–. Quizá deberías lavarte esto antes de que baje tu madre.

Vuelvo a sentir el dolor en la mejilla, y él me resulta tan seguro y conocido y tan nuevo al mismo tiempo que primero le hago una reverencia y luego

apoyo la cabeza contra su pecho y le mancho el delantal de sangre, y él me acaricia el pelo.

–Jesper me ha dicho que te diga que tú sabes dónde está –dice.

Durante un invierno muy frío, antes de la llegada de los alemanes, el brillante hielo se extendió hasta los islotes de Hirs. Nos encontrábamos en la playa, que estaba congelada, llevábamos las cuchillas de hielo colgadas al cuello con un cordel y mirábamos fijamente el faro; daba la impresión de no estar a más de un kilómetro en línea recta sobre el agua. Nuestro aliento flotaba en el aire claro. Todo parecía a la misma distancia. Todo se podía tocar con tal de que nos estiráramos lo suficiente. Bastaba con que alargáramos las manos desnudas y, sin duda, podríamos palpar la roca, el hielo, las nubes, los tejados de Strandby y las olas heladas de la playa de Frydenstrand.

–Hoy voy a cruzar –dijo Jesper.

Para Navidad nos habían regalado unas cuchillas de hielo acoplables; mi padre las había afilado en el taller hasta dejarlas relucientes y, durante varias semanas, las usamos cada día. Casi no había nieve, pero la tierra estaba congelada, con hielo en cada charco y cada laguna y nos deslizamos por el arroyo Elling helado hasta donde tuvimos energías para hacerlo. Pero ahora Jesper quería salir al mar.

Yo vacilaba. Sabía que el faro estaba tan lejos como siempre. Nos engañaba, y sabía que Jesper lo sabía, pero que era incapaz de resistirse. La isla del faro siempre había estado allí, la miráramos desde donde la mirásemos a lo largo de la costa. En esa isla había una escuela y, dos veces al año, los colegiales llegaban a nuestra ciudad en un barco pesquero y, todos apelotonados, se paseaban por las calles mirando los escaparates. Nosotros les hablábamos y los interrogábamos; aquellos niños sabían poco del mundo y mucho del mar, pero nosotros nunca los visitábamos a ellos.

Jesper se sentó sobre una vieja caja de pescado, sacó la llave de su bolsillo y se atornilló las cuchillas a las botas. Estaban también Ruben y Marianne, además de Mogens, un amigo de Jesper; todos nos pusimos las cuchillas y cruzamos la playa con movimientos torpes, la arena producía un feo chirrido contra el filo metálico, y nos adentramos en el hielo para comprobar si aguantaba. Jesper se deslizó adelante y atrás un par de veces, con precaución, y una vez que se sintió seguro se encaminó hacia el mar. Mogens lo siguió un trecho, pero se detuvo donde el tercer banco de arena asomaba del hielo resquebrajado, allí se dio la vuelta y regresó. Yo cogí impulso y empecé a hacer piruetas; me lancé en la misma postura que mi padre sobre la bicicleta, con una pierna levantada hacia atrás y ambos brazos hacia los lados, y terminé con un giro que casi me salió bien; pero no me divertía, porque a cada momento tenía que volverme para vigilar la espalda de Jesper, que menguaba lentamente sin que el faro creciera.

Estuvo mucho tiempo fuera. Marianne y Ruben tuvieron que volver a casa, más tarde se fue también Mogens, y yo me quedé sola, con la mirada clavada en el mar blanco, esperando y esperando, hasta que el mordisco del frío fue tan intenso que me impidió seguir allí; entonces también yo me fui a casa.

Un par de días antes, un chico había pisado una grieta en el hielo y había desaparecido, pero nosotros no lo sabíamos. Pero sí lo sabían los mayores, y nunca había visto a mi padre tan enfadado como cuando aquella noche volví sola a casa con las cuchillas en una manopla y el llanto en la otra. Y nunca volví a verlo así hasta varios años después, cuando llegué a su taller con una gran herida en la mejilla y las muñecas hinchadas y azuladas gracias a Jørgensen el de la Gestapo, tan faltas de sensibilidad que cuando intentaba levantar una taza o un vaso se me caían inmediatamente al suelo y se rompían. Mi padre, de pie ante mí, tenía en la cara una expresión salvaje, y en las manos un martillo y un formón; yo quería contarle lo ocurrido, pero no había llegado ni a la mitad de la explicación cuando comprendí que estaba

furioso porque tenía miedo y no sabía mostrarlo de otra manera, que así había sido siempre y que yo siempre lo había malinterpretado. En ese momento comprendí también que nunca se enfadaba conmigo de la misma manera que se enfadaba con Jesper. Clavó el formón en la pared, donde se quedó vibrando, y, con el martillo, destrozó el armario que había estado arreglando hasta dejarlo hecho astillas. Se le abombó la espalda, se le abombaron los antebrazos del esfuerzo y luego arrojó también el martillo contra la pared, tras el formón, y lo destrozó; ambas herramientas cayeron al suelo, donde quedaron tiradas. Eso hizo, él que no podía dar por acabado un día antes de tener las herramientas bien limpias y colocadas en su sitio sobre el banco de carpintero. Finalmente se quitó el delantal y lo arrojó también al suelo, luego me empujó hacia la puerta y echó la llave.

En la penumbra, pedaleo hacia el norte, hacia la playa de Kæret, a lo largo de los humedales cercanos a Rønnene donde las gaviotas forman largas hileras en las aguas poco profundas ante los juncos y, al pasar, todas las hileras alzan el vuelo, se despliegan como sábanas grisáceas y, al poco, aterrizan de nuevo a la débil luz que se va apagando lentamente hasta desaparecer en dirección a Skagen. Las gaviotas son miles y escucho su suave rumor, en la cara siento el viento como si esta fuera la última vez que recorro en bicicleta esta ruta de esta manera. Como me ocurre cada vez más a menudo, me veo desde fuera, como en una película del Teatro Palad que viese desde una fila cada vez más lejana a la pantalla. Voy en la misma bicicleta marrón que tengo desde hace muchos años, mi melena ondea casi fundiéndose con la noche y oigo el chirrido del pedal derecho contra el cubrecadenas, chir, chir, una y otra vez, miles de veces, y mi respiración, buf, buf, completamente sola, sin otros ruidos que me acompañen ahora que las gaviotas se han marchado.

Se va haciendo de noche, no enciendo la luz porque este trecho es tan llano

que me verían a un kilómetro de distancia y el ruido de la dinamo acallaría todos los demás ruidos. No me atrevo. Todo habría resultado más fácil si hubiera cogido la carretera de Skagen, que va por el interior, y hubiera cruzado el puente del arroyo Elling; pero por allí circula ahora el tráfico alemán y ya ha pasado la hora del toque de queda.

No se ve ni un árbol, solo algunos arbustos bajos, que no crecen más a causa del viento del mar, y juncos, que forman una pared frente a mí contra los últimos vestigios de luz. Finalmente, donde termina el camino abandono el pavimento, me adentro por el carrizo hasta alcanzar la duna junto a la playa, y dejo la bicicleta al final del sendero; sé que allí podré encontrarla más tarde.

Hay marea alta. Un espejo oscuro y brillante se extiende por encima del lugar que, de día, se puede recorrer con los pies secos, y lo cubre todo imposibilitando distinguir por dónde discurre el arroyo más allá de los juncos. Me quito los zapatos, los dejo junto a la bicicleta y vadeo en dirección al mar. Un agua templada y agradable me cubre los tobillos, y noto el fondo blando contra las plantas de mis pies. Hay pequeñas platijas escondidas en la arena que rebotan contra los dedos de mis pies y salen disparadas cuando piso. A la luz del día podría haber seguido la línea de la arena removida y haberlas atrapado solo con las manos allí donde acabara la línea, podría haber sentido su cosquilleo contra las palmas de las manos, haberlas metido en un cubo y haberlas visto tumbarse contra el fondo para hacerse invisibles.

Avanzo por el agua con cuidado, entorno los ojos y oteo buscando la corriente más oscura que indica por dónde discurren las aguas más profundas del arroyo, pero todo se ve igual de oscuro y brillante hasta el primer banco de arena contra el que rompen las olas. Me levanto el vestido para estar preparada y, aun así, de pronto me hundo en el agua, y esta es mucho más profunda de lo que había esperado. Primero me sumerjo hasta las caderas,

después hasta el pecho y, al final, pierdo el equilibrio y caigo hacia delante, de modo que me cubre hasta el cuello y se me empapan el vestido y la fina chaqueta; justo aquí el agua es dulce y está mucho más fría. Jadeo y no toco fondo, así que tomo aire y recorro a nado los pocos metros que me faltan hasta que hago pie y el agua vuelve a llegarme solo hasta el tobillo.

Al incorporarme, noto escozor en la herida de la mejilla, el agua chorrea de mi pelo y mi vestido, y este se me pega pesadamente a la piel, como si me estuvieran tocando cien manos. «Sin ropa estaría menos desnuda», pienso, y me quito el vestido y la chaqueta; enseguida tengo una sensación tan agradable que me desabrocho el sujetador, me quito las bragas y empiezo a caminar completamente desnuda por el agua mientras voy escurriendo la ropa; el agua salpica a mi alrededor y siento la gran oscuridad adherirse a mi cuerpo. Nadie puede verme, incluso el faro está a oscuras, y por fin me he librado de la mirada de Jørgensen el de la Gestapo, que lleva todo el día conmigo. Pero al poco se me pone piel de gallina. Es otoño y no consigo recordar cuándo acabó el verano. Quizá haya sido hoy. Tal vez fuera ayer. Puede que haga mucho tiempo. Con un espejo habría visto que la piel se me va tornando lentamente azul y que me están saliendo grandes manchas alrededor de la boca, en los hombros y en los muslos. Empiezan a castañetearme los dientes. No puedo parar y hago tanto ruido que tengo miedo de que la Gestapo me oiga desde Kragholmen. Vuelvo a ponerme el vestido y la fina chaqueta de punto, cosa que no resulta fácil, tengo que tirar del vestido empapado para taparme las caderas; siento aún más frío. Y entonces echo a correr. Me dirijo hacia tierra levantando agua y arena mojada alrededor de mis pies hasta que alcanzo la playa, al otro lado de los juncos que flanquean el arroyo, luego corro por ella en dirección norte, manteniéndome tan cerca del agua como puedo, para no pisar las almejas y las afiladas conchas que se extienden formando una línea blanca allí donde las va empujando el mar, a pocos metros; pienso que, si corro lo bastante

deprisa, el calor de mi cuerpo hará que se me evapore el agua del vestido y se seque.

A mi padre no le dije que sabía dónde estaba Jesper porque estaba tan enfadado que pensé que haría alguna tontería, así que fue a la calle Sønder a preguntar al tío Nils, pero el tío no estaba en casa. Tampoco estaba en el astillero. Había desaparecido.

De pie en la esquina de nuestra calle, vi regresar a mi padre, pero en vez de entrar en la lechería se quedó paseando arriba y abajo de la acera. Estaba tan furioso que no podía ni hablar y, al verle la cara, la gente que lo conocía se apresuraba a pasar de largo; al final, se quitó la chaqueta, bajó a la calzada, lanzó la prenda contra los adoquines y empezó a pisotearla. Cuando la recogió estaba más tranquilo. A continuación la agitó con cuidado, como si le estuviera pidiendo disculpas, y se la puso; yo me acerqué y le sacudí la parte alta de la espalda, donde él no llegaba. Luego se metió la mano en el bolsillo, sacó las pocas monedas que tenía y se quedó mirándolas un rato; creí que me las iba a dar, pero finalmente se volvió hacia mí.

–Estaré fuera alrededor de una hora –dijo.

Y empezó a alejarse hacia el final de la manzana, donde giró por la calle Havn en dirección a la taberna Vinkjælderen.

Pasé el resto del día detrás del mostrador, atendiendo a los clientes que llegaban, respondiendo a sus preguntas y sonriendo cuando se iban; hacía como si nada cuando se quedaban mirándome la mejilla. Llevaba puesta una camiseta de manga larga para que no se me notaran los moratones, y me concentraba en intentar no bajar la mirada hacia las baldosas ni mirar de reojo el reloj de pared, y cada vez que cogía las botellas, usaba ambas manos de un

modo que pretendía ser natural. A las cinco de la tarde cerré la tienda y subí arriba para cenar, tenía las articulaciones completamente entumecidas.

Mi madre había puesto un cubierto para Jesper. No paraba de mordisquearse el labio y no miraba su sitio en la mesa. Mi padre levantó una sola vez la vista del plato, me clavó la mirada en la cara y me preguntó por qué carajo sonreía de aquel modo. Debía de estar un poco borracho, pero mi madre no lo entendió.

–Pero, Magnus, hombre –dijo.

Y yo me llevé la mano a la boca y noté que todavía no me había deshecho de la sonrisa para los clientes. Cuando por fin pude relajar la cara, noté que me dolía. A las ocho y media me puse un vestido limpio y una chaqueta de punto y, sin decir adónde iba, me alejé de la ciudad en bicicleta, y ahora estoy corriendo por la playa a oscuras tan rápido como puedo y me sostengo el borde del vestido empapado con una mano para no tropezarme con él y caerme.

Algunas veces, cuando pienso en Jesper, solo soy capaz de ver su espalda oscura cruzando el mar blanco hacia los islotes de Hirs. La veo tornarse cada vez más pequeña mientras yo permanezco en el borde del hielo sintiéndome vacía. ¿Por qué no me pidió que lo acompañara? Tengo voluntad propia, pero si me lo hubiera propuesto no me lo habría pensado dos veces. Yo siempre lo acompañaba. Al fin y al cabo, era yo quien lo cuidaba, y él me cuidaba a mí, y así mi padre hubiera estado igual de furioso con ambos. Quedarse sola carecía de sentido.

Algunas veces pienso que me lo cuenta todo, pero sé que no es verdad. Nunca me contó si llegó a los islotes de Hirs. Yo tampoco se lo cuento todo a él, pero tengo la sensación de que Jesper sabe lo que pienso y de que yo sé lo que piensa él. He aprendido a saberlo.

Y luego, en cambio, no estoy segura. Dejo de correr cuando me doy cuenta de que casi he llegado a la cabaña. Cualquiera podría oír mi respiración y tengo que inclinarme hacia delante, apoyarme en las rodillas y jadear entre mis muslos para que el pecho se me calme y el corazón me deje de latir tan alto y me impida oír nada más.

Él sabía que iba a ir. Me incorporo y veo una sombra a pocos metros de distancia, primero doy un respingo, pero luego me habla.

–Hola. Esperaba que vinieras antes –dice.

–No ha sido fácil escabullirme y no quería salir hasta que oscureciera. –Me resulta difícil hablar porque sigo jadeando.

–Has hecho bien. ¿Has venido por la carretera de Skagen?

–Por allí hay tráfico, así que he tomado el camino de la costa y luego he seguido a pie por la playa. Nadie me ha visto. No me he encontrado ni un alma, solo un montón de gaviotas. Ya ha comenzado el toque de queda.

–Entonces has tenido que cruzar el arroyo. A estas horas está profundo. Me echo a reír.

–Ya lo sé –replico.

Ahora lo veo mejor, su pelo negro, las ojeras oscuras, y él me ve a mí.

–Pero si estás empapada –dice–. Ven.

Me coge de la mano y me guía a través de la oscuridad. Sus pies conocen tan bien el trayecto que no tropieza ni una sola vez pese a las muchas y pronunciadas curvas del camino que sube y baja; él delante y yo detrás, como en un baile entre el carrizo y los juncos hasta que nos topamos con la cabaña, que está aún más oscura; siento su mano seca y cálida contra la mía. Aparta la manta, nos agachamos y entramos. Es imposible ver nada. Me suelta la mano y rebusca en la oscuridad mientras yo aguardo encorvada, los dientes me empiezan a castañetear de nuevo y entonces oigo el raspado de la cerilla. La llama crece y, sobre la ventana, leo «Jesús vive» en letras bordadas; de la pared colgamos Lenin y Jesper y yo. Hace cuatro años que no vengo a este

lugar. Todo sigue igual que aquella vez excepto por el quinqué, que es nuevo. Levanta el tubo de cristal y enciende la mecha, luego apaga la cerilla y la tira al suelo de arena antes de volver a colocar el cristal en el quinqué y de regular la llama. Cuelga un saco de arpillera sobre el bordado de la ventana para que no salga nada de luz y después se vuelve hacia mí.

–Tienes un frío de mil demonios, hermanita. Tenemos que buscarte algo seco.

–Me apaño perfectamente.

–Qué tontería. –Rebusca en una pila que hay en un rincón y encuentra un jersey de lana y un viejo pantalón que usa para pescar–. Lo siento, es lo único que tengo.

–Me va bien –digo.

La ropa huele ligeramente a sal, a pescado y a Jesper. No sé dónde cambiarme. La pequeña cabaña es estrecha, la luz del quinqué lo ilumina todo y estoy empapada hasta los huesos. Jesper se limita a quedarse sentado, como de costumbre no piensa, y resultaría demasiado ridículo volver a salir a la oscuridad. Tampoco me apetece, así que le doy la espalda, me quito la chaqueta y me saco el vestido despacio por encima de la cabeza. Me suelto el sujetador y lo dejo todo en una pila en el suelo mientras intento olvidar la mirada de Jørgensen el de la Gestapo. No lo consigo del todo. Cierro los ojos y, en ese momento, Jesper dice quedamente detrás de mí:

–Tengo que irme a Suecia esta misma noche.

Noto que me pongo rígida. Por supuesto que tiene que marcharse. En esta cabaña no puede quedarse mucho tiempo, necesita comida y bebida y a alguien que se la traiga. Nadie sabe cuándo acabará la guerra y, mientras dure, tendrá que mantenerse oculto. Sería imposible. Antes o después lo cogerían. Pero yo no había pensado en ello.

Estaba encorvada para ocultar mi cuerpo, pero ahora me enderezo y me vuelvo, tan calmada como puedo; sostengo el jersey en la mano e intento que

no me castañeteen los dientes. Tengo miedo y estoy decidida. Él, sentado en cuclillas, mantiene la mirada clavada en el suelo entre sus zapatos, luego levanta la cabeza y me ve a la luz del quinqué. Tiene la mirada absolutamente clara y la llama del quinqué se refleja en sus ojos; me veo obligada a mirar más allá de él, hacia Lenin en la pared, pero Jesper sonrío y me mira en silencio, después dice:

–Qué guapa te has puesto, hermanita.

–Jørgensen el de la Gestapo dice que tú y yo nos acostamos.

Trago saliva, tengo algo en la garganta que no consigo bajar, así que vuelvo a tragar saliva, pero no me sirve de nada. Jesper se limita a sonreír.

–Pero no lo hacemos.

–No –digo, y en ese momento descubre la herida en mi mejilla y los grandes moratones que tengo en los brazos.

Se levanta.

–¿ Jørgensen te ha hecho esto? –No respondo. Él da unos pocos pasos hasta mí, algo encorvado bajo el techo, y yo trago saliva y dejo caer el jersey–. Maldita sea, menudo cabrón.

Jesper levanta la mano y con delicadeza me toca la herida con las yemas de los dedos. Yo apoyo la mejilla contra su mano, primero levemente y después con más fuerza; nos quedamos de pie, él apoya la frente contra mi sien, su camisa me roza los pechos desnudos; yo lo noto y no respiro.

–Tienes frío –dice.

–Sí.

–Eres una hermana guapa y valiente.

–Sí –digo.

Se agacha con cuidado, con mi mejilla en su mano, y recoge el jersey del suelo.

–Tienes frío –repite.

Jesper descuelga de la pared la fotografía en la que aparecemos él y yo, y deja la de Lenin.

–Esta me la llevo. Si alguna vez encuentran la cabaña, creerán que es el cuartel general del partido comunista. Pero a nosotros no deben vernos en semejante compañía –dice–. Sobre todo a ti.

Apaga la llama del quinqué y nos agachamos para salir a la noche, pero no nos movemos hasta que nuestros ojos se acostumbran a la oscuridad, luego echamos a andar por la playa. Jesper lleva la foto en una mano y los zapatos en la otra. Yo llevo el vestido y la chaqueta mojados hechos un gurrño bajo el brazo. No decimos nada hasta que tenemos que meternos en las aguas poco profundas, delante de los juncos y el arroyo que corre tras ellos, todavía hay marea alta. Nos subimos las perneras de los pantalones y vadeamos. Jesper se detiene cuando nos aproximamos a la desembocadura.

–Sería una tontería que nos mojáramos ahora –dice–. Espera aquí.

Se adentra entre los juncos y desaparece. Lo oigo chapotear pero no veo nada, después me llega un ruido; primero vislumbro su cabeza, luego descubro que viene montado en un bote y se impulsa con un remo. Debe de tener el fondo plano, porque flota en las aguas poco profundas.

–De este no sabías nada –dice.

–No.

–De todos modos no estaba en la orilla adecuada. Los dueños tendrán que vadear un poco. Lo he usado muchas veces.

Maniobra hasta llegar a mí, entonces dejo la ropa en el bote y me monto en él; Jesper nos impulsa con el remo y flotamos sobre las aguas del arroyo

hasta que topamos con el fondo de la otra orilla, a continuación nos bajamos de un salto y él arrastra la embarcación hacia el interior de los juncos para esconderla. Proseguimos hacia la playa con el agua hasta los tobillos. Hay mucha más oscuridad que cuando he llegado. No veo más allá de la espalda que tengo delante, pero el agua todavía está templada y pienso que podría seguir caminando así mucho tiempo, simplemente caminar y caminar escuchando el suave rumor del agua en torno a los tobillos, sin regresar nunca; pero de pronto hemos llegado. La arena está más fría contra los pies de lo que lo estaba el agua, lo cual me molesta, y además tengo que andar de acá para allá hasta que encuentro la bicicleta. Tengo un poco de frío pese al jersey, pues debajo voy desnuda.

–Aquí –digo en voz alta.

Jesper sigue mi voz y se reúne conmigo. Me sacudo el grueso de la arena de los pies antes de meterlos en los zapatos.

–Si me sujetas la foto, puedes montarte atrás y yo pedaleo –dice.

–¿Dónde está la bicicleta que tú has traído?

–En otro sitio.

Empuja la bicicleta hasta el camino y yo lo sigo. Se detiene una vez para escuchar. Nos quedamos completamente callados, luego dice:

–Parece que no era nada.

Una vez que llegamos al camino, enrolló el vestido y la chaqueta firmemente y los meto bajo el sillín, luego me siento sobre el trasportín con la fotografía en una mano y la otra agarrada al sillín, y cuando Jesper se sienta aparte la mano y me agarro con fuerza al tubo de debajo para no tocarlo a él.

Enseguida oye el pedal contra el cubrecadenas.

–Esto no puede ser –dice y tengo que desmontar de nuevo.

Tumba la bicicleta en el camino, da un tirón al cubrecadenas y, cuando volvemos a ponernos en marcha, el sonido ya no se oye. Solo percibo el débil

rumor de las cubiertas de goma contra la calzada; me agarro con fuerza al tubo para no caer y lloro tan bajito que Jesper no se da cuenta.

A la altura de la Escuela de Marineros, oímos el ruido de una motocicleta y descubrimos la luz del faro tan rápido que nos da tiempo a salir del camino y a escondernos tras uno de los grandes rosales silvestres que tanto abundan por allí. Es una patrulla alemana; la motocicleta pasa lentamente y vemos el casco del soldado del sidecar y la punta del cañón de la metralleta que asoma un poco.

Permanecemos en cuclillas, esperando, hasta que estamos seguros de que no vienen más. Se vuelve a hacer el silencio.

–¿Llegaste hasta el islote de Hirs aquella vez? –pregunto, diciendo lo que estoy pensando.

Él entiende enseguida a lo que me refiero.

–No.

–¿Estaba demasiado lejos?

–Tal vez. Pero lo que pasó fue que, cuando estaba a medio camino del faro, encontré un gorro abandonado en el hielo sin que hubiera nadie por allí cerca. Estaba ya muy lejos de la costa y lo que me resultó siniestro fue lo mucho que se parecía aquel gorro al mío. Simplemente estaba allí tirado, en medio de toda aquella blancura, y fui incapaz de seguir adelante por muy decidido que estuviera. No me quedó más remedio que regresar y pasé miedo todo el camino de vuelta. Mucho más miedo del que tengo ahora.

Sonríe y no tiene pinta de asustado, yo tampoco tengo miedo, solo me siento vacía.

En las cercanías del puerto, nos bajamos de la bicicleta y Jesper la empuja el último trecho antes de apoyarla contra una pared de un callejón, entre dos casas del barrio de pescadores.

–Tendrás que venir a buscarla mañana –dice en voz baja.

Yo cojo la fotografía, me la meto bajo el brazo y dejo el vestido y la chaqueta bajo el sillín, luego descendemos entre las últimas casas hasta llegar al puerto norte; las farolas de gas de la calle están apagadas, todas las ventanas están cubiertas con cortinas opacas y no se ve una sola luz en ninguna parte, pese a que estamos cerca del centro. Hace tres años que hay toque de queda a partir de las diez, pero es la primera vez que salgo por la noche desde la llegada de los alemanes y eso me proporciona una sensación de ingravidez, como si de repente nada importara.

Caminamos a la orilla del mar, desde el barrio de pescadores hasta la pequeña bahía donde comienza el brazo norte del malecón; una sucesión de grandes bloques de piedra lo protegen del mar por la parte de fuera, a continuación hay una pared de madera que resguarda el camino del viento y, tras esta, se encuentra el paseo que recorre todo el puerto hasta el faro. Pero no está encendido y las piedras quedan en la oscuridad, de modo que es difícil mantener el equilibrio y me veo obligada a agacharme y emplear las manos. No me resulta sencillo, porque he de ocuparme de la fotografía al mismo tiempo, y además tengo miedo de que el pie se me cuele entre dos piedras, tropezar y romperme una pierna. No nos queda más remedio que ir por la parte exterior del malecón porque en una garita al fondo del puerto han situado a un vigilante que, según Jesper, no nos dejaría pasar. Mi hermano camina justo delante de mí y susurra con voz muy baja sus explicaciones de cómo avanzar. Vamos desacompañados, siento un zumbido en la cabeza del que no consigo librarme y tengo que concentrarme para oír lo que dice.

–Ya no quedan más de veinte metros –susurra. Yo asiento con la cabeza, aunque él no lo ve y, al cabo de un rato, trepa hacia el malecón al resguardo de la pared contra el viento, se incorpora y mira por encima del borde—. Vamos –susurra, haciéndome señas con la mano.

Yo lo sigo y veo lo que él ve. El puerto está silencioso y oscuro. Al otro

lado de la dársena se encuentra el gran edificio del club de remo, donde Jesper y unos amigos tienen un kayak; es una construcción pesada y maciza. Frente a nosotros asoma un muelle flotante. En un extremo del costado más corto hay una lancha motora apenas visible. Distingo unas sombras delante de ella y a alguien que se agacha y entrega hacia la oscuridad algo que tal vez sea una maleta, pero no veo a quien la recibe.

Trepamos por encima de la pared contra el viento, bajamos por una escalera de piedra y entramos en el muelle. Tengo miedo de que la madera cruja en el silencio. No lo hace, pero quienes allí se encuentran nos oyen de inmediato y se vuelven hacia nosotros. Un hombre dice «¡Joder!» a media voz, pero Jesper alza el brazo y entonces lo reconocen. No sé qué me había imaginado, en todo caso, cuando los alcanzamos resulta que uno de ellos es el tío Nils.

–Jolín, qué susto nos has dado, Jesper –dice, y se vuelve hacia un hombre que parece un pescador; lleva un jersey de lana azul y un gorro del mismo tejido, es alto, se le ve enfadado y el tío Nils le dice–: Todo va bien.

Pero el hombre no se calma. Tampoco él me mira, sino que clava la mirada en Jesper.

–Todo no va bien –replica–. ¿De dónde ha salido esta chica?

–Es mi hermana –dice Jesper, y su voz suena débil.

–¿Ella también va a venir? ¡Nadie me había dicho nada de eso!

Tomo aire haciendo un ruido involuntario, todo lo que estaba disperso se junta de nuevo, la herida de la mejilla me palpita. Todos se vuelven hacia mí. El tío Nils, el pescador y un grupo que parece una familia. Salen silenciosamente de las sombras y entonces me doy cuenta de que son Ruben, sus padres y su hermana, y Ruben me sonrío. Pero a mí me da igual, quien me importa es Jesper. Contengo la respiración y cierro los puños. Mi hermano se vuelve, me mira él también e intenta sonreír, pero acto seguido se pone serio.

–No –dice–. No viene.

–De acuerdo –contesta el pescador. Luego murmura algo que no entiendo, sigue enfadado y se vuelve hacia Jesper, aunque la razón de su enfado ha pasado a resultarme indiferente.

–¿No tienes equipaje? –pregunta.

–No he tenido tiempo para esas cosas –responde él.

–Yo llevo todo lo necesario –interviene el tío Nils levantando una gran bolsa de viaje que a continuación acerca al borde del muelle y le entrega al hombre del barco.

Algo me resulta familiar en ese hombre.

–De acuerdo –dice el pescador–, subid todo a bordo de una vez y en marcha. No podemos seguir aquí. No tardará en aparecer otra patrulla.

Ruben y su familia se ayudan unos a otros a subir a la embarcación y el tío Nils se vuelve, me mira por primera vez y se despide con la mano antes de agarrarse a un hombre que ha estado esperando en el barco mientras nosotros estábamos en el muelle, luego sube a bordo de un salto.

–Vamos, Jesper –dice el pescador–. Te toca.

Pero mi hermano se queda parado mirando fijamente al hombre del barco y, cuando por fin se vuelve, tiene en la cara una expresión de felicidad.

–¡Me cago en la leche! ¡Es Ernst Bremer, hermanita! ¡Es Ernst Bremer, maldita sea!

–Claro que es Ernst Bremer –replica el pescador–. ¡Sube de una vez!

Jesper se acerca hasta mí y me pone la mano en la mejilla. Yo le dejo hacer.

–Nos vemos, hermanita, dentro de no mucho –dice.

Yo no digo nada y él se apresura a volver al borde del muelle y se sube a bordo de un salto.

Inmediatamente, Ernst Bremer pone en marcha el motor, que al principio suena muy tranquilo, como un débil ronroneo, luego empieza a virar la embarcación hasta que la proa apunta a la abertura del malecón y enseguida

se adentra en la oscuridad hasta que dejo de ver el barco. El pescador y yo nos quedamos allí hasta asegurarnos de que ha salido a mar abierto; cuando lo hace el motor empieza a rugir cada vez más fuerte, y después paulatinamente más débil hasta que desaparece en el mar en dirección a Suecia.

–Nadie puede alcanzar esa lancha –dice el hombre que se ha quedado conmigo en el muelle.

–Si tú lo dices... –digo.

Se vuelve hacia mí sorprendido y me mira a la cara, luego me mira el jersey, los viejos pantalones de pescar y la fotografía que sigo llevando bajo el brazo; Jesper se la ha dejado, aturdido como estaba por el entusiasmo de ver a Ernst Bremer. El pescador abre la boca para decir algo, pero la vuelve a cerrar. Yo me limito a quedarme callada. Él se pasa la mano por la cara.

–No puedes pasar por el puerto a estas horas –dice–. Hay un guardia al fondo y dos junto a la plaza de Havn. Además no tardará en llegar una patrulla. Vives en la calle Lod, ¿no?

–Sí –respondo.

–Será mejor que vengas conmigo y te quedes a dormir en mi barco. Mañana por la mañana, cuando pase el toque de queda, te vas.

–Está bien –digo.

Aún no sé cómo se llama el pescador ni sé si seguirá con vida, pero aquella noche me acosté con él en su barco. No disfruté de ello en absoluto, pero él no me rechazó y de ese modo ya lo tenía hecho. Cuando Jesper regresó habían pasado casi dos años y la guerra había acabado, pero yo ya me había escapado a Copenhague.

III

Yo tengo veintidós años. Él treinta y seis. Tiene el pelo rojizo y rizado y parece tímido, aunque tiene ganas de charlar. Habla de las montañas noruegas de Jotunheimen y de la región de Valdres. No sé qué opinar al respecto. Un reluciente autobús pasa por la calle Ueland. Llena toda la ventana de la cafetería y yo me vuelvo y miro hacia fuera; él habla de la nieve y del hielo que nunca se van, de lo hermoso que resulta el blanco contra el cielo y de la región de los valles interiores, dice que también allí se puede montar en bicicleta si se buscan los caminos apropiados. Habla de Helge Ingstad. No le sigo; ¿qué es la región de los valles interiores y quién es Helge Ingstad?

–Estoy acostumbrada a montar en bicicleta –digo–, pero no en Jotunheimen.

Le gusta que sea danesa. Eso me vuelve distinta y resulta emocionante. Hace ya tiempo que los únicos que han venido por aquí son alemanes; *ein, zwei, drei, links... links*. No es demasiado alto, pero lo es más que yo y aparenta menos de treinta y seis años porque tiene el entusiasmo de un chiquillo. Sus manos se ven duras y secas. Me gusta, me gustan sus manos. Hace todo tipo de deporte: boxeo, esquí de fondo, fútbol.

–Vålerenga –dice–, Tippen Johansen.

Y se supone que eso tiene que significar algo, pero yo me limito a mirarlo. No he conocido a mucha gente aquí, no es fácil. Pero no tengo mal aspecto y se me da bien la natación.

–En el fiordo de Bunne puedes nadar –dice–. Tenemos una cabaña allí, la hemos construido nosotros.

–¿Quiénes sois vosotros? –pregunto.

Ni siquiera fuma y no se parece a nadie que haya conocido en Copenhague o en Estocolmo. Quizá sea un poco demasiado entusiasta, un poco demasiado tímido. Se sonroja con facilidad, al fin y al cabo tiene treinta y seis años, y no debe de tener mucha experiencia. Pero no es de los que se plantan ante la puerta después del trabajo con un cigarrillo en la comisura de los labios y me impiden el paso y gritan: «¡Aquí viene la danesa!».

Pero yo no voy, sino que cruzo el café y salgo por la ventana de la cocina, rodeo los cubos de basura en dirección a la verja y llego a la calle donde puedo coger el trolebús hasta la plaza de Carl Berner. Él no dice obscenidades.

Le recojo la mesa, coloco los cubiertos y el plato en la bandeja y le pregunto si está servido. Está servido, pero quiere seguir sentado, quiere tomar postre.

–Flan –pide sonriendo.

No me queda más remedio que reírme. Tiene un aspecto tan serio. Apoya ambas manos sobre la mesa y separa los dedos. Le miro las manos. Un camión pesado pasa por la calle haciendo que vibre el suelo.

–En realidad no me lo puedo permitir –dice reclinándose. Está a gusto, tiene el pecho fuerte y la camisa prieta. Este verano hace mucho calor, pero sus manos siguen duras y secas–. No me puedo permitir comer aquí todos los días.

También eso quiere significar algo, pero yo no digo lo que debería decir, me limito a ir por el postre. Tengo la sensación de que no paro de andar. En ocasiones camino hacia el centro por la calle Ueland en vez de coger el autobús, por la tarde las calles están tranquilas, pero también hace calor en esta ciudad tan gris, el calor rebota contra las paredes de las casas, el sol acaba de ocultarse tras los tejados y estoy sudada bajo los brazos y en la entrepierna; estoy segura de que se me nota. Debería darme un baño, pero hay poco espacio en casa de la tía Kari, donde vivo. Mi habitación está al

fondo del patio y puedo quedarme allí tanto tiempo como quiera trabajar en el café. La tía Kari no es tía mía, sino de mi madre, y habla una mezcla de noruego y danés que a todo el mundo le resulta difícil de comprender. Tengo pocas cosas en la habitación que sean mías, solo algunos libros que siempre arrastro de un sitio a otro y las cuatro copas que mejor me salieron en el taller de soplado de vidrio de Søder, donde vivía en la extraña casa del tío Peder, que tampoco es tío mío sino de mi madre. Tenía un gato a rayas que se levantaba sobre dos patas y saludaba a lo Hitler cuando Peder le ponía «Vieja y libre» en el gramófono. A mí no me hacía gracia y tuvimos una pelea por eso.

–No tienes ni pizca de sentido del humor –me dijo–, te lo tomas todo en serio.

No es verdad, aunque en Estocolmo no había habido soldados alemanes. Era un sitio salvaje y me gustaba, pero no podía seguir viviendo allí, en aquella casa había demasiados locos que casi nunca dormían como la gente normal y, cuando tenía dinero y no soplaba cristales, el tío Peder estaba siempre borracho y algunas veces se le olvidaba quién era yo y aparecía en mi habitación en mitad de la noche, con el pelo alborotado y un velo ante los ojos tan grueso como el algodón. La primera vez le dejé hacer y él no paró de llorar, pero más adelante ya no quise y entonces tenía que salir por la ventana de la escalera de incendios para evitar meterme en líos.

La cafetería tampoco se llama «Café de la tía Kari», simplemente la llaman así, pero sí que es suya. Sobre la puerta pone «Café» en letras doradas sobre vidrio negro. Nada más. A ambos lados del cartel hay un anuncio de cigarrillos Virginia Blue Master, que vendemos en la barra, en el paquete aparece un caballo azul. Me recuerda a Lucifer, así que en una ocasión me

compré una cajetilla, pero eran más fuertes que los cigarrillos a los que estoy acostumbrada.

Mientras camino por la calle Hausmann me sorprende pensando en las manos del pelirrojo, pero estoy tan sudada que algo falla cuando llevo el pensamiento hasta el final, así que doblo por la calle Torg y recorro toda la distancia entre la plaza Anker y los Baños Torggata, con la chaqueta sobre el brazo y los brazos un poco levantados para que no se me pegue la blusa, cosa que de todos modos sucede. Oigo mis propios pasos contra la acera, un chico con raspones en las rodillas pasa corriendo y gritando algo que no entiendo. Quizá sea sobre mí.

Prácticamente todos los días lo veo cruzar la plaza de Kielland desde la Fábrica de Zapatos Salomón situada al otro lado, donde lleva trabajando desde los catorce años, según me cuenta; siempre viene a las cinco y cuarto en punto.

—Es la tercera vez que vengo esta semana —dice negando con la cabeza, como si no pudiera explicarse por qué ha adquirido tan caras costumbres, pero no tardará en ascender a encargado y entonces todo irá mejor.

Mueve el rabo como un cachorro y yo, al llevarme las bandejas, me miro en el espejo de la cocina y, si me fijo lo suficiente, no tengo nada en contra de lo que veo. Mi madre se equivocaba, mis rizos desaparecieron en Copenhague de camino entre la Central Telefónica y Vesterbro, y aun así los hombres se plantan ante la puerta después de la hora de cierre, con sus cigarrillos y sus peinados de noruegos no colaboracionistas y me esperan.

No tenía previsto venir aquí después de Estocolmo, quería ir a Londres, pero al final no me llegaba el dinero y me vine a visitar a la tía Kari para ver una ciudad nueva mientras ahorra para el billete y esperaba los papeles. Ahora hacen falta papeles para cualquier cosa, estamos en 1947 y debería haberme

llegado alguna carta de Jesper. Hace cuatro años que no lo veo, pero sabe dónde estoy. Se ha marchado a Marruecos y yo me he venido a esta ciudad situada al fondo del fiordo donde todo estaba gris y verde cuando llegué con el barco y después simplemente ha estado gris durante días y semanas. Todavía quedan huellas por todas partes de los que se han ido y, cuando no sopla el viento, resulta difícil respirar. Por la tarde, el polvo y la basura se arremolinan a lo largo de las cunetas y entonces me siento junto a una ventanilla abierta de algún autobús que me lleve a Galgeberg; sé que él vive cerca de allí. Camino por la calle Vålerenga, paso ante una gran casa de madera amarilla en la que, en un cartel en la primera planta, pone «Primera congregación Ebenezer». Me acuerdo de los baptistas alojados pared con pared con nosotros en la calle Asyl y pienso: «Supongo que pretendía llegar más lejos que esto». En la segunda planta veo a una mujer que, desde una ventana, mira la calle por la que camino. Lleva el pelo recogido en un moño en la nuca y mira hacia abajo con gesto de emperatriz. «La reina de Ebenezer», pienso, y me doy cuenta de que es su madre, porque ahí es donde vive y lo veo a él en ella. La mujer parece fuerte y quizá hermosa, nuestras miradas se encuentran y yo soy la primera en apartarla.

Sigo andando un rato más antes de detenerme, girar y regresar por otro camino, pasando entre casas bajas con vallas bajas. Tiene treinta y seis años y sigue viviendo con aquellos a los que llama «mamá» y «papá». Cojo el autobús hasta la última parada, en la otra punta de la ciudad, y regreso a casa andando. Tardo una hora y media. Atravieso las calles con la nariz levantada, buscando el horizonte, pero en ningún sitio veo que el cielo se encuentre con el mar o la llanura, en ningún lugar hay una línea recta. No hay más que colinas verdes que lo rodean todo; se puede uno mudar a ellas y gozar de buenas vistas a cambio de dinero.

Un hombre se ríe de mi acento cuando le pido que me indique el camino.
—¿Le gustaba más el alemán? —le pregunto.

Todos los días los periódicos están llenos de los juicios contra aquellos a quienes les gustaba más el alemán. Se sonroja y señala hacia la izquierda.

–Pasa por delante de Salem y luego recto hacia abajo –dice.

Le digo «Mil millones de gracias» en mi danés más auténtico y le doy la espalda.

Peldaños y columnas suben hacia los Baños Torggata, peldaños y columnas suben hacia la Biblioteca Deichman. Primero voy a los baños y permito que una señora de blanco me restriegue el cuerpo con jabón hasta que se me pone la piel rosa y reluciente a la luz de las lámparas. La mujer se dedica a contar chistes mientras trabaja y tiene las manos de un leñador. Yo cierro los ojos y me entrego a esas manos, siento cosquillas en el estómago cuando me echo hacia atrás y ella me restriega por delante.

–¿Has oído el del soldado alemán que perdió el tranvía del ocho de mayo? –pregunta.

Estoy rodeada de vapor y su risa es oscura y suave, sonrío sin abrir los ojos, me sumerjo y luego me ducho de camino a la piscina, donde me zambullo y nado mil metros. Eso son veinte largos, adelante y atrás sin parar, y presto poca atención a quienes se tiran al agua y saltan y juegan en ella. Respiro con tanta calma como puedo y nado con brazadas constantes entre los cuerpos, después me meto en la sauna y me quedo allí sentada hasta que mi cabeza está igual de limpia que mi cuerpo y mis pensamientos descansan en mi piel. Tras una segunda ducha, salgo y bajo los peldaños entre las columnas sintiendo el cuerpo pesado y ligero al mismo tiempo; el aire de la ciudad me acaricia la nuca y me hace cosquillas. Giro en la esquina con la calle Henrik Ibsen, que recorro en sombra hasta llegar a la escalera oblicua y soleada que sube desde la plaza Garborg hasta la plaza ante la biblioteca, luego subo los peldaños entre las columnas que conducen a la entrada

principal y al final la escalera que va desde el guardarropa hasta la sección de préstamo de libros. Una vez allí me tengo que sentar. Si hago ese camino demasiado rápido cuando hace calor, tengo que volver luego a los baños, y no puedo permitírmelo. Dos veces a la semana es bastante.

Al cabo de dos horas salgo con los brazos llenos de la Serie Amarilla. Leo y leo. Leo un libro al día: Anna Seghers, André Malraux, Ilja Ehrenburg, Hemingway. El año pasado salió *Por quién doblan las campanas* y ya ha llegado a la biblioteca. Tengo que luchar por él. Una mujer con un vestido marrón levanta el bolso como para pegarme cuando me ve cogerlo del estante. Está colorada bajo los polvos de la cara y sudada bajo los brazos, se remanga cuando corre hacia mí.

–¡Me lo iba a llevar yo!

–Lo devolveré dentro de un par de días –le digo, pero no sirve de nada.

–Ni siquiera eres noruega –me espeta.

Empieza a perseguirme entre las estanterías, riñéndome y quejándose en voz tan alta que toda la gente de la sala se vuelve y nos mira molesta. Un hombre con sombrero y gabardina situado junto a la estantería del fondo pega una patada en el suelo y masculla: «Malditas mujeres». Efectúo una retirada hacia el mostrador. La mujer que está detrás de él es la misma de siempre, me reconoce y me mira a los ojos.

–Has ganado –dice–. Pero hay una lista de espera. El libro ni siquiera debería estar en el estante. Pero sé que lo vas a leer rápido.

Y luego me guiña un ojo, se tapa la boca y me da la espalda. Se le mueven los hombros y yo me voy riendo todo el camino hasta que bajo la escalera y le pregunto a un hombre de aspecto agradable dónde está el *kaffistove* más cercano.

–*I'm sorry. I don't speak Norwegian. I'm new here, you see. Arrived only yesterday. From London.*

–*Oh. What I did was I asked you for directions to the nearest kaffistove,*

but then you wouldn't know.

–No, I wouldn't. What's a kaffistove, by the way. It sounds like an oven of some sort.

–It's a café. For people from the countryside.

–You're from the country, then?

–Yes, but not from this one –sonríó, él me mira confuso y añadido–: I'm Danish. So I'm from another country.

–Oh, I see. Very funny. So am I then. From the country, but not from this one. Oh well, a kaffistove sounds good to me. May I buy you a cup of coffee, if we find one?

–You certainly may –respondo y me echo a reír, y a él le gusta que me ría, al menos eso dice.

Vamos al Bondeheimen, un local que conozco bien, y allí bebemos café y hablamos inglés. Creía que me resultaría difícil, pero cuando abro la boca el idioma me sale solo. Todo lo que he leído hace cola por salir. Al hombre se le da bien escuchar y, cuando al final me invita a su habitación de hotel, me entristezco y acepto.

Me despierto y todavía es de día. Noto luz a través de los párpados y, cuando los abro, hay luz en la habitación. La ventana está abierta de par en par. Oigo un tranvía en la calle, así que no estoy en mi cuarto. Del techo cuelga una araña con hileras de trocitos de vidrio tallado que intentan parecer cristales. Debo de haberme quedado dormida, pero no recuerdo cuándo. Tal vez enseguida. Eso hubiera tenido su gracia. Ruedo bajo las mantas. El hombre está sentado desnudo en el borde de la cama hojeando mis libros. No me gusta. No me gusta su espalda. He cambiado de opinión. Ya no quiero ir a Londres.

–You are a communist –dice sin volverse.

–Of course I am –le digo–, we are all communists here. Take your hands off my books.

–My suspicion exactly, this place is crawling with communists –dice, aunque yo no soy comunista.

No conozco a ningún comunista. Quizá Jesper lo sea, pero no lo creo. El tío Peder tampoco es comunista, pero en su casa se organizaban a veces largos desayunos en los que diez y hasta quince inquilinos se pasaban horas debatiendo. Aquel hombre de sesenta años que no es mi tío, sino el de mi madre, presidía la mesa con resaca y los pulmones destrozados y hacía más bien de moderador de la reunión que de anfitrión; y lo que se debatía era la guerra civil española y no la gran guerra que acababa de terminar. Johannes, que llevaba un ojo tapado con un parche, había estado en las calles de Barcelona con la nariz irritada por el humo de la pólvora de los fusiles desvencijados, y diez años después seguía sintiendo lo mismo cuando dormía; en sueños, oía los gritos de sus compañeros. En aquella mesa no se tenía a los comunistas en muy alta estima. Estos habían traicionado a los sindicalistas catalanes y les habían disparado por la espalda en el momento decisivo del destino.

Por lo general yo me limitaba a escuchar, y gran parte de lo que se decía se decía por mí. Yo era mujer y joven, así que ellos se acaloraban, se entusiasmaban, alzaban las manos y querían ser los primeros en soltar las mejores frases. Aquellos hombres mayores me contagiaban, no tenían una sola voz, sino que se interrumpían unos a otros y vestían la historia de palabras y de trémulas imágenes amarillentas hasta que se sentían en ella como en casa; y yo era la invitada de honor. Me llevaron casi en volandas hasta la Casa del Pueblo del barrio de Klara para que escuchara a Stig Dagerman, un joven escritor y director de periódico que nos habló de su visión del anarquismo. Él era la nueva voz de su coro y fue su esperanza de

futuro hasta la noche en que se metió en el garaje de su casa, cerró todas las puertas y respiraderos y dejó el motor en marcha.

Pero en Klara solo tenía dos años más que yo y aún le quedaban seis de vida. Me senté en la sala y escuché todo lo que decía con sus ojos tristes y de sonrisa infantil y, al acabar la conferencia, el tío Peder me cogió de la mano y me condujo hasta el podio a través de las filas de sillas para que lo saludara. Stig Dagerman se bajó de la tribuna con la cartera bajo el brazo y su mano no era más grande que la mía. Nos quedamos un rato hablando de caballos. Él me habló del marrón que habían tenido en la granja donde se había criado. Era capaz de quitarle el sombrero a su abuelo, de coger el terrón de azúcar que sostenía sobre la cabeza y de ponerle de nuevo el sombrero; y yo le hablé de Lucifer, que desapareció sin dejar rastro cuando mi abuelo se ahorcó en el pajar. Si le daba permiso, le gustaría usar la historia en algún libro. Se lo di.

–Hasta luego, compañera* –dijo cuando cogió la cartera para irse.

–No pasarán –repliqué yo, que era lo único que sabía decir en español, y lo saludé con el puño cerrado como solía hacer Jesper. Quizá fuera un error, aunque él sonrió e hizo lo mismo, luego se volvió y salió por la puerta.

Pero en Oslo no conozco a ningún sindicalista. El inglés desnudo está sentado en el borde de la cama hojeando mis libros. Apoya el dedo sobre el nombre Ilya Ehrenburg diciendo que soy comunista y por mí está bien. No me importa ser comunista para él. Salgo desnuda de la cama para coger mi ropa y empiezo a ponérmela despacio, prenda por prenda. Él se vuelve y clava la mirada en mí, pero yo continúo como si él no fuera nada y lo dejo solo con su ridículo cuerpo blanco.

–*My books, please* –digo, y él me tiende todo el montón.

Me los coloco bajo el brazo, salgo de la habitación y bajo la escalera hasta la recepción.

Camino y camino, huelo el polvo de los bordes de las aceras y de las paredes de las casas, la humedad indefinible del río que atraviesa la ciudad y el olor ácido y dulce de la Fábrica de Cerveza Schou, donde se yerguen las grandes calderas de cobre, tan relucientes por dentro; siempre que paso, hay alguien mirando por las ventanas, haciéndose sombra con las manos. Por la tarde regreso a pie por la carretera de Trondhjem, así me ahorro el dinero que cuesta el autobús, pero luego me lo gasto en el cine, donde veo todo lo que ponen. Noche tras noche, me siento en la oscuridad, en una sala repleta, y miro fijamente la pantalla: películas de ficción, noticiarios, documentales, dibujos animados; viendo *Tom & Jerry*, a una señora de la fila siete le entra un ataque de risa. Al final es la única que se ríe y todo el mundo se vuelve hacia ella en la oscuridad, pero es incapaz de parar. Debe de hacer mucho que no se ríe. Se marea y tienen que sacarla en brazos; la luz entra a raudales por la puerta trasera del cine y luego vuelve a desaparecer. La oímos llorar y reír al otro lado de la puerta.

–No, no. No quiero –grita.

Yo tampoco quiero. Me levanto, les pido disculpas a las trémulas caras y la fila entera tiene que levantarse de sus asientos para dejarme pasar. Salgo junto a la taquilla y alcanzo la calle donde la tarde es todavía clara y las sombras largas, el sol bajo brilla frente a mí cuando subo por la calle Karl Johan. No veo caras conocidas en ningún sitio y pienso: «¿Por qué no me escribirá Jesper?». Recibo una carta de mi madre una vez al mes y en ellas dice: «Si llevas la luz sobre la frente y a Jesús en el corazón, la felicidad te acompañará». Al llegar a Studenterlunden, la luz me da directamente en los ojos, pero Jesús hace mucho que me ha abandonado.

Me reenvían las cartas desde Dinamarca. De Helga, de Magdeburgo. Por el sello postal, veo que hace varios meses que fue enviada. La última vez que recibí noticias tuyas fue en el verano de 1939 y entonces le respondí. Nos escribimos que nos íbamos a encontrar, pero luego pasaron cinco años de bombas y llamas y dos años de silencio y ahora vive en la zona ocupada por los rusos y no puede salir. Los soldados desfilan cantando por las calles y su perro Kantor aúlla.

Hace tiempo que evito pensar en ella.

Leo la carta en mi habitación, con la ventana abierta al patio. Es tarde, el aire no se mueve, nada se mueve salvo las hojas cada vez que dejo una de ellas sobre la cama. Es una carta larga, repleta de palabras amargas. Walter murió en Stalingrado, su padre murió de pena y luego aparece una larga retahíla de cosas que les faltan, que pensaban que tendrían ahora que hace más de tres años que ha acabado la guerra; quisiera poder compadecerme de ella. Para Helga la guerra fue una riada que vino y se fue, nadie podía hacer nada para remediarla, y la vergüenza que, pese a todo siente, la pone furiosa. Ahora, al menos, todo debería volver a ser como antes. Pero nada es como antes. Viven en un sótano que tiene encima una casa destrozada de cuatro plantas, sigue siendo invierno, el agua rezuma por las paredes y el carbón con el que se calientan está igualmente húmedo, humea y se posa pegajoso sobre todas las cosas. «Tengo un aspecto horrible», escribe.

Dejo la última hoja sobre la cama con irritación y me quedo sentada.

—¿No te sientes bien, pequeña? —me pregunta la tía Kari.

Está de pie en la puerta de la habitación, con la bata de seda negra ceñida

alrededor de su extraño cuerpo. Tiene cincuenta y nueve años y es casi igual de ancha que larga; es el corazón el que ocupa tanto sitio. Tiene la sombra oscura de un bigote sobre sus labios siempre rojos y lleva rulos en el pelo artificialmente oscuro.

Reúno las hojas en un montón y la miro.

–¿Por qué lo dices? –replico.

–Mírate en el espejo, mi niña.

Pero no lo hago. «Querida Helga –escribo–, este no debe de ser un buen momento, tu antes no es como mi antes», escribo; pero no lo envío.

Es perseverante. Tiene turno de noche del viernes al sábado; por la mañana, justo antes de que abramos, cruza la plaza iluminada bajo los árboles y se queda esperando ante la puerta, con las manos en los bolsillos, hasta que lo dejo entrar. Quiere desayunar. Eso es nuevo. El asedio va en aumento. Tiene los ojos enrojecidos por la falta de sueño y no se mueve con tanta agilidad como cuando se adentra entre las mesas del café para mostrarme los movimientos básicos del esquí o cuando bailotea con las manos cubiertas por unos guantes invisibles, con un puño delante de la cara y el otro girando en torno a mi cabeza o a la de la tía Kari, hasta que de pronto se sonroja, sonrío con timidez y regresa a su sitio.

Ahora se sienta en el cubículo más cercano a la ventana.

–Discúlpame un instante –dice.

Y apoya los brazos sobre la mesa, la cabeza sobre los brazos y permanece así durante al menos diez minutos antes de enderezar la espalda y pedir unos panecillos y un café. Sufre un poco en nombre de las apariencias, en mi nombre. Tiene encanto, pero no es impresionante. Yo hacía muchas veces turnos dobles en la Central Telefónica de Copenhague y en ocasiones hasta tres turnos seguidos para ganar algo de dinero extra; en tales casos, Luise,

que había empezado a trabajar allí el mismo día que yo, me daba unas pastillas estimulantes. Unimos fuerzas y compartimos un apartamento en Vesterbro, y no sé qué tendrían aquellas pastillas, que le daba un médico conocido suyo, pero éramos capaces de trabajar sin dormir dos días con sus noches y luego nos zambullíamos en la cama y dormíamos veinticuatro horas seguidas. Al despertar estábamos vacías y sin memoria, y en el cuerpo teníamos un agujero que hacía que nos temblaran las piernas. A duras penas conseguíamos ponernos las batas, salir tambaleándonos a la calle Isted y llegar hasta la panadería más cercana para comprar unas baguettes y algo de leche. Luego nos sentábamos en la escalera que daba a la calle y nos comíamos el desayuno allí mismo, en bata, hasta recuperar fuerzas para subir de nuevo al apartamento.

Y luego volvíamos al trabajo. Al acabar la semana, lo que habíamos ganado extra se nos iba en el cine y en la montaña rusa de Bakken. Nos montábamos en ella una y otra vez hasta acabar con la columna hecha gelatina, gritábamos y chillábamos hasta que perdíamos la voz y se nos revolvió el estómago. Cuando la atracción por fin se detenía, nos bajábamos temblorosas y salíamos corriendo hacia los arbustos, tras las grandes estructuras junto a la valla, y una vez allí apoyábamos la frente contra la malla metálica y vomitábamos algodón de azúcar y manzanas asadas hasta que se nos apaciguaban las tripas; y primero se echaba a reír Luise y después me reía yo, sacábamos nuestras últimas monedas y nos volvíamos a montar. Éramos dos chicas de provincias que desperdiciábamos las noches chillando y nunca teníamos suficiente.

Los días y las semanas con Luise se sucedían en un flujo continuo: en el trabajo y después de trabajar, por la noche en las oscuras calles y en las oscuras salas de cine, con la trémula luz de la pantalla en la que Cary Grant nunca paraba de hablar y con la luz sobre el asfalto mojado de la plaza Kongens Nytorv, donde avanzábamos sobre ruedas de bicicletas que iban

chirriando a lo largo de las fosforescentes vías del tranvía, adelante y atrás, adelante y atrás, siguiendo rutas fijas. Me gustaba mi trabajo pese a que estaba organizado al estilo militar, con un jefe superior de turno, un jefe de turno y un jefe inferior de turno, además de una estricta vigilancia de la ropa y el lenguaje que empleábamos. Yo pensaba que mi inglés y mi alemán eran buenos y que no tardarían en trasladarme al extranjero, donde andaban faltos de gente; estaba deseando que lo hicieran, así que nunca rechazaba las horas extra cuando me las ofrecían. Y me las ofrecían cada vez más a menudo. Un día hacía turno de tarde y al día siguiente turno doble. Antes de salir de casa por la mañana, Luise me daba una pastilla y después yo cogía la bicicleta y, por la calle Isted, atravesaba la ciudad del rey bajo la llovizna, en dirección a la Central Telefónica, junto con otros miles de ciclistas. Hasta bien entrada la noche no alzaba la mirada hacia el gran reloj de la pared, y entonces siempre eran las diez y aún me quedaba una hora para poderme ir a casa a dormir.

Pero acabó siendo demasiado. Llevaba tres semanas haciendo tres veces dos turnos seguidos. Sabía que estaba cansada, pero no lo notaba. Lo que notaba era una sensación en torno a los ojos, como si tuviera la piel de cartón, y oía un molesto zumbido que pensaba que procedía de alguna línea telefónica en mal estado, pero que no desaparecía cuando me quitaba los auriculares. Las voces que oía me parecía que procedían del fondo de un cubo de hojalata y, pese a entender todo lo que me decían, responder correctamente a cada pregunta y conectar el cable correcto con la línea adecuada, un segundo después lo había olvidado todo. El panel volvió a iluminarse y contesté.

—¿Podría hablar con mi mujer?

—¿Trabaja aquí?

—¿Iba mi mujer a trabajar en la Central Telefónica?

—Eso yo no puedo saberlo, es usted quien pregunta por su mujer.

—Dígame una cosa, jovencita, ¿está siendo usted impertinente?

Se había tomado alguna que otra copa, eso era evidente, y hacerlo no lo había puesto de buen humor.

–No, de ninguna manera.

–Me alegro. Es usted del norte, me doy cuenta. He tenido malas experiencias con la gente del norte, que lo sepa. Así que haga el favor de ponerme con mi mujer sin más tonterías.

Hablaba despacio y con mucha claridad, como hacen los borrachos cuando quieren demostrar que no están borrachos, y de pronto sentí que quería volver a casa, que no me quedaba nada para dar.

–En lo que se refiere a mi procedencia, creo que eso no le incumbe en absoluto, y en lo que se refiere a su mujer, no tengo la menor idea de quién es o de dónde está, así que me va a resultar bastante difícil ponerle con ella. No estaría de más que me ayudara usted un poquito.

–Dígame una cosa, jovencita, ¿no sabe usted quién es mi mujer?

–Siento decírselo, pero no, no lo sé.

–¿Tampoco sabe usted quién soy yo?

–No tengo la menor idea. Pero es evidente que se ha tomado un par de copas de más, así que creo que debería usted acostarse. Y tómese un gran vaso de agua y dos aspirinas de camino a la cama. Ese es mi consejo. Adiós.

Lo desconecté y eso fue todo. Eran las once menos cinco, así que apagué mi panel, me fui a casa y dormí como un tronco hasta bien entrada la mañana del día siguiente, en el que tenía turno de tarde. Desayuné de pie junto a la encimera, todavía dormida, recorrí todo el camino hasta la Central Telefónica con los sueños aún en el cuerpo y, en el pasillo, me encontré a Luise, que salía del turno de mañana. Me miró con los ojos como platos.

–Tienes que ir a ver a la jefa de guardia enseguida. Están completamente histéricos.

–¿De qué se trata? –pregunté, y ella abrió las manos hacia mí.

–Creía que tú lo sabrías, pero se trate de lo que se trate, es algo gordo.

Me adentré entre los paneles con la mirada clavada en el techo, las voces fueron callando y se hizo el silencio en la gran sala; lo único que oía eran mis propios zapatos contra el suelo. Eran nuevos y considerablemente caros y ya no me quedaba dinero para el resto del mes. En el otro extremo, ante el despacho de la jefa de guardia, miré a través del cristal de la puerta y la vi muy tiesa tras su escritorio, con sus galones en las mangas; además había allí un hombre con traje azul y otro con traje gris. Este último era el director, yo lo sabía, porque siempre saludaba con todo el cuerpo y sonreía con ojos vidriosos a toda mujer de menos de veinticinco años.

Llamé a la puerta, entré y la cerré tras de mí.

Lo que me dijeron fue que el borracho que quería hablar con su mujer la noche anterior era el rey. El rey de Dinamarca. No dijeron que estaba borracho. Yo había sido impertinente con el rey de Dinamarca y, puesto que me quedaba una semana del período de prueba de medio año, me despidieron ese mismo día. No me preguntaron por mi versión y yo tampoco les pedí que me escucharan, porque las cosas que tengo que pedir no las quiero.

–¿Cómo han sabido que eras tú? –me preguntó Luise.

–Soy la única noruega de toda la Central Telefónica. El rey solo ha tenido malas experiencias con la gente de esa parte del país.

Pedí dinero prestado a Luise y me fui a Estocolmo para entrar de aprendiz de sopladora de vidrio con el inmigrante danés Peder Aaen, en Søder, eso le cuento al hombre sentado en el cubículo más cercano a la ventana que da a la calle Ueland, que me despidieron de la Central Telefónica de Copenhague porque fui impertinente con el rey de Dinamarca.

Se queda pensativo. A nadie de su familia lo han despedido nunca de su trabajo. Ellos se han presentado fielmente en su fábrica todos los santos días, a las seis o las siete de la mañana, su padre, sus hermanos, año tras año. Me

cuenta que él faltó una sola vez, cuando tuvo que ir al hospital porque se había destrozado la espalda en un salto de esquí.

–Todavía no la tengo bien –dice–. Cuando me duele mucho, tengo que ponerme corsé. Me aprieta como mil demonios.

Aquí tienen una visión del rey distinta de la que tenemos en Dinamarca. Nadie ofende al rey de Noruega y luego lo cuenta como una gracia, aunque su rey sea en realidad danés; y yo tampoco lo he contado para hacer una gracia. Pero le he dado algo sobre lo que pensar y se marcha a casa en el autobús que pasa por la calle Waldemar Thrane sin contarme las últimas nuevas del cuadrilátero de boxeo ni las del equipo *old boys* de Vålerenga, donde sigue jugando al fútbol dos veces por semana.

Los sábados el café cierra pronto. Es una casa de comidas, no un lugar donde se pueda uno apalancar con una cerveza tras otra hasta las tantas y hablar de tonterías.

–Vete ya –dice la tía Kari–. Es sábado. Yo hago caja y cierro. Irás a la ciudad, ¿no?

Aquí, en las cercanías de la plaza de Kielland, no se considera que estemos en la ciudad, pese a que estamos dentro de Oslo. La ciudad es el centro.

–No lo sé.

–Claro que sí –dice, pero yo me quedo allí parada mientras ella hace las cuentas y mete el dinero de la caja en una carterita de cuero.

–No lo sé –murmuro de nuevo.

Me siento pesada como los colchones que he visto tirados bajo la lluvia en otoño, imposibles de mover, pesados como un animal muerto. Me froto los ojos y ella va apagando las lámparas; salgo con reticencia y me quedo esperando en la acera hasta que sale ella también y cierra con una de las

llaves del gran llavero que siempre lleva en el bolsillo del abrigo. En la calle sopla un viento frío, miro a mi alrededor desorientada.

–¿Y bien? –pregunta la tía Kari.

–¿Nunca echas de menos tu casa? –pregunto.

–Mi casa –dice ella–, ¿dónde estará eso?

–¿No estás a gusto aquí?

–Ni un segundo.

–Pero te podrías haber vuelto a casa. ¿Por qué no lo hiciste?

–*L'amour* –dice la tía Kari–, y ya hace mucho tiempo que es demasiado tarde. No merece la pena hablar de ello.

De pronto da media vuelta, se dirige hacia su coche, lanza la cartera del dinero dentro a través de la ventana medio abierta del lado del conductor, abre la puerta y se sube en él. Es la única mujer que conozco que sabe conducir; tiene un Citroën negro de antes de la guerra.

–Se lo dejaron aquí –responde cuando le pregunto de dónde ha salido.

–Que pases una buena noche de sábado en la ciudad –me dice a través de la ventanilla, luego arranca el motor y se marcha.

Yo me quedo quieta viéndola cruzar la plaza de Kielland y se aleja por la calle Sanner en dirección a la plaza de Carl Berner, después me vuelvo y echo a andar en dirección contraria.

Pero no llego al centro. Una vez pasada la cuesta de Telthus, tuerzo por el camino que pasa por Fredensborg, recorre la parte trasera de la Biblioteca Deichman y continúa por delante de la iglesia sueca de Margareta. No debería haberme marchado de Estocolmo. Aquellos hombres mayores no eran tan malos. Eran unos pesados, pero se pasaban las mañanas durmiendo y soñando con Barcelona, y entonces yo bajaba al taller de soplado de vidrio de la primera planta, a esas horas tranquilo y luminoso contra las oscuras ventanas gracias a las lámparas del techo, y las llamas de la fragua también proporcionaban luz y calor. La frente del tío Peder relucía cuando tosía y se

agachaba sobre el largo tubo de soplado, y evitaba mirarme, porque se había emborrachado la noche anterior y se había plantado ante mi puerta gritando un nombre que no era el mío hasta altas horas de la madrugada. No debería haber cogido el tren a Gotemburgo, ni el barco que cruzaba el mar hacia Dinamarca, no debería haber estado en la cubierta cuando atravesamos la bocana del puerto, con los viejos faros parpadeando y parpadeando en dirección a nuestra ciudad donde la cuesta de Pikker había desaparecido en la niebla tras las casas; al norte, el hotel Frydenstrand estaba a oscuras y en el muelle no había más que un borracho vomitando con niebla alrededor de sus piernas. No debería haber llevado mi maleta a la alcoba de detrás de la lechería solo para volverme a marchar apenas una semana más tarde. Hacía dos años que no iba y mi madre me persiguió por la escalera, asediándome a preguntas: por qué me había marchado antes de que se fueran los alemanes, antes de que Jesper regresara a casa, por qué no me había quedado en Copenhague ni en Estocolmo, por qué no les escribía.

Jesper no estaba cuando llegué con el barco. Ninguna de sus cosas estaba en la alcoba. Greta Garbo y la cortina roja habían desaparecido, y también Rosa Luxemburgo, cuya foto había estado colgada en la pared durante toda la guerra, camuflada como una tía de mi padre.

–¿Dónde está Jesper? –pregunté.

–En Marruecos –respondió mi madre con dureza–, pero quizá tú ya te hayas hartado de ver mundo.

No la reconocía. Me encontraba de pie junto a la vieja cama, sobre la que seguía colgado Lucifer. Iba sacando una prenda tras otra de la maleta. Mi madre estaba en la puerta de la alcoba, con los brazos cruzados sobre el pecho, y yo la veía fea. El cráneo le presionaba la piel de la cara, tenía los ojos de un color azul sin fondo y podía ver a través de ellos.

–Aquí hay trabajo de sobra –dijo.

En ese momento cerré la maleta de golpe, dejé estar el resto del equipaje y

salí.

Era casi de noche y no había toque de queda. Deambulé por la ciudad durante varias horas, subí la calle Danmark y la volví a bajar, fui a los muelles y regresé y, por el norte, llegué hasta el paseo Rose. La casa de Lone parecía más metida en el jardín que antes, no se veía luz en ninguna ventana, la valla de madera estaba destrozada en varios puntos y el seto estaba enorme. Habían quitado la placa con el nombre de la verja. El lugar donde estaba nunca había sido pintado y me quedé mirando el rectángulo gris. Lo acaricié con los dedos. La madera tenía un tacto podrido y perecedero.

Un día vi a Ruben en el centro. Se cruzó conmigo por la calle, pero no me reconoció. Quizá fuera por el pelo corto. Por un momento se me pasó por la cabeza seducirlo desvergonzadamente, llevármelo al bosque de Vannverk o a las dunas de la playa de Kæret. Él estaría desnudo y mudo al viento y entonces se daría cuenta de quién era yo. Pero su espalda fue menguando acera arriba y yo me quedé quieta sin hacerle señas ni llamarlo. Al menos estaba vivo. Casi todos los judíos de Dinamarca se marcharon a tiempo a bordo de barcos rápidos, pesqueros y botes de remo, gracias a gente como Jesper. Pero Jesper estaba en Marruecos y yo no podía quedarme en casa, los brazos del malecón me oprimían, sentía una parálisis en el cuerpo, tenía las articulaciones rígidas y los labios secos, no podía respirar, no podía hablar. Quería irme a Londres, pero solo tenía dinero para llegar a Oslo.

Seis silenciosos días en la calle Lod y al séptimo metí de nuevo la ropa en la maleta y me encaminé hacia el barco. Me acompañó mi padre. Quería llevarme la maleta. Era ridículamente ligera, pero le dejé hacerlo y caminé unos pasos por delante de él para que no me viera la cara. No dijo nada durante el camino ni tampoco cuando subí a la pasarela del viejo barco. Era el *Melchior*, que seguía navegando.

Una vez a bordo dejé la maleta en la sala de equipajes, subí a cubierta y me acerqué a la borda de popa. Estaba solo, a pocos metros de un grupo de gente

que gritaba y se despedía con pañuelos y servilletas, y pensé que quizá también él se despidiera con la mano, pero no lo hizo, se limitó a quedarse de pie con el largo abrigo que llevaba siempre que hacía viento, con las manos a la espalda y su boina marrón en la cabeza, y resultaba imposible saber qué estaba pensando porque su rostro estaba totalmente tranquilo. Los motores se pusieron en marcha, las maromas se soltaron de los pilotes del muelle y cayeron al agua con un chasquido antes de que los cabrestantes las subieran a bordo; la cubierta vibró. En ese momento mi padre levantó la mano y se sacó un puro del bolsillo del chaleco bajo el abrigo, lo encendió y exhaló humo al viento. El humo le volvió a la cara, y yo sabía que le escocía, que se le saltaban las lágrimas; entrecerré los ojos y miré el muelle y a mi padre a través de un velo ondulante. Era molesto, guiñé los ojos intensamente, pero no me sirvió.

Es otoño. Jesper y yo estamos jugando en la pendiente que rodea el pozo. Para llegar hasta él tenemos que cruzar un prado que se extiende por detrás del jardín chino. Todavía no hace tanto frío como para que tengamos que llevar zapatos. Ya se ha cosechado el trigo y los prados están despejados. Somos libres, podemos ir a donde queramos sin que nadie nos regañe. El cielo está alto, podemos correr sin empaparnos. Este es un buen sitio para jugar, está resguardado del viento y nadie puede vernos, solo estamos Jesper y yo. A lo lejos, en el bosque, suenan un hacha y los caballos de Vrangbæk y oímos al abuelo gritar, pero no nos llama a nosotros. Aquí hay tranquilidad. Podemos jugar. Nos perseguimos por la pendiente, que es redonda como un cráter, con el pozo abierto en medio; la hierba crece allí tan alta que resulta muy agradable correr por ella. Tengo que atrapar a Jesper, pero no es fácil. Él es rápido, hace de Ernst Bremer y yo de aduanera, y nadie puede atrapar a Ernst Bremer. Corremos en círculo una y otra vez hasta que el cielo empieza a girar, nos mareamos, vamos dando tumbos en zigzag y somos unos campesinos borrachos. Hemos visto muchos campesinos borrachos. El abuelo se emborracha hasta perder la conciencia una vez al mes, pero Jesper es el más borracho, se tambalea y se lleva las manos al vientre.

–¡Aaay, qué mal me siento! –grita.

Se inclina sobre las rodillas para vomitar y lo consigue. Hace ruidos estertóreos. Ningún hombre ha estado nunca tan borracho. Se sujeta la barba como hace el abuelo para no mancharse y tiene la cabeza muy pesada y dolorida.

–¡Aaay! –grita Jesper–. ¡Me siento tan mal que me quiero morir!

Me estremezco de gusto. Nadie sabe imitar tan bien como Jesper, solo él se atreve a hacerlo. Se tambalea hacia delante y cae, se sujeta los tobillos y forma una rueda que empieza a rodar hacia abajo y acaba en el pozo. Me río a carcajadas. Jesper chapotea, desaparece y luego vuelve a aparecer, pero no con la cabeza. Su espalda curvada sale a la superficie; sigue agarrándose los tobillos y flota como una pelota con la cabeza bajo el agua. Después se hunde de nuevo. El viejo pozo es tan grande que hay que dar unas brazadas para llegar a la orilla. Yo aún no sé nadar, es Jesper quien sabe, pero no se suelta los tobillos.

—¡JESPER! —grito.

Y su espalda vuelve a emerger. Me arrodillo junto al borde y estiro el brazo, pero no lo alcanzo. Entonces echo a correr. Pendiente arriba y a través de los prados hacia Vrangbæk. Corro tan rápido como puedo sobre los rastrojos del cereal, con los pies desnudos; al principio me duele mucho, pero luego resulta más leve y corro todavía más deprisa. Me han contado que cuando te hundes por tercera vez estás muerto. Me queda poco tiempo. El viento ha dejado de soplar. El mundo entero está inmóvil: el cielo sobre la granja, los árboles amarillos del jardín y la colina en dirección a Gærum por donde pastan las vacas, y los novillos del jardín del puerto están quietos y me miran, no rumian, el humo de las chimeneas no se mueve y la granja queda lejos, mucho más lejos que antes. No lo entiendo. Corro tanto como puedo, el dolor de mis pies ha desaparecido y de pronto todo se suelta, despego, vuelo, eso es lo único correcto. Por fin alcanzo los primeros árboles. Cruzo entre ellos y corro por encima de los puentes del jardín hasta llegar a la explanada entre las casas, donde me detengo sobre los adoquines. Allí me encuentro con el abuelo. No soy capaz de hablar, señalo en la dirección de la que vengo. Él se vuelve, mira hacia allí y niega con la cabeza. Le tiro de la manga de la chaqueta, pero él me coge de la cintura y me levanta. Me enseña mis pies. Las plantas ya no son más que sangre y jirones de piel. En los adoquines hay

huellas rojas. Me retuerzo entre sus brazos, pero me tiene bien agarrada y echa a andar hacia la casa. En ese momento, veo a Jesper llegar corriendo, su ropa chorrea agua y se está riendo.

Es septiembre y de pronto el otoño me rodea, el cielo está alto sobre las casas de Fredensborg, ya ha refrescado algunas noches y hoy es el primer día frío. Tengo frío. No voy bien abrigada, tiemblo, me castañetea los dientes y me apresuro a subir por la calle que conduce a la Biblioteca Deichman. Un traperero viene hacia mí con su carro y su caballo.

–¡Trapos y botellas! –grita hacia las ventanas de ambos lados de la calle–.
¡Trapos y botellas!

Y en un par de casas aparecen unas mujeres con pañuelos en la cabeza e imponentes antebrazos, salen de sus portales arrastrando unos bultos que dejan en la acera y esperan con los brazos en jarras, las cabezas ladeadas y los ojos tan estrechos como ranuras. Dan un poco de miedo, pero el traperero se ríe. Eso es lo que ha estado esperando, las conoce; chasquea el látigo contra el caballo y es el amo de la calle. El viejo animal pega un respingo y tropieza, el hombre le chilla y vuelve a chasquear el látigo, pero el caballo no consigue enderezarse, le fallan las patas delanteras, se le hunde todo el cuerpo y se tumba en la calle; las varas se retuercen y el carro se vuelca lentamente. Contengo la respiración. El traperero salta del carro y empieza a maldecir. Los faldones deshilachados de su chaqueta ondean. Los trapos y las botellas salen disparados del carro, estas últimas se rompen y los cristales empiezan a rodar y se esparcen en todas direcciones.

–¡Me cago en Dios, joder! –grita él–. ¡Maldito rocín de mierda! –añade blandiendo el látigo. Echa a correr hacia el animal y le arrea para que se levante.

Pero el caballo no se levanta, se limita a jadear tan alto entre los ruidos de

los cristales que se rompen que lo oigo desde donde me encuentro y las mujeres lo oyen desde sus portales. Ahora tienen los ojos abiertos y sus manos cuelgan a ambos lados del cuerpo; echo a correr, con una mano agarro al trapero y con la otra le arrebató el látigo, y le doy un empujón en el pecho. El hombre cae hacia atrás y yo le pego en el muslo con el mango, le golpeo una vez más con todas mis fuerzas, sujetando el látigo con ambas manos.

—¿Estás loca? —me grita cerrando los puños, pero me tiene miedo, así que los vuelve a abrir para llevarse las manos al muslo, y en ese momento le pego en la mano.

Suelta un chillido y una línea roja aparece en el dorso de su mano, a lo largo de la línea mana la sangre. Arrojo el látigo a un lado y me agacho junto al caballo, apoyo la mejilla contra el cuello del animal, siento frío en las rodillas y el calor de su gran cuerpo contra la chaqueta y el estómago, y el único sonido del mundo es su respiración contra mi oreja. Cierro los ojos; estoy cansada, podría echarme a dormir. El caballo jadea. Luego se calla. Abro los ojos. Está muerto. Sencillamente, ha muerto, y primero hay silencio y luego oigo carreras por la calle.

—¿Está muerto? —pregunta una de las mujeres desde el portal.

Guiño los ojos, no puedo reflejarme en los ojos del caballo.

—Creo que sí —respondo.

—¿Eres danesa? —dice, pero no es una pregunta.

Me levanto, me sacudo la porquería de la parte delantera de la falda y me ciño la chaqueta.

El trapero se lame la sangre del dorso de la mano.

—¿Está muerto? —pregunta—. No está muerto, es lo único que tengo. ¿Lo entiendes, danesa loca? ¡Es lo único que tengo!

—Entonces ya no tienes nada —le digo.

Doy media vuelta y me voy. Siento sus miradas en la espalda. Se ha levantado viento y la estrecha calle es como un embudo que absorbe todo el aire, luego este la atraviesa y sale por la otra punta. El viento me empuja por la espalda y, al pie de la escalera de la Biblioteca Deichman, llega desde varios lados; sube por todas las calles desde el fiordo, por todos los callejones, y en la plaza se libera y forma un laberinto de viento, y el único modo de salir de él es entrar. Subo la escalera a toda prisa, pero a medio camino descubro que es demasiado tarde: está cerrada. Me detengo. Es sábado, los empleados están saliendo por las grandes puertas charlando y riéndose, y en medio del grupo va la mujer del mostrador a la que siempre acudo. Me ve enseguida y me sonrío, yo le devuelvo la sonrisa, pero aun así se detiene en mi escalón.

–Tampoco es tan terrible, es solo un día y luego volvemos a abrir. ¿No tienes nada que leer?

–Claro que sí. –Estoy temblando, y no me gusta que lo vea.

–Estás lívida. Vas poco abrigada. Hoy hace frío de verdad. ¿Adónde pensabas ir después?

Me encojo de hombros. A ningún sitio. No pensaba ir a ningún sitio.

–Pues vente conmigo, vivo aquí al lado –dice, señalando la dirección por la que he venido, pero yo no me muevo. Me pasa un brazo por encima de los hombros–. Vamos, tienes que descongelarte –insiste, y me abraza.

Me quedo completamente quieta, espero, me inclino hacia ella y, lentamente, empiezo a sentir el calor que emana de su abrigo. Escucho su respiración. No quiero irme, quiero quedarme un rato así, y eso hacemos. Luego nos vamos.

La yegua ha desaparecido de la calle por la que llegué, lo mismo que el carro, y ya no queda ninguna mujer en ningún portal. Me paro y miro a mi

alrededor; quizá lo haya soñado, quizá me haya paseado medio desmayada, o tal vez tenga mal el cerebro y vea cosas que no existen. Pero en la acera hay cristalitos. Alguien ha quitado la mayoría y ha barrido el resto hacia la acera. Alguien se ha llevado un caballo entero y un carro lleno de botellas y trapos.

–Ya no tiene nada –digo.

–¿Quién?

–Un hombre que tenía una yegua que ahora está muerta.

Caminamos una manzana más, giramos en la esquina con la calle Rosted y entramos en un portal cuya escalera tiene azulejos con estrellas en cada escalón, azul, gris y rojo claro, la barandilla es de hierro forjado. Todas las escaleras de los portales de Oslo tienen barandillas de hierro forjado. En su puerta de la segunda planta pone «Solgunn Skaug». Tiene la entrada pintada de azul y en las paredes del salón hay libros y cuadros, pero no como en casa de Lone. Aquí los libros forman pilas en el suelo cuando los estantes están llenos y los cuadros son fotografías.

–Mi familia –dice, señalándolos–. No te quites la chaqueta, primero vamos a encender fuego.

Hay una estufa de varios pisos en un rincón. Solgunn coge leña de una caja situada en la entrada y un periódico de este verano. Yo me paseo mirando los libros, he leído muchos de ellos. Ella se agacha ante la portezuela de la estufa, arruga el papel, introduce la leña, enciende las cerillas y permanece en cuclillas hasta que oye la leña crepitar. Tiene el pelo rubio y completamente liso, lo lleva cortado justo por debajo de las orejas y, cuando se inclina hacia delante, se le ve la nuca. Es muy blanca. Nos apostamos ante la estufa con las manos hacia ella y esperamos el calor. Oigo el viento contra la ventana. Oigo cascos de caballos en la calle.

–Quizá siga viva –dice Solgunn.

Niego con la cabeza. Se quita el abrigo y lo cuelga en la entrada, yo me

quito la chaqueta. Un mostrador es como un uniforme, sin él está distinta, y allí dentro más. Me entra sueño. Solgunn quita unos libros de una silla.

–Siéntate aquí –dice–. Tengo una botella de vino que me han regalado. Vamos a hacer un ponche.

Se va a la cocina mientras yo me quedo dormitando. En una de las fotografías se ve una pequeña granja. Delante de la casa hay una niña descalza. Veo quién es. Tal vez me duerma un poco, la estufa brama.

Solgunn regresa de la cocina con dos tazas humeantes y nos bebemos el ponche. Está caliente y dulce y también un poco amargo, y doy dos grandes sorbos.

–No tan rápido –dice, y creo que se refiere a que bebo demasiado deprisa, pero es por cómo hablo–: No entiendo ni la mitad de lo que dices.

Todavía tengo sueño y lo que digo sale más rápido de lo que pienso. Me oigo hablarle del barón Biegler en su landó por la noche, y de las monedas que arrojaba a los niños de la calle, del abuelo en el pajar y de Jørgensen el de la Gestapo, que me pegó en la cara y que un año más tarde se ahogó en el puerto en misteriosas circunstancias. Y mientras hablo y pienso, miro a Solgunn, que sin el abrigo es delgada, no flaca sino fina. Está sentada en el borde de la silla, sonriendo y escuchando. Tiene líneas en la cara. Yo no estoy delgada, tengo los ojos castaños y facciones grandes y redondas, como una esquimal, según me dijo mi madre en una ocasión, y eso también se lo cuento.

–Quizá más bien como una negra, pero en blanco –comenta Solgunn; tengo la frente redonda y, ahora que llevo el pelo corto, los rizos se me ven más densos y rebeldes–. Debes de estar hecha para regiones más cálidas. Para Italia, España o quizá Marruecos –añade.

–Yo quería ir a Siberia –le digo–. El que quería ir a Marruecos era Jesper, mi hermano. Está allí ahora, pero no escribe. Si se pasa un día al sol, se pone muy moreno.

–¿Siberia? –pregunta Solgunn.

–Sí.

–Aquí no te va a faltar el frío. Ya lo verás.

–Estoy acostumbrada a pasar frío –digo.

–Quizá te pase como a Alberte –dice–, la de los libros de Cora Sandel. Pasó mucho frío, hasta que se hizo mayor y se fue a Francia. Estás viajando en la dirección equivocada.

No he leído esos libros y ahora no quiero irme a ningún sitio, quiero quedarme allí. Me vuelvo a dormir y cuando me despierto sigo sentada en la misma silla, con una manta sobre las rodillas, y encima de la manta veo *Alberte y Jakob*, de Cora Sandel. Fuera se ha hecho de noche, en la ventana frente a mí veo reflejado mi rostro y a Solgunn, que está de pie detrás de mí. Tiene las manos sobre mis hombros, cerca de mi cuello, me acaricia la nuca y las orejas y me pasa los dedos por el pelo como un peine. No puedo moverme, la manta pesa demasiado.

–Por favor –le digo, pero ella responde:

–Voy a calentarte. ¿No quieres?

Rodea la silla, se inclina sobre mí, su rostro cubre el mío y su pelo rubio me hace cosquillas en la cara, ya no veo la ventana, mi cara ha desaparecido. Abro ligeramente la boca y ella me besa. Algunas mujeres son así, yo no soy así, pero si dejo que me bese seguro que puedo quedarme en esta silla tanto como quiera. Ella me rodea la cabeza con los brazos, me la echa un poco hacia atrás y pienso: «Ya no voy a poder sacar más libros».

No sé durante cuánto tiempo estuve enferma, no sé si fueron días, semanas o incluso más, no sé si fui al médico o si el médico me vino a visitar a mí, pero sobre la mesilla tenía unas botellas marrones y unos botes transparentes con pastillas y recuerdo la cara de la tía Kari en la puerta y el dibujo del papel de la pared, con vides rojas y turquesa, y unas señoritas con unas cestas colgadas del brazo. Recuerdo que bebía mucha agua y que el suelo estaba frío cuando tenía que ir al servicio, que me temblaban las piernas, y también la primera comida después de que me bajara la fiebre. Lo vomité todo, porque había pasado demasiado tiempo desde la última vez. Seguía el día a través de la ventana de la habitación que daba al patio, en el que las sombras ascendían y descendían, ascendían y descendían siguiendo un patrón que no era capaz de comprender, porque algunas veces iba rápido y otras despacio; tengo una fotografía que la tía Kari me mandó varios años después. «Mi niña de Bergen-Belsen», escribió detrás. En aquel momento me pareció indecente y aún ahora lo sigue siendo, pero es cierto que estaba más flaca de lo que lo he estado nunca. Estaba escuálida, no fina, mi redondez había adquirido aristas y es verdad que tenía la misma pinta que la gente que salía en los periódicos durante el primer año después de la guerra.

Pero lo superé; estaba de vuelta en el café antes de que cayeran las hojas de los árboles de la plaza de Kielland. Era de noche cuando llegaba y de noche cuando me iba, el viento agitaba las ramas, la gente se sujetaba los sombreros y los autobuses pesaban más que antes. Cuando había pocos clientes me ponía a mirar por la ventana y notaba el cuerpo vibrar cuando pasaban. Era como si el cristal se hubiera vuelto más fino, o la piel. Al cuarto día lo vi

llegar cruzando la plaza. Hacía frío fuera y calor dentro, entró con el cuello del abrigo levantado en la nuca, se sopló las manos y se las frotó mientras me miraba a la cara.

–¿Has estado enferma? –preguntó.

Tomo una decisión. Desde la plaza de Carl Berner me dirijo a Grønlandsleiret y, de noche, siguiendo la oscuridad de entre las farolas, enfilo la calle, paso por delante del restaurante Olympen y subo por el camino que sale a la izquierda, junto al parquecillo del edificio que tiene una gasolinera en la planta baja; en la segunda están los locales del Club Deportivo 09. Vålerenga no tiene club de boxeo, así que también es miembro del 09. Pero no lo dejan participar en las competiciones, para eso hay que tener menos de treinta y dos años.

–Es una lástima –me dijo en el café–, porque soy bueno. –Y ni siquiera se ruborizó al decirlo.

No sé cómo de bueno será, no sabría decirlo, pero subo la cuesta con pasos precavidos. Es octubre y el abrigo que me ha regalado la tía Kari abriga casi demasiado. Me invitó a que fuera a verlo y yo acepté, porque las noches son largas y Solgunn ha venido dos veces a llamar a mi puerta. Tiene mi dirección por el archivo de préstamos de la biblioteca y, cuando suena el timbre, me coloco en la ventana, al resguardo de la cortina, y miro fijamente la acera hasta que la veo salir, entonces observo lo recta y estrecha que tiene la espalda, lo recto que lleva cortado el pelo bajo las orejas; sube la calle deprisa y de pronto se detiene, se queda parada con los brazos colgando a los costados y los puños cerrados; yo espero, ella no se vuelve y luego echa a andar de nuevo.

Después de subir la escalera, entro en el local y solo veo hombres; debería

haberlo previsto. Me sitúo junto a la pared, al lado de la puerta, y enciendo un cigarrillo, al principio nadie se vuelve hacia mí. Me quedo completamente quieta y pienso que quizá haya hecho una tontería, que tal vez debería marcharme, y luego se fijan en el cigarrillo.

–¿De dónde ha salido esa mujer? –dice sin mirarme un hombre vestido con un chándal verde.

Otro hombre se encoge de hombros. No se vuelven, tienen ojos en la nuca y al mismo tiempo miran el cuadrilátero situado en medio del local, en el que dos hombres con guantes de boxeo y muy poco más dan vueltas el uno alrededor del otro con la cabeza agachada. Uno de ellos acaba de asestarle un golpe al otro y el que pega es el que me ha invitado a ir allí. Sus rizos rojizos se agitan, su cuerpo blanco se desplaza en un movimiento circular, tiene pecas en la espalda y es fuerte al tiempo que estilizado, tiene líneas y curvas que cambian constantemente y unos pies que danzan como si no supieran lo que es tropezar. Ambos hombres relucen a la luz de las lámparas; consigue asestar otro golpe, se oye un ruido sordo, «le ha hecho daño», pienso, y entonces se paran y mi hombre se inclina hacia delante con los guantes contra las rodillas.

–Jolín, ¿te he hecho daño? Lo siento. –Y da la impresión de que lo dice de corazón.

El otro sonrío con valentía, pero le ha hecho daño.

–Ya basta –grita el hombre del chándal verde–, a la ducha. Que se presenten los que vayan a participar en el concurso del fin de semana y, por una vez, ¡intentad guardar silencio!

Nadie ha dicho nada, pero de todos los rincones salen hombres de mi edad e incluso más jóvenes, llevan gruesos jerséis que se quitan antes de formar dos filas; están medio desnudos y ateridos. Los dos del cuadrilátero se dirigen hacia las cuerdas. En ese momento él me ve y me saluda moviendo el guante en el aire. Todos se dan la vuelta. Un grito asciende hacia el techo, llena el

local, se traslada en oleadas hasta la puerta, topa con las paredes y rebota violentamente; y yo presiono la espalda contra la pared de ladrillo detrás de mí. Estoy muda, no me reconozco. El hombre del chándal se vuelve y yo espero, me mira a los ojos.

–¡A CALLAR! –grita, y se hace el silencio.

Sonríe, me odia y nunca antes me había visto.

El hombre a quien he venido a ver se acerca entre las filas y resulta imposible saber lo que piensa, porque mantiene la vista clavada en el suelo mientras se va soltando los guantes, se detiene justo delante de mí.

–Enséñame las manos –dice. Apago el cigarrillo en un cenicero que está sobre una columna junto a la puerta y hago lo que me dice. Me pone los guantes y se inclina hacia delante con el dedo índice sobre la barbilla–. Pégame aquí –dice muy serio.

Le pego sin fuerza en el mentón y él dobla las rodillas, pone los ojos en blanco y se lleva las manos al cuello, luego se tambalea hacia atrás, da dos pasos hacia un lado y cae al suelo. Emite ruidos como los de un hombre agonizante. No puedo evitar reírme, eso mismo podría haberlo hecho Jesper. Pero nadie más se ríe. El hombre del chándal me contempla fijamente y ya no sonrío; todos miran hacia la puerta junto a la que me encuentro y noto lo difícil que resulta respirar en esta habitación. Me quito los guantes y los dejo caer al suelo.

–Estaré fuera, y voy a esperar un cuarto de hora –digo.

Me quedo parada en la escalera con la mano sobre la barandilla de hierro hasta que se hace el silencio al otro lado de la puerta. Espero. Por fin llega el enfado. Vuelvo atrás, abro la puerta y doy un portazo con todas mis fuerzas, luego bajo la escalera. Una vez en la acera enciendo otro cigarrillo, cruzo la calle, me adentro entre los árboles y me sitúo en las sombras, de cara a la gasolinera y el portal. Miro el reloj. Espero. Empieza a nevar. No es más que octubre, pero nieva entre los árboles y nieva en la calle, bajo la luz de las

farolas y delante de la gasolinera nieva muchísimo. La nieve y el humo del cigarrillo forman espirales blancas contra las ramas sobre mi cabeza. Doy unos pasos, regreso. Si le doy la espalda a la calle, no veo más que árboles y nieve. Llevo botines forrados, con cremallera, y calcetines gruesos. Intento correr. Me va bien. Tengo nieve en el abrigo, nieve en el pelo y nieve en la nariz, que me quito resoplando, y corro en zigzag entre los árboles con el cigarrillo en una mano y sujetándome el cuello del abrigo con la otra. Me detengo y empiezo a dar saltos. Miro el reloj. Sale antes de que venza el cuarto de hora. Tiene el pelo mojado, ve la nieve y sonrío, él ve pistas de esquí, abetos y caldos calientes, mira el reloj y mira calle abajo, mira calle arriba y otra vez calle abajo. Pero yo no estoy. Estoy en el bosque de Vannverk, oteando por encima del mar en dirección a Noruega, y le dejo esperar hasta que casi tira la toalla y se le hunden los hombros y se muerde el labio. En ese momento salgo de entre las sombras y cruzo la calle, riéndome. Él me ve y sonrío con cautela.

–Está nevando –dice.

La noche es oscura, compacta e increíblemente blanca. Un coche está subiendo la cuesta. La nieve vuela ante sus faros y se acumula de tal modo sobre el asfalto que el coche culea al girar desde la calle Grønlandsleiret, luego sigue adelante sobre ruedas que patinan y salpican nieve. Él se vuelve y se queda mirando cómo se aleja.

–Si tuviera coche, podría irme de aquí –dice.

Pero ¿adónde habría ido?

De pronto tiene un aspecto tan desvalido y tan huérfano que lo cojo del brazo; siento de inmediato que es la primera vez que lo toco. No lo entiendo. Creía que sí lo había tocado, me lo he imaginado muchas veces. Él se pone

rígido, está oscuro donde antes estaba claro, bajo la manga del abrigo está tenso y duro, como el hierro, y lo suelto antes de que me retire el brazo.

–¿Adónde te irías?

–No lo sé. He estado en Ørebro –dice–. Podría irme a Ørebro.

–¿Qué hiciste allí?

–Todos los baptistas que trabajan con zapatos han estado en Ørebro. Allí hay una escuela. Pero de todos modos no tengo coche.

–Se puede viajar perfectamente sin coche –digo–. Yo uso el autobús, con el autobús se llega lejos. Y con tren, con tren puedes llegar hasta el Pacífico.

Pero él sigue mirando el coche que desaparece con sus faros traseros rojos por la cuesta que conduce a Galgenberg, Vålerenga y la zona en la que él vive. Quizá no quiera ir a ningún sitio, tal vez quiera irse a casa. Vuelve a mirar el reloj.

–A casa por lo menos no quiero ir. El último autobús hacia Svartskog sale dentro de un cuarto de hora. Si lo cogemos en Gamlebyen, nos dará tiempo.

–¿Svartskog?

–Sí. ¿Te vienes? –Vuelve a morderse el labio.

–Por supuesto –digo, pero no ha dicho nada sobre el autobús de vuelta, ni sobre cuándo sale.

No tengo ni idea de dónde está Svartskog.

Comenzamos a andar sin hablar, él delante y yo detrás, pero por mí está bien, porque está completamente distinto aquí fuera, en la nieve que llena cada rincón del mundo y extiende un manto sobre todos los pensamientos y todas las casas hasta hacer desaparecer la ciudad, y no veo en qué dirección caminamos. Entonces se para. Deja de nevar. El aire está oscuro y brillante como el petróleo. El autobús aparece por detrás de una esquina y me ciega con sus luces. Tiene dificultades y no se atreve a parar de golpe, necesita más

espacio; frena y se desliza en oblicuo hacia el borde de la acera, un poco más adelante, donde abre las puertas. A esas horas de la noche circula con un solo empleado; nos montamos por detrás y tenemos que atravesar todo el autobús para poder pagarle al conductor. La mayor parte de los asientos están libres, pero estoy demasiado inquieta para sentarme.

–Nos quedamos de pie detrás –digo.

–Está lejos –dice–, son más de diez kilómetros.

–No pasa nada.

Regresamos entre los asientos hacia el espacio reservado para ir de pie, que está en el otro extremo, un peldaño más abajo. Nos agarramos a la barra mientras el autobús, dando bandazos, se va alejando de las luces de la ciudad a lo largo del fiordo y del puerto; vemos reflejos rojos y amarillos de las luces de navegación, de los ferries y de las casas situadas junto a la orilla del agua. Un gran buque se adentra entre las grúas y luego se queda quieto. Lo sigo con los ojos hasta que desaparece tras un cabo, al igual que la ciudad, y solo queda la nieve que reluce blanca a lo largo del camino y en los árboles.

Él señala hacia arriba, a través de la ventana del otro lado.

–Ahí arriba está Ekeberg –dice, y yo me vuelvo, pero solo veo una pared de montaña a pocos metros del autobús–. Ahí arriba estuve yo con otras mil personas viendo despegar el dirigible *Norge*. Nunca se me olvidará. Era enorme. Fue en mil novecientos veintiséis. Primero iba a Leningrado y luego seguía hacia el norte. Nobile iba a bordo y Amundsen los esperaba en Spitsbergen. Iban a sobrevolar el Polo Norte.

–Mil novecientos veintiséis –digo–. Ese es el año en que yo nací.

Él se sonroja en la penumbra y luego se echa a reír.

–Lo supongo.

El autobús gira y se aleja de la ruta que sigue el fiordo, todo queda a oscuras. Nos deslizamos a través de la noche. De pronto, a ambos lados de la carretera, aparecen unas casas con las ventanas iluminadas, no me hubiera

importado vivir en un sitio como este, en un lugar así de solitario y ensimismado, luego vuelve la oscuridad y, de vez en cuando, vislumbro el agua negra entre dos elevaciones. Seguimos de pie al fondo del autobús, sin decir nada, y de tanto en tanto el vehículo se detiene para que baje gente, al final solo quedamos nosotros, pero no nos sentamos. Nos limitamos a aferrarnos a la barra cuando el autobús gira violentamente o reduce la marcha al subir una empinada cuesta con muchas curvas. Culea, y nosotros con él, y después continuamos en línea recta. Finalmente el autobús se detiene, el sonido del motor se acalla y muere y se hace evidente que no estamos hablando. El conductor se vuelve.

–Última parada, Svartskog –grita con voz innecesariamente alta.

Se abre la puerta trasera y nos bajamos. Hay una tienda con los escaparates negros y, un poco más allá, una granja, quizá haya alguna otra casa al doblar la curva, pero ante todo hay bosque tupido en todas direcciones. Él echa a andar por la carretera, el conductor enciende una cerilla dentro del autobús; es la única luz que veo. Por un momento vacilo y luego me acerco a la puerta delantera y llamo. Se abre de golpe. El chófer se inclina hacia delante con el cigarrillo en la mano.

–¿Sí? –pregunta.

Me quedo mirándolo fijamente: la corbata apretada, la gorra del uniforme con su visera brillante y la sombra sobre la frente que me impide verle los ojos; no recuerdo qué quería.

–¿Sí? –repite, un poco más cortante, y entonces me saco el paquete de cigarrillos del bolsillo del abrigo, cojo uno y lo sostengo entre dos dedos. Él agita las cerillas y se queda sentado, yo me quedo quieta pero él no se levanta. Tengo que subir los dos peldaños. El hombre enciende una cerilla, hace calor dentro del autobús, me inclino y no le miro la cara.

–Gracias –le digo, y vuelvo a bajarme.

La puerta se cierra. Estoy un poco mareada. Inhalo el humo, cierro los ojos

y los vuelvo a abrir. Me giro. Me está esperando cincuenta metros más allá. Doy un par de caladas y luego arrojo el cigarrillo algo más adelante y me dirijo hacia él. A medio camino me detengo y miro hacia atrás. El autobús permanece quieto y a oscuras, el cigarrillo en el suelo todavía tiene brasa.

Caminamos durante un cuarto de hora por un sendero a través del bosque. Estaba oscuro, pero él conocía el camino y no pisó mal ni una sola vez; las ramas estaban cubiertas de nieve y me avisaba de cuándo debía tener cuidado, me las apartaba para que no me dieran en la cara, y entonces la nieve se desplomaba y me caía en la nuca. Después el cielo se abrió, apareció la luna y habíamos atravesado el bosque. Llegamos a un camino donde la nieve se extendía blanca y sin huellas, y al otro lado del camino no había nada. Crucé, me acerqué al borde y miré por la escarpada pendiente que bajaba hacia el agua, estaba negra y reluciente a la luz de la luna.

–El fiordo de Bunne –dijo–. La casa de Roald Amundsen está unos cientos de metros más allá, a la izquierda, nuestra cabaña está justo aquí a la derecha.

Avanzamos por el camino con la grava crujiendo bajo nuestros pies a través de la nieve. La cabaña era de troncos pintados de rojo y estaba situada muy cerca del camino, detrás de una valla; primero teníamos que cruzar una verja flanqueada por dos grandes pilares de piedras unidas con cemento; parecía como si hubiesen estado siempre juntas. Eso era lo que había hecho él, según dijo, y le había llevado tres semanas más los dos días que pasó después en la cama con la espalda dolorida. La cabaña tenía un aspecto cálido pese a que el viento había cubierto las ventanas de nieve, las paredes tenían franjas blancas y había nieve en el tejado; dos grandes ventanas daban hacia el fiordo, allí te podías sentar al anochecer para ver el sol ponerse entre los árboles al otro lado del agua.

–Nesodden –dijo señalando, pero yo no veía tan lejos en la oscuridad, solo

distinguía el agua y los abetos que descendían hacia el fiordo, y habían construido escaleras, peldaños y descansillos en las curvas a lo largo del escarpado sendero, y abajo del todo había una canoa apoyada sobre dos caballetes, con el fondo boca arriba—. Es mía —dijo.

En el interior de la cabaña había primero un salón, con las dos grandes ventanas a la derecha, y luego otro salón combinado con cocina; una de las paredes estaba cubierta con pilas de leña que llegaban casi hasta el techo y, en el centro, había una estufa. Hacía frío allí dentro, el aliento se veía blanco ante nuestras caras y el suelo crujía cuando nos movíamos.

—Aquí se trata de no quitarse la ropa —dijo.

Me eché a reír.

—Entonces se trata de calentar esto lo antes posible —contesté, y él me miró, primero tímido y luego emocionado.

—Marchando calor —gritó, llevándose la mano a la frente en un saludo militar—. En un periquete esto será como una sauna.

—Las saunas me gustan —dije—. Adelante.

Cogió leña de la pila de la pared, y estaba tan entusiasmado que parte cayó al suelo. Yo encontré un periódico sobre una mesa, rompí el papel en grandes tiras y lo arrugué, pero él oyó lo que estaba haciendo, se volvió hacia mí y negó con el dedo índice.

—El papel es trampa —dijo—, mira esto.

Se arrodilló ante la estufa con su gran abrigo, tenía un cuchillo en la mano y empezó a cortar largas astillas de un leño que sostenía entre las rodillas, hasta que tuvo un pequeño montón en el suelo. Las colocó todas menos una dentro de la estufa, luego encendió esa en la mano y la introdujo por debajo de las demás; al principio la llama era tan pequeña que tuvo que soplar con cuidado, pero enseguida se animó y chisporroteó y entonces metió un leño en cada lado de la pequeña fogata y los apretó el uno contra el otro hasta que el espacio para las llamas se redujo a una rendija. Hecho esto cerró la portezuela

de la estufa y dejó abierta la escotilla de las cenizas para que el aire entrara desde abajo y avivara el fuego, que rápidamente empezó a crepitar y chisporrotear.

–Madera seca y buen tiro, eso es lo que hace falta –explicó con orgullo, y yo aplaudí con los guantes.

–¡Bravo! –grité, y él se llevó la mano al pecho, hizo una reverencia y sus rizos rozaron el suelo–. ¿Hay más estufas? –pregunté.

–Hay una en el desván.

–Tengo que verla.

Subí rápidamente la empinada escalera y él me siguió de cerca. Toda la segunda planta era una sola habitación con un ventanuco en un extremo y camas a lo largo de las dos paredes más largas, en realidad a lo largo del techo, porque era inclinado y llegaba hasta el suelo; olía ligeramente a sábanas húmedas, como en Vrangbæk, y en la otra punta de la habitación había una estufita con cuatro patas en forma de garras de león.

–¿Se calienta? –pregunté.

–Se pone incandescente.

–Entonces vamos a traer leña.

Volvimos corriendo sobre nuestros pasos, él delante y yo detrás, entre las camas y escaleras abajo. Cogimos cada uno unos cuantos leños de la pila de la pared y el cuchillo para sacar las astillas y regresamos corriendo; por muy rápido que fuéramos, no era suficiente. Él se arrodilló frente a la estufa y no tardó mucho en repetir su truco. Al otro lado de las ventanas era ya noche cerrada, había viento y una leche blanca y humeante cubría las ventanas, también había leche sobre el bosque y el fiordo, pero allí dentro solo estábamos nosotros dos, las dos estufas y el crepitar de la leña que ardía detrás del hierro negro mandando ondas de calor por las habitaciones y hacia el interior de las paredes de troncos. Sentí el aroma de la madera que se va calentando, la cabeza se me puso tan blanca como la noche ventosa y me dio

hambre. De pie junto a la encimera de la cocina, con los abrigos puestos, nos comimos el contenido de dos latas de conserva con una cuchara que íbamos usando por turnos. Nos reíamos y yo ni siquiera veía qué era lo que estaba comiendo. La cabaña no tardó en caldearse lo suficiente como para que pudiéramos quitarnos algo de ropa, los abrigos, y mientras que él colgó el suyo en un perchero, yo dejé caer el mío al suelo. Me quité el jersey y también lo dejé caer al suelo, me desabroché los botones de la blusa y en la piel del escote noté que todavía hacía fresco. Pero el calor ascendía hacia el techo y la segunda planta, donde además había otra estufa, así que crucé la habitación y subí tranquilamente la escalera, con su mirada en la espalda. Él primero se quedó quieto, pero luego me siguió y, cuando llegó arriba, yo ya me había quitado la blusa y los calcetines estaban en el suelo. Me volví despacio y allí estaba yo, con toda mi piel, mientras que él llevaba aún la ropa puesta. Entonces vacié mi cabeza de todos los pensamientos que alguna vez hubiera tenido y los dejé sumergirse en mi piel hasta que se me puso dolorosamente tersa y brillante por todo el cuerpo; y él lo vio y no sabía lo que estaba viendo. Me llevé los brazos a la espalda, me desabroché el sujetador y dejé que los tirantes se deslizaran por mis hombros. Pensé que se iba a echar a llorar, pero susurró con voz ronca:

–Eres guapa.

Y yo respondí que sí. No sabía si era verdad, pero daba igual, porque yo sabía lo que yo quería y lo que iba a decir, y sus manos eran como había creído que serían y su piel suave y su cuerpo duro. Hacía mucho calor a nuestro alrededor, todo el rato sentía el olor a sábanas húmedas, como en Vrangbæk, y entonces cerré los ojos y empecé a flotar.

Dormía y soñaba que estaba en Siberia. Las grandes llanuras nunca se interrumpían y el cielo y la luz eran como los del comienzo del mundo, había casas de troncos y bandadas de miles de pájaros que primero parecían flamencos y después, al alzar el vuelo, se convertían en gaviotas y llenaban el mundo antes de disolverse y desaparecer. Había manadas de caballos que eran todos negros y yo era la única que los montaba. Galopábamos en paralelo a un tren que era tan largo que no se veía el final en ninguno de los extremos. Íbamos rápido, sentía el movimiento del caballo entre los muslos, me gustaba y quería continuar, pero aun así tenía que montarme en el tren. Acercaba el caballo lo máximo posible y me inclinaba hacia un lado. Mi melena larga y pesada ondeaba al viento y me golpeaba los ojos, me los irritaba y se me saltaban las lágrimas, pero conseguía agarrarme a un asidero y saltaba sobre la plataforma del último vagón. No tenía mucho mérito, lo había visto hacer en las películas. Entraba corriendo en el vagón, pero él no estaba allí. El tren estaba vacío, vacíos los asientos, y por las ventanillas veía todos aquellos hermosos caballos. El que más cerca se mantenía era el que había montado yo. Ahora me daba cuenta de que era Lucifer y sobre su grupa iba Jesper. Hacía cuatro años que no lo veía. Recordaba la fecha con exactitud, el 4 de septiembre de 1943. La repetía en voz alta en mi interior. Jesper me hacía señas con la mano y me gritaba, pero yo no le oía porque el ruido del tren contra las vías y el fragor de los cascos de los caballos llenaban el vagón y no dejaban sitio para más. Jesper me volvía a hacer señas, me llamaba. Yo presionaba la cara contra la ventanilla, pero la manada de caballos, con Jesper en el centro, empezaba a separarse del tren y la distancia

se iba incrementando hasta que desaparecían tras un horizonte tan nítido y recto como el tren. «Ahora se va a caer», pensaba.

Cuando abrí los ojos todo me resultaba familiar. Los guiñé y vi la pared de madera al otro lado de la habitación. Él estaba dormido junto a mí en la cama. Notaba cómo su pecho subía y bajaba junto al mío. Estábamos apretados, pero no resultaba desagradable. Saqué las piernas de la cama con cuidado y me volví rápidamente para mirarlo. Yacía con los rizos sobre la almohada y con un antebrazo se cubría los ojos, como si no quisiera ver. Recogí las prendas que fui encontrando por el suelo y bajé la escalera. Todavía quedaban brasas en las estufas y aun así se me puso la piel de gallina en los muslos y la espalda. Al principio iba de puntillas, pero luego apoyé toda la planta del pie, y eso me espabiló; quería estar despierta. Entré en el salón de los ventanales y me senté en una silla para mirar el fiordo entre los árboles mientras me vestía. La tierra firme del otro lado se veía ahora con claridad. Alguien había salido al mar en una barca que estaba absolutamente inmóvil, con un hombre en cada punta; el agua relucía como la plata. Estaban pescando, subían y bajaban los brazos rítmicamente, luego se quedaban quietos y al poco volvían a empezar. No quedaba nada de nieve. No quedaban hojas en los árboles. Por la noche había soplado un viento que ahora había amainado, pero había sido cálido. El tejado goteaba agua y todo lo que el día anterior estaba blanco ahora era verde y gris, además de rojo en los serbales, cuyos frutos pendían en miles de racimos, como decoraciones que alguien hubiera colgado mientras dormía.

Miré hacia la escalera. Estaba parcialmente iluminada, la parte alta quedaba en sombra, y no sabía si quería volver a subir. Encontré el abrigo y los botines en el suelo, me los puse y me dirigí hacia la puerta, la abrí con cuidado para que no chirriara y salí al exterior. Sentí el aire suave contra la

cara. Seguí el sendero hasta la cancela, pasé entre los pilares cuyas piedras parecía como si hubiesen estado siempre juntas y continué por el camino en dirección contraria a la de la noche anterior. Primero el camino avanzaba llano a lo largo del bosque y luego bajaba en una suave cuesta. En el lado del fiordo había varias cabañas tras vallas pintadas de rojo o de blanco, y en algunos lugares la pendiente era tan fuerte que solo veía los tejados. El cielo estaba lleno de nubes gris claro, o de bruma, pero aun así resultaba fácil respirar, y no caminaba ni deprisa ni despacio, tenía la impresión de no pesar nada.

Abajo del todo, el camino acababa en una rotonda. Al otro lado, en la misma dirección, continuaba una carretera asegurada con grandes piedras en la parte que daba al fiordo; otro camino serpenteaba hacia el bosque. En la rotonda había un quiosco cerrado con las contraventanas echadas y, tras este, un muelle. Bajé por detrás del quiosco y salí al muelle. Era grande, se podría bailar en él si se quisiera y alguien tocara música. Di algunos pasos sobre las anchas tablas de aspecto reluciente y recién lavado, tenía aire en la cabeza y aire en las piernas, en cualquier momento podría despegar y salir flotando, así que empecé a bailar con delicadeza, como si se tratara del último baile antes de que apagarán las luces. Había algo nuevo. Me metí la mano entre dos botones del abrigo y por debajo del jersey hasta tocarme la piel; me acaricié la tripa.

Una mujer salió de una de las cabañas más cercanas con un cubo en la mano. Solo nos separaba un pequeño cauce de agua y una roca chata. Alrededor de la cabeza llevaba un pañuelo anudado en la frente y se dirigía hacia el agua, en la dirección en la que me encontraba yo. Interrumpí mi baile, me quedé quieta y encendí un cigarrillo. La mujer ya me había visto; levantó el cubo, lo abrazó como si se tratara de un hombre, dio unos pasos de baile, hizo unos giros y se echó a reír.

–Buenos días –gritó.

No le respondí, pero levanté la mano con la que sujetaba el cigarrillo para saludarla. Al poco se había acercado tanto que pude darme cuenta de que me doblaba la edad.

–¿A que está precioso? –dijo extendiendo el brazo con el que no sostenía el cubo.

–Sí –respondí.

–Con lo que nevó ayer y con el viento que ha habido esta noche... Hoy el mundo es nuevo. –Volvió a reír–. Esto me pone poética. Y te encuentro aquí bailando. En fin. ¿No tendrás alguno más de esos? –preguntó, señalando el cigarrillo con la cabeza.

Me saqué la cajetilla del bolsillo y ella dejó el cubo en el suelo. Dentro llevaba pescado y un cuchillo para limpiarlo. Lancé la cajetilla por encima de la fina franja de agua entre el muelle y la roca y ella la recibió a la perfección, luego le lancé también las cerillas. Encendió un cigarrillo, me tiró las cosas de vuelta y se sentó en cuclillas para mirar el fiordo mientras fumaba. Llevaba una chaqueta de punto con adornos de varios colores sobre los hombros y, en los pies, botas de agua.

–Siempre me ha gustado este sitio. Durante la guerra nos mudamos aquí para dejarle el piso de la ciudad a nuestro hijo. Él no tenía nada propio. En aquella época había escasez de todo. En realidad la sigue habiendo. Pero ya no quiero regresar a la ciudad.

–Aquí se está bien –dije.

–Eres danesa –comentó.

–Sí.

–La verdad es que dudamos un poco de vosotros, pero una vez que os pusisteis, os pusisteis en serio.

–El veintinueve de agosto de mil novecientos cuarenta y tres –dije.

–Eso es. Lo contaron en la emisión de Londres. Ay, cómo disfrutamos. – Me sonrió.

–Estoy embarazada –dije.

–¿De verdad? Qué bien. Los niños son lo mejor del mundo. La mejor época de la vida, si me preguntas a mí, la de los críos. Aunque no voy a entrar en si mi marido está de acuerdo. El mayor tiene ahora veinticinco. –Se levantó y tiró la colilla al agua. Esta chisporroteó y originó unos círculos. Unas algas marrones se mecieron y asomaron levemente a la superficie–. Gracias por el cigarrillo –añadió–, supongo que ya va siendo hora de hacer algo. Esta mañana ha salido temprano a pescar, ha traído un cubo lleno y luego se ha vuelto a meter en la cama. Así que se supone que yo tengo que hacer el resto. –Se rió de nuevo–. Saluda a tu marido y felicítalo de mi parte, y dile que no le dé la lata a su mujer.

–Eso le diré –respondí, y luego pregunté–: ¿Por ahí llego a la ciudad? – Señalé la carretera con las piedras en el costado.

–Llegar, llegas, pero está realmente lejos.

Me limité a sonreír y me despedí con la mano, ella me devolvió el saludo y después se agachó sobre el cubo, cogió el cuchillo y agarró el primer pescado de la cola. Regresé sobre mis pasos, pasé por delante del quiosco y crucé la rotonda. Cuando llevaba media hora andando por la carretera, un coche se paró y me llevó el resto del camino; todavía era temprano cuando llegué a la ciudad.

Una luz amarilla cae oblicua sobre la ciudad, la bruma se ha levantado y disipado y está todo claro, pero aun así la temperatura es suave como si fuera primavera en vez de otoño y las hojas estuvieran a punto de brotar. Los árboles se yerguen desnudos en la plaza de Kielland y, cuando llego desde la calle Ueland, parecen estar esperando algo más allá de mí. El aire brilla como el cristal y vuelve visibles las cosas pequeñas: los ojos del hombre que corretea hacia la parada del autobús, la sonrisa de la chica que empuja un

carrito de niño en dirección contraria; a lo lejos veo una ardilla en un árbol. Esta ciudad no era así antes, no era tan limpia ni tan nueva, pero a mí ya no me sirve, y ni siquiera me produce nostalgia.

No camino deprisa ni despacio, todavía siento la ligereza en el cuerpo y llego una hora tarde al café. Me encuentro a la tía Kari tras la barra, está pendiente de la puerta. Ladea la cabeza cuando me ve entrar y me pregunta sin palabras, y yo no respondo, me limito a poner cara de guardar un secreto.

–¿Puedo usar el lavabo de la cocina? –le pregunto, y ella asiente señalando hacia la puerta con la barbilla.

Me dirijo hacia allí, me lavo a conciencia con la puerta cerrada y vuelvo a salir con el delantal blanco atado a la cintura. El sol entra por las ventanas. Les vendría bien una limpieza. Me acerco al único cliente del desayuno y le pregunto si está servido, si quiere algo más. Se vuelve, me mira y sonrío. No lo conozco.

–Quizá –dice, tensando los labios sobre los dientes como Humphrey Bogart en la pantalla, aunque tiene poco pelo y las mejillas redondas.

–¿Qué podría ser? –pregunto.

–No sé, ¿quizá lo sepas tú?

–No tengo la menor idea –replico.

Sin mirarlo, recojo la taza, el plato, el cenicero medio lleno y todo lo demás que encuentro y lo pongo en una bandeja. Él se rasca la nuca; la mesa ha quedado despejada y lo llevo todo a la cocina. Espero cinco minutos y, cuando miro hacia fuera, se ha marchado.

Paso el resto del día deambulando inquieta entre la barra y las mesas, tengo el cerebro lleno de migas y de polvo, ordeno y enderezo las cortinas; la tía Kari comenta que pongo nervioso a los clientes.

–Por Dios, haz el favor de sentarte y fúmate un cigarrillo –dice, pero no lo consigo. Me planto en la ventana y miro hacia fuera, pero no busco nada en especial–. Es como si tuvieras nervios de viaje –añade la tía Kari.

Por la noche aparece una luz roja sobre la plaza de Kielland. Es la primera vez que la vemos y la achacamos a algo relacionado con el atardecer. Pero está en el lado equivocado, centellea en las ventanas equivocadas; nosotras seguimos a lo nuestro y entonces llegan los coches de bomberos. La Fábrica de Zapatos Salomón está en llamas. Salimos a la acera, acude gente de todas partes, algunos a pie, otros en bicicleta. Un autobús se detiene y abre las puertas de golpe, los pasajeros se bajan y la mayoría de ellos sale corriendo hacia el otro lado de la plaza para acercarse lo más posible a las llamas, pero nosotras nos quedamos delante del café.

–Qué barbaridad –dice la tía Kari–. Espero que todo el mundo haya conseguido salir. En todo caso, vamos a perder clientes. Sobre todo a uno. – Noto que se vuelve hacia mí, pero no la miro.

–Ni siquiera es seguro que esté allí –digo.

–Qué sabrás tú.

–Sé bastante –replico.

El brillo sobre la plaza se intensifica y al mismo tiempo hay un extraño silencio. Vemos pasar coches y sombras que van y vienen corriendo, rápido y a trompicones, como en una película muda.

Nadie pierde la vida. Nadie resulta tampoco herido, pero la sala de máquinas está destrozada y el equipo calcinado, así que trasladan la producción a otra parte de la ciudad hasta que construyan una nueva sala, cosa que puede llevar tiempo. Ninguno de los que trabajaban allí viene ya al café. Les queda demasiado lejos y hay otros locales.

Los días pasan y yo paso con ellos, pero no los cuento. Espero. Tengo una sensación de fluidez. Ya no leo libros. Trabajo en el café, me siento a hojear una revista o miro por la ventana. Mi madre ya no me escribe. «Si tú no me escribes, yo tampoco», ponía en la última carta, y lo dice en serio. Es de

hierro. Yo también soy de hierro. No escribo. No tengo nada que decirle. Voy en coche con la tía Kari. Los domingos salimos a hacer largas excursiones con un mapa de carreteras y la merienda entre los asientos. Tiene permiso para comprar gasolina porque el Citroën está declarado a nombre del café, es un coche de empresa y, aunque el precio de la gasolina está por las nubes, ella paga impertérrita. Vamos a las colinas de Lier, a las afueras de Drammen, y vemos el fiordo desde los picos. Vamos a una granja en Årnes, donde tiene unos conocidos y no entiendo de qué los conoce, pero se alegran cuando llegamos y les ofrecemos pasteles. Me paseo sola por el establo a lo largo de la hilera de vacas, sintiendo el calor de sus cuerpos penetrar en el mío, les acaricio el lomo y les digo palabras que solo ellas pueden oír. Una mañana temprano vamos a la cascada de Bing, en Sørum. Voy dormida la mayor parte del camino. La tía Kari detiene el coche junto al puente colgante y descendemos hasta el río por las piedras chatas. El agua brama por la cascada y nos rocía el pelo y los abrigos con una ducha de gotas; a lo largo de la orilla hay pilas de troncos con la marca de los propietarios de los bosques tallada en cada palo. Huele a madera por todas partes y mi abrigo conserva el olor durante varios días. Cerca del río hace fresco, pero la tía Kari quiere hacer el café en una fogata; yo me estremezco y vuelvo al coche a buscar la cafetera. Sigo somnolienta, pero hago uso de lo que he aprendido y consigo encender una hoguerita.

Sirvo el café de pie. Agarramos las tazas con ambas manos y soplamos en dirección al calor mientras miramos caer el agua. La tía Kari se fuma un puro fino, está de pie junto a la orilla del río y me da la espalda; lo hemos hecho todo como ella quería. Hay tanto ruido que apenas podemos hablar y el café arde contra las palmas de nuestras manos. En ese momento entiendo que ya ha estado antes en todos esos sitios, solo que con otras personas, en el mismo coche. Ella se vuelve y me sonrío. Lleva un pañuelo en la cabeza, gafas de sol y un gran abrigo negro. Parece una matrona, la madre de muchos niños. Yo le

devuelvo la sonrisa, estamos a gusto. Tomo un gran sorbo del café y de pronto lo noto amargo y me llena cada hueco del cuerpo; las náuseas me suben por la garganta, se me revuelve el estómago y todo vuelve a salir y se esparce por las rocas ante mí. No estoy preparada, se me cae la taza y me mancho el abrigo, la cerámica choca contra el suelo y se rompe entre nosotras. Me agacho y vuelvo a vomitar.

–Maldita sea –digo.

–¿Qué te ha pasado? –pregunta la tía Kari, que acude corriendo sobre las piedras con un pañuelo en la mano, me limpia la boca y el abrigo y me mira a los ojos–. Tienes la cara completamente verde.

–Me han entrado náuseas. Este café no está bueno.

–Al café no le pasa nada que yo haya podido apreciar.

–Creo que me tengo que sentar un rato –digo.

–Puedes subir a sentarte en el coche. Aquí ya hemos terminado.

No sé exactamente qué hemos terminado, pero hago lo que me dice; subo y me siento en el coche, y enseguida me siento mejor. El único olor que percibo es el de la madera, y me resulta molesto, pero si respiro con cuidado por la nariz consigo mantener las náuseas controladas. La tía Kari enjuaga la cafetera y apaga la hoguera con agua del río, luego sube con dificultad por el costado del puente y deja la cafetera en el pequeño maletero.

–¿Qué tal te encuentras? –me pregunta en el coche de camino de vuelta a Oslo. Llevamos las ventanillas medio bajadas.

–Bien –respondo, y en cierto sentido es verdad.

Un día hay una carta para mí sobre la encimera de la cocina. Está apoyada contra un vaso para que la vea de inmediato. La veo de inmediato. Tiene manchas y sellos con letras serpenteantes. La abro y leo:

Querida hermanita,

dice,

cuando recibas esta carta seguramente estaré de vuelta en Dinamarca. El correo tarda mucho, según tengo entendido. Tu dirección me la dio Madrecita y esa carta debía de llevar siglos en camino. Llevo ya mucho tiempo aquí, más del que tenía pensado. La gente con la que vine se marchó hace un par de semanas, o quizá más. No lo tengo del todo claro. Cogieron un barco para cruzar el estrecho de Gibraltar en dirección a España. Pero yo no pienso pisar ese país,

pone,

no mientras el carnicero de Franco siga como dictador. De camino hacia el sur cogimos un tren hasta Marsella y desde allí continuamos en barco. En el puerto, antes de zarpar, vimos a una mujer a la que nunca olvidaré. Le saqué una foto, no pude evitarlo, pero ella no lo vio. Estaba en el muelle, gritando y llorando junto a la pasarela, y había gente por todas partes; la policía francesa, con sus rígidas gorras negras con visera, los árabes de camino a casa, algunos con chilaba, otros con un fez turco, y americanos con salacots blancos en la cabeza que ya estaban jugando a estar en África. Ella no veía a nadie, mantenía los ojos cerrados tras los cristales de las gafas y el rostro vuelto hacia el barco, y se golpeaba la garganta de modo que sus gritos salían a golpes cortos, más o menos como cuando jugábamos a indios de pequeños. Te lo juro, hermanita, es el sonido más espantoso que he oído nunca. Y la mujer se parecía a Madrecita. Era igual de pequeña, tenía el pelo igual de cano y llevaba el mismo abrigo gris y sombrero. Miré a mi alrededor para averiguar a qué se debían aquellos extraños chillidos. Junto a la borda, unos metros más atrás, había un hombre más joven que yo, casi un chiquillo. La miraba fijamente. Tenía la cara inexpresiva y el pelo muy corto, era imposible saber lo que estaba pensando. Entonces se volvió y cruzó la cubierta sin mirar atrás. Tampoco eso lo vio la mujer, que seguía con los ojos cerrados, se golpeaba la garganta y chillaba, y me invadió la misma sensación que tuve en aquella ocasión, cuando me dirigía hacia los islotes de Hirs y encontré aquel gorro sobre el hielo, la sensación de que me tenía que volver. ¿No te parece raro? Pero Marruecos no es Dinamarca. Estoy seguro de que el joven iba a la Legión Extranjera.

Escribe:

Hermanita, lo he visto todo, todos los lugares que aparecían en el libro que teníamos en casa: Marrakech, Fez, Mequinez, Kasba. ¿Recuerdas cómo solía repetir esos nombres en voz alta? Y son exactamente como sabía que serían, pero ¡en color! Terracota y ladrillo, arena amarilla y arena roja, montañas azules y los hombres azules que llegaban con sus camellos y sus caballos al mercado de Marrakech y que no eran azules, sino del mismo color que tú después de un verano al sol. Y los bereberes de las montañas eran más blancos que yo, algunos de ellos incluso eran rubios y de ojos azules. Nosotros nunca hemos tenido los ojos azules. Así que ¿quiénes son los arios de este mundo? Me miraban con recelo, porque para ellos tenía aspecto de francés, y yo los miraba con recelo a ellos, porque sabía que Franco había usado bereberes en el ejército fascista. Son hombres orgullosos, capaces de luchar como demonios por su libertad, aunque no se preocupan demasiado por la de los demás mientras les paguen lo suficiente. Tienen un refrán que dice: «Besa la mano que no puedas cortar». Y yo digo: «Me cago en Dios»,

pone, y a continuación escribe:

Hace unos días, en el autobús de El Hajeb a Mequinez, hicimos una parada a los pies de una montaña; junto a una tienda de campaña, había una mujer con unos hijos pequeños y algunas cabras negras. Era alta y guapa, tenía la cara llena de tatuajes y, en la cabeza, un pañuelo con monedas o medallones cosidos tan cerca de los bordes que tintineaban cuando andaba y cuando se inclinaba sobre las cabras. Tuve que acercarme a ella. Había pasado mucha sed durante todo el camino, llevábamos muchas horas de viaje con un calor propio de la antesala del infierno, y le dije en francés: «J'ai soif !», y eso lo entendió. Cogió un cuenco de madera y me lo ofreció. Lo hizo de buen corazón y bebí un trago. Me quedo con las vacas de Vrangbæk, si es que siguen existiendo. Aquello tenía un sabor espantoso. Quizá por eso estoy ahora aquí postrado, en una pequeña pensión junto al Gran Zoco de Tánger. Llevo un par de días con fiebre, pero esta mañana me encontraba un poco mejor, creo. El hijo de la casa me hace los recados y me cuenta historias a toda velocidad, en una mezcla de español y francés con una pizca de magrebí. Suena como una lengua nueva. Se golpea las rodillas y se ríe a carcajadas cuando llega al quid de la cuestión y yo no entiendo nada. Tiene doce años. Seguro que mañana estoy en pie. No me queda más remedio, porque dentro de dos días tengo plaza en un barco mercante que se dirige a Niza. Trabajaré durante la travesía para pagármela. Desde allí cogeré el tren a casa con el último dinero que me quede.

Escribe:

Hermanita, tengo tantas cosas que contarte, pero tendré que esperar a que nos veamos, y nos veremos pronto. Y tú también tendrás que contarme cosas. No te veo desde aquella noche en el puerto. Me dejé la fotografía, ¿recuerdas? Me di cuenta en Suecia. Todo ocurrió tan rápido, aquel fue un tiempo muy loco. Y luego no estabas cuando regresé a casa.

Ahora me voy a dormir y cuando me despierte estaré sano como una manzana y saldré a buscar los regalos que he comprado. Los he escondido en un sitio seguro. En estos momentos no me fío de nadie.

La tía Kari me llevó al muelle en su coche. Volvía a ser invierno. Las calles estaban silenciosas y con nieve, y se hacía de noche temprano. Entre las casas de la calle Stor habían colgado decoraciones de Navidad por todo el camino desde la plaza de Anker hasta Kirkeristen; bajamos por la calle Skipper, salimos junto al gran almacén y continuamos a lo largo de los sombríos muros del castillo, que estaba tan lúgubre como el muelle de las brumas de Jean Gabin. Había un barco nuevo junto a Vippetangen. El *Melchior* ya no estaba, el nuevo se llamaba *Vistula*. El Vístula es un río de Polonia y, hasta hacía poco, el barco había trasladado refugiados polacos entre Gdansk y Copenhague.

–Gdansk se llamaba Danzig cuando era una ciudad alemana –me explicó la tía Kari, pero si había algo que yo supiera era precisamente eso.

Dejamos el coche y nos dirigimos hacia la terminal de salidas y, al hacerlo, pasamos por delante de algunos taxis con el maletero abierto. Los taxistas sacaban las maletas y, con la cara colorada, las llevaban hasta la entrada, una en cada mano y otra bajo cada brazo, y allí las iban colocando en fila; pero yo llevaba mi propia maleta. Cuando salimos por el otro lado de la terminal, el barco aguardaba inmóvil. Era más pequeño que el *Melchior*, con menos cubiertas, y la pasarela no era más que un tablero con barandilla, como una elaborada escalera de gallinero. La gente empezaba a recorrer el tablero y yo quería subir al barco lo antes posible, pero la tía Kari me cogió del brazo.

–Hasta aquí hemos llegado bien, pequeña. Ahora espero que no te marees en el viaje.

Dejé la maleta en el suelo.

–Yo nunca me mareo en los barcos. Estoy perfectamente.

–Tómame un aguardiente con el estómago vacío justo antes de comer, eso suele sentar bien. Aquí tienes una pequeña contribución –dijo, metiéndome un billete en la mano.

–Gracias, pero seguro que todo va bien.

–Puede ser, pero recuerda ser prudente, ¿eh?

Todavía me tenía cogida del brazo y me lo apretaba con fuerza. Cuando se dio cuenta, se sonrojó y me soltó. Yo le acaricié la mejilla.

–Tía Kari, ahora todo va a ir bien –dije levantando la maleta, estaba impaciente y tenía mala conciencia por ello.

–Puede ser –contestó ella en voz baja, tenía lágrimas en los ojos.

Yo no tenía nada más que decir, pero pensé que pasaría mucho tiempo antes de que volviéramos a vernos. Y me subí a bordo.

Ella se quedó en el muelle hasta que zarpó el barco, y yo permanecí sobre la cubierta. Por un momento estuve segura de que iba a sacar un puro, pero se limitó a levantar la mano, dio media vuelta y se metió en la terminal; cuando salió por el otro lado los taxis ya se habían ido, ella se subió a su Citroën y se marchó. Miré el billete que tenía en la mano. Eran cien coronas. Con aquello podría pagarme tragos durante meses.

No tenía camarote, pero encontré sitio en una hamaca en un compartimiento sin ventanas, situado dos pisos por debajo de la cubierta de popa. Cuando entré con la maleta en una mano y la manta que me habían dado en la otra, el lugar estaba completamente a oscuras y dejé la maleta en el suelo para buscar el interruptor. Al encender la luz vi que había varios bolsos y maletas, pero que solo una de las hamacas estaba ocupada; la persona que la ocupaba se volvió hacia mí.

–Por Dios, apaga esa luz –dijo.

–Un momento –respondí–, tengo que colocar mi equipaje.

Me acerqué a una hamaca que estaba libre justo al lado de la persona, que era una mujer, y puse la manta encima y la maleta debajo.

–Es que me siento fatal, ¿sabes? –dijo, y entonces le vi la cara.

No se encontraba bien. Apretaba los ojos y tensaba la boca formando una fina raya. Era más joven que yo.

–¿Puedo hacer algo por ti? ¿Quieres que vaya a buscar ayuda?

–No hace falta. Es que me pongo malísima en los barcos. Siempre me pasa lo mismo.

–¿Te has mareado ya? Pero si todavía no hemos llegado al estrecho de Drøbak.

Abrió los ojos.

–¿No? Joder, creía que habíamos llegado mucho más lejos. No debo de haber dormido ni cinco minutos.

–No creo que el mar se mueva mucho hasta después de que pasemos el faro de Færder. Además no hay viento.

–¿No?

Levantó la cabeza y miró a su alrededor. Era pelirroja, como Rita Hayworth en color, y la melena le caía alrededor de la cabeza en una enorme maraña.

–Eres danesa –dijo–. ¿Vuelves a casa?

–Se podría decir así. Una vieja tía mía dice que el mejor remedio contra el mareo es un trago de aguardiente con el estómago vacío justo antes de comer.

–Eso podrá hacerlo ella, pero yo estoy sin blanca.

–Pues yo no. ¿Me permites que te invite?

–Gracias por la oferta –contestó levantándose con cuidado de la hamaca. Puso los pies sobre el suelo para ver si estaba quieto; lo estaba, y entonces añadió–: Me llamo Klara.

La noche estaba oscura al otro lado de las ventanas de la cafetería, pero a veces, cuando el fiordo se estrechaba, veíamos la nieve y las luces de las casas situadas junto al agua, y algún coche con los faros encendidos en los muelles, y sobre todo veíamos nuestras propias caras en el cristal. Klara se había cepillado la melena hasta hacerla relucir, tenía el aspecto que habría tenido la mía si no llevara el pelo corto; su cara era dulce y de piel clara, seguro que en verano le salían pecas. Alzó el vaso con la brillante bebida.

–Adiós, tierra de gigantes; estoy hasta las narices –dijo–. ¿Te cuento por qué me llamaron como me llamo?

–Hazlo si quieres –respondí.

–Por Clara Zetkin. ¿Sabes quién era?

–Sí, una comunista alemana.

–Exacto. Comunista alemana y amiga de Lenin. Se escribían cartas. Esa mujer era una gigante. Mi padre también es un gigante. Es comunista y trabaja en el taller mecánico de Aker. En las reuniones de la directiva pronuncia largos discursos con el puño en alto. Mi prometido es enorme, dentro de pocos años él también será un gigante. No es que esté en desacuerdo con ellos en nada, solo que estoy hasta las narices. Ganaron la guerra ellos solitos. No hablan de otra cosa. Y luego yo tengo que hacerles el café. Así que cogí mi sombrero y me largué, como se suele decir. Por lo menos por una temporada. Y ahora el café que se lo hagan ellos. Yo me voy a Hirtshals a destripar pescado.

Me imaginé a Rita Hayworth en una lonja pesquera. No daba mala impresión.

–Nosotros teníamos una foto de Lenin –dije–. Bueno, la tenía mi hermano. En una cabaña que construimos junto al mar. Tal vez siga allí.

–¿Eres comunista?

–No, soy sindicalista.

–Huy, huy. Entonces será mejor que no hablemos de la guerra civil

española porque tendríamos bronca.

Me eché a reír.

–Será mejor que no –contesté–. Salud.

Y a continuación nos tomamos nuestros tragos con el estómago vacío antes de comernos las albóndigas del menú, el único plato que había.

Más allá de Færder, fui yo la que me mareé. Cuando bajamos a acostarnos nos quedamos dormidas enseguida y, al despertarme, oí unos violentos crujidos: era el fragor del mar que golpeaba los costados del barco, y alguien que roncaba en la oscuridad. No era Klara. Noté que estaba empezando a marearme y no sabía si serían los tragos que nos habíamos tomado, el aire viciado o el impulso del mar contra el barco que hacía subir y bajar todo lo que me rodeaba, pero tenía que salir de allí. A oscuras, encontré el abrigo en el montón de la ropa, y también la puerta, y salí a la cegadora luz de la escalera, subí los peldaños apoyándome primero en una pared y luego en la otra, siguiendo los movimientos del barco, y finalmente llegué a cubierta. Fuera estaba todo oscuro y se oía el ruido del agua contra el barco. El tiempo había cambiado. El viento ululaba y había espuma blanca en el aire y repentinas salpicaduras de agua contra mi cara. Con el abrigo ceñido al cuerpo, crucé hasta el otro lado de la cubierta para tener el viento a la espalda y vomité por la borda. Qué amable de tu parte alimentar a los peces, habría dicho Jesper. Me sequé la boca y retrocedí hasta apoyar la espalda contra la pared de la superestructura, me agarré y clavé la vista en aquel ajeteo negro grisáceo del que se elevaban crestas de espuma; permanecí así hasta que me sentí mejor, hasta que empezaron a castañetearme los dientes e incluso un poco más.

Cuando bajé, la oscuridad que llenaba la habitación era tan compacta que sentí el aire como una tela contra la cara, tuve que apoyarme contra la pared y

buscar la hamaca a tuestas. Me incliné sobre ella para subirme; con la luz encendida y el mar en calma resultaba difícil, ahora era mucho peor.

–¿Eres tú? –susurró Klara–. ¿Te sientes mal?

–Creo que sí.

–Yo estoy perfectamente. ¿A que es raro? –dijo–. Antes siempre me mareaba. Tiene que haber sido el *aquavit*.*

No respondí. Si me tumbaba boca arriba con los ojos bien abiertos y no me movía, no estaba mal del todo.

–Oye –dijo Klara–, ¿puedo preguntarte una cosa?

–Bueno.

–¿Vas a tener un hijo?

–¿Por qué me preguntas eso?

–Porque te acaricias la tripa todo el rato y entonces he pensado: Si a esta mujer no le duele muchísimo la barriga, es que va a tener un hijo. Mi hermana hacía lo mismo cuando estaba embarazada, y ni se daba cuenta.

Yo tampoco. Me acaricié el vientre en la oscuridad y sentí que sin duda había algo allí dentro; me había sentido tan segura todo el rato, tan llena de expectativas, pero ahora no conseguía recordar por qué me había sentido así. Quizá mi mal ánimo se debiera a la noche, a la oscuridad y al mar que estaba ahí fuera sin luz por ningún lado, era solo gris y negro, como un gran sumidero. Me encontraba en un barco frágil y sin peso, muy lejos de todo.

–Sí –dije–, voy a tener un hijo.

–Eso lo explica todo –respondió Klara–, y ahora no me des más la lata. Tengo que dormir un poco.

Y luego se quedó callada y el crujido continuó, al igual que los golpes contra el barco, pero la hamaca seguía la ley de la gravedad más que los movimientos del barco y era como estar colgada en el centro de una rueda en torno a la cual girara el mundo entero, una y otra vez, mientras yo permanecía completamente quieta.

Antes de llegar a Skagen, ya estaba despierta y en cubierta. Todavía era de noche y había una franja gris claro en dirección a Suecia. Me quedé allí hasta que vi el faro aparecer de frente, entonces me situé junto a la borda y, al pasar por su lado, me dejé cegar. El mar estaba ahora más tranquilo, las gaviotas flotaban en absoluto silencio sobre el barco, grises e inmóviles, como si estuvieran sujetas por hilos invisibles, y cuando me alcanzó el haz de luz de pronto las vi blancas, y estaban tan cerca que, si me hubiera puesto de puntillas, sin duda habría podido acariciarles las plumas del pecho.

Permanecí allí de pie hasta que el faro desapareció por el norte y no quedó más que su parpadeo cada vez que el haz señalaba en dirección al barco, entonces entré en la cafetería. Me pasé una hora sentada hasta que llegó Klara, con el pelo hecho una maraña. El barco viró hacia tierra rodeando los islotes de Hirs y, a la débil claridad del amanecer que asomaba tras las casas, vi las luces de la ciudad y la cuesta de Pikker, así como las luces del malecón, rojas y verdes alternativamente, y los mástiles del puerto pesquero y el silo de cereal y la iglesia con su reloj como una mancha amarilla en el campanario. Una vez dentro del puerto, el remolcador salió al encuentro del barco y Klara vino a mi lado.

–Me pongo nostálgica cuando llego a un sitio nuevo de esta manera –dijo–. ¿Tú no?

–No exactamente –respondí–. Esta es mi ciudad. Aquí fue donde nací y donde me crié.

–Entonces estás en casa.

«Casa –pensé–, ¿dónde estará eso?» Clavé la vista en el muelle y en la poca gente que allí había, pero todavía estaban demasiado lejos para distinguirlos, la luz gris hacía que todos los colores se fundieran.

–Vendrán a buscarte y todo. Yo estoy completamente sola. Aunque eso era lo que quería, claro.

–Ya veremos –dije.

Nadie vino a buscarme. No sabía qué pensar. Todo me resultaba conocido y todo me resultaba ajeno. Klara cruzó conmigo la plaza del puerto. Cada una con su maleta, avanzamos por los muelles interiores, donde las cajas de pescado agujereadas, con la captura viva dentro, estaban sumergidas en el agua, y vi a dos pescadores desenrollando la red de su barco y extendiéndola sobre el muelle formando un gran abanico, en varios sitios tenía desgarros e hilos sueltos. Los hombres llevaban botas resistentes, pantalones de hule con amplios tirantes, jerséis gruesos y gorros del mismo tejido. Uno de ellos iba sin guantes. Hacía frío y tenía las manos muy rojas e hinchadas a causa del agua helada y del viento, y al pasar por delante me sentí incómodamente fina y diferente con el abrigo de la tía Kari. Klara se volvió, se quedó mirándolos y no conseguía dejar de hacerlo. Caminó casi de espaldas hasta el hotel Cimbria.

–Jolín. Me voy a encontrar con tipos como esos todos los días. Míralos, mujer –dijo, pero yo no quería volverme.

–Ya los he visto antes –repliqué.

Casi habíamos llegado a la calle Lod y tenía ganas de pararme o de pasar de largo. Resultaba confuso.

–Claro, es verdad –dijo Klara.

Entramos en la calle, pasamos por la taberna Færge, que estaba cerrada y a oscuras, y continuamos hacia el cartel donde debía poner: «Herlov Bendiksen. Maestro vidriero». Ahora ponía: «Konrad Mortensen. Todo tipo de cristales y marcos», y fue tan abrupto que casi me eché a llorar. La lechería estaba a oscuras, la alcoba estaba oscura, pero en la segunda planta había luz en el salón. Me quedé un momento quieta, Klara miró en la dirección en que yo miraba, y luego seguí calle Danmark arriba, me paré en la esquina y señalé.

–La estación de tren queda a cinco manzanas hacia allí y luego tienes que

coger a la izquierda por la calle Kirke. La verás enseguida. Yo me quedo aquí.

Klara dejó la maleta en la acera, me rodeó con los brazos y me dio un gran abrazo. Olía a perfume. Eso cambiaría tras algunas semanas en la lonja.

–No tengo ganas de separarme de ti –dijo–. De pronto me ha parecido que estabas triste.

–Estoy bien. Ahora que vuelvo a casa y todo eso...

–Claro, es verdad. –Se echó a reír–. Afortunadamente, yo no. Quizá volvamos a vernos. Al menos estamos en el mismo país.

–Eso puede muy bien ser –dije.

–Gracias por el aguardiente. Me sentó de muerte.

–De nada.

Dio unos pasos de espaldas por la calle, despidiéndose con una manopla, y yo también le dije adiós. Luego agarré firmemente la maleta, bajé de nuevo por la calle Lod y entré en el portal del número 2.

El zaguán estaba silencioso. Dejé la maleta junto a la puerta que conducía a la lechería, la entorné y miré dentro. Todo seguía oscuro, pero vi el reloj de pared. Eran más de las ocho. Era extraño. Debería estar ya con las luces encendidas y los primeros clientes, con sus bolsas de panecillos bajo el brazo, deberían estar llegando para comprar la leche del café de la mañana. La puerta de la alcoba, en el otro extremo, estaba cerrada y de ella no salía ningún ruido. Me adentré unos pasos en la tienda por detrás del mostrador y luego me quedé parada sobre baldosas blancas y negras. Miré la puerta durante mucho rato, después regresé sobre mis pasos. Dejé la maleta donde estaba, salí al zaguán, me senté en el escalón de la entrada y encendí un cigarrillo. No me supo bien, pero permanecí sentada hasta que me lo acabé. Un hombre pasó en bicicleta y se quedó mirándome, continuó haciéndolo

hasta tener la cabeza completamente girada, estuvo a punto de caerse y tuvo que plantar un pie en el suelo. Apagué el cigarrillo contra el canto del escalón, me levanté, volví a entrar y subí la empinada escalera de caracol, sin la maleta y sin hacer demasiado ruido, aunque tampoco lo hice a hurtadillas. Olía a café y levemente a puro, como siempre. La puerta del salón estaba abierta, pero dentro estaba todo en silencio. Oí el tictac del reloj de péndulo. Asomé la cabeza para mirar. Mis padres estaban sentados en sendos sillones junto a la ventana y, entre ellos, tenían la lámpara encendida y la mesita de cristal y madera oscura con las pilas de revistas de las misiones encima. Pero ninguno de los dos estaba leyendo.

–Hola, soy yo –dije–. Qué silencioso está esto.

Se volvieron hacia la puerta donde me encontraba. Había estado en casa una sola vez en los últimos tres años, pero me miraron como si fuera una absoluta extraña o como si acabara de bajar un segundo para coger una botella de leche. Finalmente mi padre intentó sonreír, y eso también era extraño, porque él casi nunca sonreía; no le salió bien. La mirada de mi madre era solo azul, azul, azul.

–¿Dónde está Jesper? –pregunté.

–Jesper está en Marruecos –contestó ella en voz baja.

–Estás equivocada. Recibí una carta hace dos semanas en la que decía que venía para casa, y esa carta llevaba en camino como mínimo el mismo tiempo. Así que estás equivocada.

Mi padre agarró ambos reposabrazos para incorporarse, tenía la espalda tan curvada como una media luna, las mandíbulas abultadas y el pelo gris severamente peinado hacia atrás. ¿Cuándo se le había encanecido? Antes no lo tenía así. Luego cambió de idea y se dejó caer de nuevo.

–Lo que quiere decir es que Jesper está en Marruecos porque está muerto –explicó–. Nunca volvió a casa.

No lo entendí. Teníamos una cita. Iba a coger un barco hacia Niza y

continuar en tren con el último dinero que le quedara. Hasta un niño podría hacerlo.

–Eso es imposible –dije.

Me llevé la mano a la carta que llevaba en el bolsillo desde hacía dos semanas, pero mi padre también tenía una carta. Se inclinó hacia delante y me la tendió. Estaba sobre la pila de revistas de las misiones. La abrí. Era una breve notificación oficial. Arriba del todo, ponía: «Tánger, 15 de noviembre». El resto estaba en español y en francés, pero yo no conseguía concentrarme y no entendí nada. En la parte baja del espacio en blanco había unas líneas escritas a lápiz en danés. Las leí.

–Nos la han traducido –explicó mi padre.

Le devolví la carta y él la cogió como si fuera de cristal.

–No es verdad –insistí.

Bajó la vista hacia su regazo y se quedó sentado, cuando finalmente alzó la mirada la tenía distinta; apretó los labios, y la piel en torno a sus ojos estaba tensa. Llevaba un cuarto de hora en casa, quizá veinte minutos, y ellos no se habían movido de sus dichosos sillones mientras yo permanecía de pie, apoyada en la mesa de comedor que había hecho mi padre en el taller. Había fabricado todo lo que había en la habitación: las mesas, las sillas y el armario de la pared, incluso había arreglado el piano. La tapa de las teclas estaba abierta y las partituras de los salmos sobre él. Seguro que mi madre se había pasado las noches cantando hasta altas horas de la madrugada, mientras que mi padre habría deambulado por las calles, o se habría rendido y convertido. Y entonces todo se desmenuzó y dispersó en trocitos de afilados bordes, oí cómo se resquebrajaba y desplomaba a mi alrededor; las entumecidas palmas de mi manos se resintieron cuando me acaricié el vientre y mi madre, que hacía rato que no decía nada, miró mi gesto y se levantó del sillón.

–¿Vas a tener un hijo? –preguntó con frialdad.

–Sí –dije.

–¿Podrías enseñarme entonces tu alianza?

Su mirada azul se encontró con la mía y yo miré hacia su interior, pero allí no había nada.

–¿Qué alianza? –repliqué, pero ella no contestó.

Me rodeó hasta colocarse con la espalda contra el piano. Sobre este estaba el cuadro de Jesús, sentado en el monte de los Olivos bajo la luz de la luna, cavilando y agobiado en el momento de la duda. La luna estaba a punto de ocultarse tras una nube. Pronto sería de noche. «¿Debo o no debo?», pensaba. Mi madre se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa; sus ojos se hicieron aún más grandes.

–¿Cómo osas venir a la casa del dolor de esta manera? –dijo—. ¿Es que no tienes vergüenza?

Tenía las manos cruzadas ante sí y vi la espada en llamas. Lo sentí crecer en mi interior, un vacío que era como ceniza dentro de mi boca. Me lamí los labios, pero no me sirvió de nada.

Me volví hacia mi padre. Seguía en el sillón, con la vista baja. Le clavé la mirada hasta que tuvo que alzar la suya, la cabeza le temblaba como a un anciano, la giró y miró hacia la pared. No tenía nada que dar y yo no quería pedir. Salí del salón, bajé la escalera, cogí la maleta junto a la puerta y salí por el zaguán, alejándome de la casa.

Había vivido veinte años en aquella ciudad y nunca había estado en Læsø. La mayoría de nosotros no habíamos estado. De mi familia solo había estado mi padre, aquella vez que fue a buscar trabajo de carpintero, y no nos contó nada cuando volvió. Pero resultaba fácil ir a Læsø una vez que te habías decidido a hacerlo, además no era visible desde tierra firme.

Lo primero que me sorprendió cuando llegué con el barco fue que podía ver la ciudad por encima del agua. No solo la cuesta de Pikker, sino también la franja de tejados rojo óxido, el campanario y todos los puntos altos, incluso en los días en que el aire no estaba completamente claro. Y yo que había querido marcharme... Ahora era como si alguien me estuviera vigilando sin que yo supiera quién era. Pero al cabo de algunas semanas eso me dejó de importar. Todo daba igual.

El tío de Marianne era hermano de su padre, y yo podía quedarme en su casa hasta que naciera el niño, y también después, siempre que trabajara a cambio. Era cochero. Uno de los dos que había en Læsø. Aparte tenía ovejas. Veinte ovejas que en verano pastaban sueltas y en invierno permanecían junto a las casas, Ingrid era la encargada de cuidarlas. Ingrid era su mujer. Y yo tenía que ayudarla. Aquel invierno no hubo demasiada nieve, pero hizo frío y había poco que comer en los prados de brezo, así que había que dar heno y agua a las ovejas dos veces al día. Había que llevar el agua en cubos desde la casa y a menudo se congelaba en las cubas, entonces había que llevar agua caliente para derretirla. El agua caliente la sacábamos cuando hacía falta de una gran olla colocada sobre la estufa de leña de la cocina, manteníamos esa estufa encendida durante días y días. Así funcionábamos,

pero estaba bien. Estaba encantada de estar ocupada, así no podía pensar tanto, e Ingrid me vigilaba para que no trabajara demasiado duro. Las ovejas tendrían los corderos en abril y no faltaba mucho para eso. En opinión de Ingrid, yo iba a ser una buena ayudante de partera, porque también yo iba a tener un cordero; sin duda entendería cómo se sentían. Sonrió cuando lo dijo, porque eso era lo que pretendía ser: una broma amable.

Por las noches soñaba, pero al despertar no recordaba más que el hecho de haber soñado. Me levantaba en lo que llamaba mi guarida, una pequeña habitación en el desván que daba hacia el este, y oía los cencerros de las ovejas desde temprano. Me dirigía a la ventana y miraba el rebaño, que se agolpaba esperando y mirando hacia la casa. En cuanto me veían empezaban a balar.

En la granja había un perro ovejero al que llamaban Poker. Era blanco y negro y en la frente tenía un as de rombos; en invierno, cuando las ovejas se mantenían tan cerca de las casas, tenía poco que hacer. Poker y yo nos hicimos amigos, y salíamos juntos a pasear. Algunas veces íbamos lejos. En una ocasión llegamos hasta el cabo donde saquearon al Hombre de Danzig, donde se hundió con su barco y se ahogó. Fue a principios de marzo. Desde la punta vimos el *Vistula* zarpar hacia el norte en dirección a Oslo.

En otra ocasión fuimos por los brezales hasta Hvidebakker, regresamos por la playa y llegamos hasta Vesterø. Nos llevó varias horas. El pueblecito tenía un puerto de ferries y un pequeño puerto pesquero rodeado por un malecón. En la cuesta tras el puerto estaba el hotel Carlsen, donde, mucho años antes, Ernst Bremer había montado fiestas a salvo de las garras de los aduaneros. Una vez, el jefe de policía de nuestra ciudad fue allí para negociar con él y Bremer, que estaba de buen humor, lo invitó a un festín en el restaurante. Había bebidas de buenas marcas en abundancia y los dos se pillaron una buena borrachera. Al final bajaron a la playa cogidos del brazo, se metieron en el agua con las perneras remangadas hasta las rodillas y cantaron: «Junto

al mar, junto al mar, allí quiero vivir». Un pescador me contó la historia. Me habría gustado que Jesper la oyera.

Subí por el puerto y pasé por delante de la puerta del hotel. A través de la ventana vi a un hombre con una cerveza en la mano y a otro con una cesta llena de huevos. Empezaba a sentirme pesada y cansada y al final del malecón me paré y me eché hacia atrás con las manos en los riñones, luego bajé a la playa por el otro lado y caminé un rato sobre la arena blanca y helada. Se había levantado una leve brisa y seguía haciendo frío aunque no hubiera nieve, así que cogí la bufanda y me la até en torno a la cabeza y las orejas, después me senté a resguardo de una duna y me eché el aliento en las manos antes de encenderme un cigarrillo. Poker corría por la orilla con un ala de gaviota en la boca y yo era tan joven entonces. Recuerdo que pensé: «Tengo veintitrés años, la vida ha acabado. Ya solo queda el resto».

* «Lo he aprendido en el colegio.» (*N. de la T.*)

* En español en el original. (*N. de la T.*)

* En español en el original. (*N. de la T.*)

* «¿Eres de Magdeburgo? ¿Te llamas Walter? ¿Es Helga el nombre de tu hermana?» (*N. de la T.*)

* «No nos veremos nunca, señor Oberhauptbahnhof.» (*N. de la T.*)

* En español en el original. (*N. de la T.*)

* «¡Fuera!» (*N. de la T.*)

* En español en el original. (*N. de la T.*)

* Aguardiente típico noruego. (*N. de la T.*)

Título original: *Til Sibir*

Edición en formato digital: febrero de 2011

© 1996, Forlaget Oktober A /S

© 2011, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Cristina Gómez Baggethun, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-2461-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

Índice

Cubierta
A Siberia
I
II
III
Notas
Créditos